



LA LUZ DE ASIA

PRIMO EDWIN

PREFACIO

Traté de pintar en este poema, por intermedio de un devoto budista imaginario, la vida y el carácter, así como la filosofía, de este noble héroe reformador, el príncipe indio Gautama, fundador del budismo.

La generación precedente en Europa no sabía nada o casi nada de esta gran religión de Asia, que existe, sin embargo, desde hace veinticuatro siglos, y que sobrepuja ahora, por el número de sus fieles y la extensión de los países donde reina, a cualquiera otra forma de creencia. Cuatrocientos setenta millones de hombres viven y mueren bajo la regla de Gautama, y el dominio espiritual de este antiguo maestro, se extiende en la actualidad en el Nepal, la isla de Ceilán, toda la península del Extremo Oriente, China, el Japón, el Tíbet, el Asia central, Siberia y hasta en la Laponia sueca. La India misma podría, con justo título, estar comprendida en el magnífico imperio de esta Fe, porque aunque la práctica del budismo haya desaparecido casi por completo de su país natal, la huella de la enseñanza sublime de Gautama está impresa de manera indeleble en el brahmanismo moderno, y los hábitos y convicciones más característicos de los indios manan evidentemente de la benigna influencia de los preceptos de Buda. Más de una tercera parte de la Humanidad debe sus ideas morales y religiosas a este ilustre príncipe, cuya personalidad, aunque revelada de un modo imperfecto por las fuentes de información que existen, aparecen, no obstante, como la más alta, más amable, más santa y más benéfica (salvo una excepción única) en la historia del pensamiento. Los libros budistas por más que estén en desacuerdo sobre determinados detalles y plagados de alteraciones, de invenciones y de errores, están unánimes en este punto; en no relatar nada — ni un acto, ni una palabra — que empañe la perfecta pureza y la ternura de este Maestro indio, que unió a las mejores cualidades de un príncipe la inteligencia de un sabio y la devoción apasionada de un mártir. Por eso Barthélemy Saint-Hilaire, aunque interpretó de manera completamente errónea ciertos puntos del budismo, con justo título es citado por el profesor Max Müller, cuando dice del príncipe Siddharta: “Su vida no tiene mancha. Su constante heroísmo iguala a su convicción; y si la teoría que preconiza es falsa, los ejemplos personales que da son irreprochables. Es el modelo acabado de todas las virtudes que predica. Su abnegación, su caridad, su inalterable dulzura no se demienten ni un solo instante... Prepara silenciosamente su doctrina con seis años de retiro y de meditación, la propaga por el sólo poder de la palabra y la persuasión durante más de medio siglo, y cuando muere en los brazos de sus discípulos lo hace con la serenidad de un sabio que practicó el bien toda su vida, y está seguro de haber encontrado lo verdadero”. Gautama tuvo el privilegio de realizar esta prodigiosa conquista de la Humanidad, y por más que desaprobó el ritual y él mismo declaró, cuando estaba en los umbrales del Nirvana, que no era más de lo que el resto de los hombres podía llegar a ser el amor y la gratitud de

Asia, desobedeciendo sus preceptos, le rindieron un culto fervoroso. Diariamente se esparcen brazados de flores en sus puros altares y millares de labios repiten todos los días la fórmula. “¡Me refugio en Buda!”

El Buda de este poema, si, como está fuera de duda, existió realmente, nació en las fronteras del Nepal poco más o menos 620 años antes de Cristo, y murió alrededor del año 543 en Kusinagara, en la provincia de Udh. Por lo tanto, desde el punto de vista de la edad, otras muchas creencias son recientes si se comparan a esta religión venerable, que contiene la eternidad de una esperanza individual, la inmortalidad de un amor infinito, una fe indestructible en el buen final y la más alta aserción que se haya profesado de la libertad humana. Las extravagancias que desfiguran los anales y el culo del budismo deben atribuirse a la degradación inevitable que siempre hacen sufrir los sacerdotes a las grandes ideas que se les confían. El poder y la sublimidad de las doctrinas originales de Buda deben apreciarse por su influencia, y no por sus intérpretes no por esta Iglesia ingenua, pero indolente y ceremoniosa, que se elevó sobre los cimientos de la *Sangha* o fraternidad budista.

Puse mi poema en boca de un budista, porque para apreciar el espíritu de los pensamientos asiáticos hay que colocarse en un punto de vista oriental, y no habrían podido ser reproducidos de modo más natural ni los milagros que consagran esta historia ni la filosofía que ella encierra. La doctrina de la transmigración, por ejemplo, que no agrada a los espíritus modernos, se había establecido y era universalmente aceptada por los indios en tiempo de Buda, en la época en que Nabucodonosor tomó Jerusalén, Nínive cayó en manos de Médes y los focenses fundaron Marsella.

La exposición que he hecho aquí de este antiguo sistema es necesariamente incompleta y conforme a las leyes del arte poético, pasa rápidamente sobre muchas materias muy importantes desde el punto de vista filosófico, así como sobre la larga carrera de Gautama. Pero he alcanzado mi objeto si conseguí dar una idea justa del sublime carácter de este noble príncipe y del sentido general de sus doctrinas. En cuanto a éstas, se ha suscitado una prodigiosa controversia entre los eruditos; les prevengo que tomé las citas budistas imperfectas, tales y como se encuentran en la obra de Spence Hardy, y que he modificado igualmente más de un pasaje en los relatos ordinarios. Sin embargo, las definiciones que doy aquí del *Nirvana*, del *Dharma*, del *Karma* y de otros puntos esenciales del budismo, son por lo menos, fruto de estudios considerables y también de la firme convicción de que nunca la tercera parte de la Humanidad hubiera llegado a creer en vacías abstracciones y en la Nada como fin y coronamiento del Ser.

Para terminar, venerando al ilustre Propagador de esta Luz de Asia y rindiéndoles homenaje a todos estos sabios eminentes que consagraron nobles trabajos a su memoria y que tienen más tiempo y más espacio que yo, ruego que se me perdonen los errores de mi estudio demasiado precipitado. Fue hecho en los cortos intervalos de días muy ocupados, pero está inspirado por un vivo deseo de ayudar al Oriente y al Occidente a conocerse mejor. Llegará el tiempo, lo espero, en que este libro y mi *Cantar de los Cantares indio*, sí como mis *Idilios indios*, salvarán la memoria de alguien que amó la India y los pueblos indostánicos.

EDWIN ARNOLD.

LIBRO PRIMERO

I

La Escritura del Salvador del mundo, el Señor Buda — llamado en la tierra el príncipe Siddartha —, incomparable sobre la Tierra, en los Cielos y en los Infiernos, honrado por todos, el más sabio, el mejor, el más compasivo el que enseñó el Nirvana y la Ley.

He aquí como nació de nuevo entre los hombres. Bajo la esfera más alta están sentados los cuatro Regentes que gobiernan nuestro mundo; y bajo ellos se encuentran las zonas más próximas, elevadas, sin embargo, donde los espíritus de los santos difuntos esperan tres veces diez mil años, y luego tornan a la vida. Y sobre el Señor Buda, aguardando en este cielo, cayeron para nuestra felicidad los signos inequívocos del nacimiento, de modo que los Devas¹ comprendieron los signos y dijeron: “Buda irá de nuevo a salvar al mundo”. “Sí —dijo—, ahora voy a salvar al mundo, y esta será la última vez; porque de aquí en adelante el nacimiento y la muerte concluyen para mí y para los que aprendan mi Ley. Voy a descender entre los Sakyas, al Sur del nivoso Himalaya, donde viven un pueblo piadoso y un rey justo”.

Esa noche, la esposa del rey Sudhodana, la reina Maya, dormida al lado de su señor, tuvo un sueño extraño; soñó que una estrella del cielo espléndida, con seis rayos, y color de rosada perla, sobre la cual se veía un elefante armado con seis colmillos y blanco como la leche de Kamadhuk², atravesaba el espacio, y brillando en él penetraba en su seno del lado derecho. Cuando despertó, una felicidad sobrehumana henchía su pecho, y sobre la mitad de la tierra una luz deliciosa precedió a la aurora. Las poderosas montañas se estremecieron, se apaciguaron las olas, todas las flores, que se abren al calor de la mañana reventaron como en pleno mediodía, y en los más remotos infiernos la alegría de la Reina pasó como el sol ardiente que arroja un rayo de oro en los bosques tupidos; y en todas las profundidades corrió un tierno murmullo que decía: “¡Oh sí! ¡Los muertos que van a tornar

¹ Divinidades inferiores, genios.

² Vaca fabulosa, cuya leche entra en la composición del *amrita*, néctar de los dioses indostánicos.

a la vida, los vivos que fallecen, se levantan, escuchan y esperan! ¡Llegó Buda!” Un gran pez se extendió también en los limbos innumerables, el corazón del mundo palpitó, y un viento de dulzura desconocida sopló sobre las tierras y los mares. Y cuando llegó la mañana y todo esto fue referido, los viejos augures de cabellos grises dijeron: “El sueño es bueno, Cáncer está en conjunción con el sol; la reina tendrá un hijo, u niño divino, dotado de ciencia maravillosa, útil a todos los seres, que libertará de la ignorancia a los hombres, o, si se digna a hacerlo, gobernará al mundo”.

He aquí cómo nació el santo Buda: Al terminar su gestación, la reina Maya se encontraba a la hora de la siesta en los jardines del palacio, a la sombra de un árbol *palsa*, de tronco robusto, recto como la columna de un templo, adornado con una corona de hojas brillantes y de flores perfumadas; sabiendo que el tiempo había llegado —porque esto lo sabían todas las cosas—, el árbol consciente inclinó sus ramas flexibles para rodear de un bosquecillo la majestad de la reina Maya, y la tierra hizo brotar repentinamente un millar de flores para cubrir su lecho, mientras la roca dura hizo saltar una fuente de agua cristalina para que le sirviese de baño. Entonces ella dio a luz, sin dolor, a su hijo que tenía en sus formas perfectas los treinta y dos signos del nacimiento bendito. Esta gran nueva llegó al palacio. Pero cuando trajeron el palanquín de brillantes colores para transportar el niño a la casa, los portadores fueron los cuatro Regentes de la tierra, que bajaron del monte Sumerú³ —que escriben las acciones de los hombres en placas de bronce—; el Ángel del Este, cuyos ejércitos ataviados con túnicas de plata, llevan escudos de perlas; el Ángel del Sur cuyos caballeros, los Kumbandas cabalgan en corceles azules y tienen escudos de zafiro; el Ángel del Oeste, seguido de los Nagas, jinetes en caballos de color sangre, con escudos de coral; el Ángel del Norte, rodeado de sus Yakshads cubiertos de oro, sobre caballos amarillos, con escudos de oro. Y estos Ángeles, disimulando su esplendor, descendieron y tomaron las pértigas del palanquín, semejándose a los portadores por su traje y aspecto, aunque eran dioses potentes; y ese día los dioses se pasearon entre los hombres, que lo ignoraban; porque el cielo estaba lleno de alegría, a causa de la felicidad de la tierra, sabiendo que el Señor Buda había tornado a ella.

Pero el rey Sudhodana ignoraba esto, temía presagios funestos, hasta el momento en que sus adivinos auguraron un príncipe dominador de la tierra, un *Chakravartin*⁴, tal y como nace uno cada mil años para gobernar el mundo; tiene siete dones: el disco divino, llamado Chakra-ratna⁵, la gema; el caballo Aswaratna, valiente corcel que galopa en las nubes; un elefante blanco como la nieve, el Hastiratna, nacido para llevar a su Rey; el Ministro sagaz, el General invencible, y la Mujer de gracia incomparable, Isti-ratna, más bella que la aurora. En espera de estos dones destinados al niño maravilloso, el rey ordenó a su ciudad que celebrase una gran fiesta; por lo tanto, barrieron las calles regándolas con esencia de rosa, adornaron los árboles con linternas y banderas, mientras la multitud, alborozada, rodeaba curiosamente a los esgrimistas, los bailarines, los juglares, los hechiceros, los danzantes de cuerda y las bailadores de natuch⁶, con trusas lentejueleadas, que hacían repiquetear alegremente los cascabeles de sus pies ágiles; había también máscaras vestidas con pieles de oso o de gamo, domadores de tigres, atletas, hombres que hacían combatir codornices, otros que golpeaban tambores o hacían vibrar cuerdas de bronce, y todos, por orden,

³ Montaña fabulosa cuya cima es la morada de las principales divinidades indias.

⁴ (Sánscrito). Emperador todopoderoso, literalmente el que está protegido por el disco (chakra) de Visnú. Todavía en la actualidad se dio este título a la reina Victoria, emperatriz de las Indias.

⁵ Ratna (sánscrito), piedra preciosa

⁶ (Indostánico), bayaderas.

divertían al pueblo. Además, vinieron mercaderes de países lejanos, trayendo, a la nueva de este nacimiento, ricos presentes en platos de oro; chales de pelo de cabra, nardo, jade, turquesas color de cielo crepuscular, tejidos tan finos que doce veces plegados no velaban un rostro pudoroso, cinturones bordados de perlas, madera de sándalo, homenajes de las ciudades tributarias; y llamaron a su Príncipe Savarthisiddh (el que hace prosperar todo), y para abreviar, Siddartha.

Entre los extranjeros vino un santo de cabellos grises, Asita, cuyos oídos, desde hacía largo tiempo cerrados a los ruidos de la tierra, percibían las armonías celestes, y mientras estuvo en oración bajo su árbol *pipal*⁷, oyó que los Devas cantaban en honor del nacimiento de Buda. Estaba dotado de maravillosa ciencia, gracias a su edad y ayunos, y cuando se aproximó, tenía tan venerable aspecto, que el Rey le saludó, y la reina Maya puso a su hijo a los santos pies del asceta; pero cuando vio el Príncipe, exclamó el anciano: “¡Ah Reina, no hagas esto!” Y se prosternó, hundiéndose ocho veces en el polvo su rostro curtido, diciendo: “¡Oh niño, te adoro! ¡Tú eres Él! Veo la luz rosada, las líneas de las plantas de los pies, la dulce huella encorvada del Swastika⁸, los treinta y dos signos sagrados principales y las ochenta señales de menor importancia. Tú eres Buda, tú predicarás la Ley y salvarás a todos los seres que la aprendan, pero yo no te escucharé, porque moriré muy pronto, yo que no hace mucho llamaba a la muerte, sin embargo, te vi. Sabe ¡oh Rey! que eres la flor de nuestro árbol humano que sólo una vez se abre en muchas miríadas de años, pero que una vez abierta llena el mundo con el perfume de la Ciencia y la miel del Amor; de tu cepa real sale un loto celeste. ¡Feliz hogar! Sin embargo, no por completo dichoso, porque una espada, ¡oh Rey! atravesará tus entrañas a causa de este niño; y tú, dulce Reina, cara a todos los dioses y a todos los hombres, merced a este gran nacimiento, te has vuelto demasiada sagrada para sufrir por más tiempo; y como es un sufrimiento la vida, dentro de siete días alcanzarás el término del dolor”.

Lo que aconteció, porque la séptima noche la reina Maya se durmió sonriente y no despertó ya, y pasó, feliz, al cielo Trayastrinshas, donde innumerables Devas la honran y con cuidado velan a esta madre bienaventurada. Para el niño eligieron como nodriza a la princesa Mahapradhapati; su seno alimentó con noble leche a Aquel cuyos labios confortan a los mundos.

Cuando cumplió ocho años, el Rey, previsor, pensó en enseñar a su hijo cuanto un príncipe debe aprender, porque pretendía desviar de él el destino milagroso demasiado sublime que le predijeran, las glorias y los sufrimientos de un Buda. Reunió por esto su Consejo de ministros, y les preguntó: “¿Cuál es el hombre más sabio, monseñores, para enseñar a mi príncipe lo que un príncipe debe saber?” Inmediatamente respondieron todos con voz unánime: “¡Oh Rey! Viswamitra es el más sabio, el más versado en las Escrituras y el más apto para enseñar las artes manuales y todo lo demás”. Entonces Viswamitra vino y escuchó las órdenes; y en el día propicio, tomó el Príncipe sus tablillas de sándalo rojo, cubiertas de fino polvo de esmeril y cuyos márgenes estaban ornados de piedras preciosas. Tomó también su estilo para escribir, y con los ojos bajos se colocó frente al sabio, que le dijo: “Niño, escribe esta Escritura”, y le dictó lentamente la estrofa llamada *Gayatri*, que sólo las personas de lato nacimiento deben escuchar:

Om, tatsa viturvarenyam

⁷ Llamado también baniano, *ficus religiosa*.

⁸ Signo mágico que tiene la forma de una cruz con las extremidades encorvadas.

Bhargo devasta dhimahi
*Dhiyo yo ra prachodayat.*⁹

“Atcharya¹⁰, escribo”, respondió dulcemente el Príncipe; y rápidamente trazó en el polvo, no en una escritura, sino en muchos caracteres, la estrofa sagrada; la escribió en Nagri, en Dakshin, Ni, Mangal, Parusha, Yava, Tirthi, Uk, Darad, Sikhiani, Mana, Madhyachar, empleó las escrituras pintadas y el lenguaje de los signos, las lenguas de los hombres de las cavernas y de los pueblos del mar, de los que adornan las serpientes que viven bajo la tierra y de los que rinden culto a la llama y al sol, de los Magos y de los que habitan fortalezas; trazó una después de otra, con estilo, todas las escrituras de todas las naciones, leyendo los versos del maestro en cada lengua; y Viswamitra dijo: “Esto basta; pasemos a los números. Repite después de mí tu numeración hasta que alcancemos el lakh¹¹: uno, dos, tres cuatro, hasta diez, y en seguida por decenas hasta los cientos y los mil”. Después de él, el niño contó las unidades, las decenas, las centenas, y no se detuvo en el lakh, sino que murmuró dulcemente: “En seguida viene el koti, el nahut, el ninnahut, khamba, viskhamba, abad, attata; después se llega a los kumuds, grundhikas y utpalas, a los pundarikas, y por último, a los padumas, que sirven para contar las moléculas más ínfimas de la tierra de Hastinagir hasta el polvo más fino; pero más allá hay otra numeración, el Katha, que sirve para contar las estrellas de la noche; el Koti-katha, para enumerar las gotas de agua del Océano; Ingá, el cálculo de los círculos, Sarvanikchepa, por medio del cual se cuentan todas las arenas del Ganges, y en fin, llegamos a los Antah-Kalpas, cuya unidad es la arena de diez crores¹² del Ganges. Si se desea una escala más vasta, la Aritmética emplea el Asankya, que es la numeración de todas las gotas de agua que caerían sobre los mundos durante una lluvia incesante de diez mil años; por último, se llega a los Maha-kalpas¹³, por los cuales cuentan los dioses su futuro y su pasado”.

“Está bien —replicó el sabio—, muy noble Príncipe; si sabes esto, ¿es necesario que te enseñe la medida de las líneas?” El niño respondió modestamente: “Atcharya, escuchadme. Diez paramnus hacen un parasukshma; diez de estos últimos forman el trasarene; y siete trasarenes tienen la longitud de un átomo que flota en un rayo de sol; siete átomos son del grueso de un pelo del bigote de un ratón, y diez de éstos hacen un likya, diez likyas un yuca, diez yucas un corazón de grano de cebada, que está contenida siete veces en una talla de avispa; se llega de esta manera al grano de mung¹⁴ y de mostaza, y al grano de cebada, de los que diez hacen una coyuntura de dedo; doce coyunturas forman un palmo; después llegamos al codo, a la pértiga, a la longitud del arco, de la lanza; veinte longitudes de lanza forma lo que se llama “un soplo”, que es el espacio que un hombre puede recorrer sin recobrar aliento, un gow es cuarenta veces la medida precedente, cuarenta gows forman un

⁹ Esta plegaria, tomada de los Vedas, solamente los brahmanes pueden aprenderla. He aquí la traducción literal que da Balfour (*Cyclopoedia of India*): “Om, meditemos sobre el supremo esplendor del sol divino, para que pueda alumbrar nuestros espíritus”. La palabra *om* o *aum* es una sílaba sagrada, compuesta de la gutural más abierta A y de la labial más cerrada M reunidas por la U, que se pronuncia arrojando el sonido de la garganta a los labios; es considerada por los brahmanes como el símbolo más general de todos los sonidos posibles, el *sonido-Brhma*, el Verbo. (Véase Swami Vivekananda, *Bhakti Yoga*, página 28).

¹⁰ Maestro (sánscrito).

¹¹ Un lakh = 1.000.000

¹² Un crore = 100 lakhs.

¹³ El Palpa es un día de Brahma; equivale a 4.320 millones de años; al fin de cada kalpa, el universo es reabsorbido en la Divinidad.

¹⁴ (Ind.) *Phaseolus mungo*, grano comestible.

yodhana, y, Maestro, si lo deseáis, os enumeraré cuántos átomos hay en un vodhana”. E inmediatamente el joven Príncipe indicó sin equivocarse el número total de átomos. Pero Viswamitra, al escucharlo, se prosternó ante el niño, exclamando: “Tú eres el maestro de tus maestros; eres tú, y no yo, el que es el Gurú.¹⁵ ¡Oh! Te adoro, dulce Príncipe, que no has venido a mis escuela sino para mostrarme que sabes todo sin libros y que también sabes practicar el sincero respeto”.

El Señor Buda tuvo este mismo respeto para todos sus profesores, aunque supo más que ellos; hablaba de modo amable, aunque era tan sabio; tenía aspecto de príncipe con maneras dulces; era modesto, deferente, tenía tierno el corazón, y sin embargo, dotado de un valor intrépido; ningún caballero era más atrevido en la alegre caza a las tímidas gacelas; ningún conductor de carro más diestro en las carreras que se efectuaban en los patios del palacio; sin embargo, en medio del juego, el niño se detenía a menudo dejando escapar el gamo; frecuentemente abandonaba una carrera casi ganada, porque los corceles fatigados, ya no tenían aliento, o porque veía a los príncipes compañeros de sus juegos afligidos de perder, o porque se apoderaba de él algún ensueño pensativo. Y con los años, este carácter compasivo no hizo sino crecer como un árbol que sale de dos tiernos renuevos y acaba por extender su sombra a lo lejos; no conocía la tristeza, el dolor y las lágrimas; los conocía sólo como nombres extraños que se aplican a cosas que los reyes no experimentan ni deben sentir jamás. Sucedió entonces que en el jardín real, un día de primavera, pasó una bandada de cisnes silvestres que volaban hacia el Norte para buscar sus nidos en el corazón del Himalaya; los pájaros, alegres, volaban, guiados por el amor, marcando el paso de su banda nivosa con sus tiernos gritos; y Devatta, primo del príncipe, tendiendo su arco, disparó una flecha bien apuntada que alcanzó las anchas alas del primer cisne, tendidas para deslizarse por el libre camino azul, de manera que cayó atravesado por la punta cruel, y grandes gotas de sangre escarlata mancharon sus plumas inmaculadas, viendo esto, el príncipe Siddhartha levantó tiernamente al pájaro, y lo oprimió contra su seno, se sentó con las piernas cruzadas como lo hace el Señor Buda, ya para calmar el terror del animal silvestre, arregló sus alas maltrechas, calmó su precipitado corazón, le acarició dulcemente con sus manos buenas y ligeras, tersas como hojas de plátano frescamente abiertas; y mientras que con su mano izquierda retenía al pájaro, con la mano derecha quitaba el acero cruel y ponía hojas frescas y miel calmante en la herida. Y a tal grado ignoraba el niño lo que era el dolor, que apretó curiosamente la flecha con su mano, y se sobresaltó al sentir su punta, y llorando acarició de nuevo a su pájaro. Entonces vino alguien que dijo: “Mi Príncipe tiró contra un cisne que cayó aquí en medio de las rosas, y os ruega que se lo enviéis. ¿Queréis hacerlo?” “No —respondió Siddhartha—; si el pájaro hubiese muerto, estaría bien devolvérselo al que lo mató; pero el cisne vive, mi primo no dio muerte sino a la celeridad divina que agitaba esta ala blanca”. Y Devatta replicó: “El ave silvestre, viva o muerta, es del que la abatió; en las nubes a nadie pertenece; pero caída es mía. Dame mi presa, primo”. Entonces nuestro Señor oprimió contra su tierna mejilla el cuello del cisne y dijo gravemente: “¡Os digo que no! El pájaro es mío: es la primera de las miríadas de cosas que me pertenecerán por el derecho de la piedad y de la omnipotencia del amor. Porque ahora se, por lo que en mí se agita, que enseñaré la compasión a los hombres y seré un intérprete del mundo que no puede hablar, y disminuiré el flujo maldito del dolor universal. Pero si el Príncipe contesta, que someta el caso a los sabios y esperaremos su decisión”. Así se hizo; el asunto

¹⁵ Preceptor.

fue discutido en pleno diván¹⁶, y unos eran de una opinión y otros de otra, cuando apareció un sacerdote desconocido que dijo: “Si la vida vale algo, el salvador de una vida posee más al ser vivo que el que intentó matarlo. El matador estropea y destruye, el protector socorre; dadle el pájaro”. Todos encontraron atinado este juicio; pero cuando el rey buscó al sabio para honrarlo, había desaparecido, y alguien vio una serpiente cobra¹⁷ que se deslizaba fuera. ¡Los dioses vienen a menudo bajo esta forma! Es así como nuestro Señor Buda comenzó su obra de misericordia.

Sin embargo, no conocía aún otro dolor que el del pájaro que, curado, alcanzó jubilosamente a los suyos. Pero otro día el Rey dijo: “Ven, mi querido hijo, y mira el encanto de la primavera, y cómo la tierra fecunda está deseosa de producir sus riquezas para el segador; como mi reino —que será el tuyo cuando la pira flamee para mí— alimenta todas sus bocas y llena el cofre del rey. La estación es bella en su atavío de hojas nuevas, de flores ostentosas y de hierba verde; escucha los gritos alegres de los labradores”. Caminaba así a través de una comarca de fuentes y jardines, contemplando los bueyes que recorrían los fértiles barbechos alargando sus cuellos robustos bajo el yugo opresor; la tierra feraz brotaba y se enrollaba en largas olas suaves detrás del arado, y el labrador apoyaba los dos pies en la reja para hacer más profundo el surco. Entre las palmeras burbujeantes arroyos murmuraban, y la tierra gozosa bordaba sus márgenes de balsaminas y toronjiles de hojas barbadadas. Por otro lado había sembradores que iban regando la simiente; y todo el juncal reía, con las canciones en los nidos, y todas las malezas se estremecían con la vida de seres minúsculos, el lacerto, la abeja, el escarabajo y todas las bestias que se arrastran, porque estaban alegres con la primavera. En las ramas de los manglares chispeaban los colibríes; sólo en su fragua verde, el *calderero*¹⁸ trabajaba ruidoso; los abejarucos de pico encorvado perseguían las mariposas multicolores; más allá las ardillas rayadas¹⁹ cazaban; las mainas, engallándose, pecoreaban; las siete hermanas morenas²⁰ chillaban en los zarzales; el gato montés, abigarrado, comedor de peces, estaba en acecho a la orilla del estanque; las garzotas caminaban apaciblemente entre los búfalos; los milanos revolaban en el aire dorado; cerca del templo de brillantes colores volaban los pavos; las palomas zureaban en cada muro; a la distancia resonaban los tambores de la ciudad para una fiesta nupcial; todas las cosas hablaban de paz y de abundancia, y el Príncipe las veía y se regocijaba. Pero contemplando el fondo de las cosas, vio las espinas que crecían bajo esta rosa de la vida; vio que el campesino tostado gana su salario con el sudor de su frente, padeciendo para tener el derecho de vivir; que hostigaba a los bueyes de grandes ojos en la horas ardientes, aguijoneando sus flancos afelpados; reparó en que el lacerto se come a la hormiga; y el milano a los dos, y que el halcón pescador roba al gato montés la presa que éste hiciera; vio a la urraca persiguiendo al ruiseñor que cazaba mariposas de colores de carbúnculos; de modo que por doquiera cada uno daba muerte a un matador, y a su vez era muerto, viviendo la vida de la muerte. De modo que el espectáculo encantador ocultaba una vasta, salvaje, horrible conspiración de asesinato mutuo, desde el gusano hasta el hombre, que también mataba a su semejante, mirando esto —al labrador hambriento y a sus bueyes desollados por su yugo cruel, y esta rabia de vivir que empujaba al combate a todo ser viviente—, el príncipe

¹⁶ Consejo de ministros.

¹⁷ Cuando se yergue, su cabeza se dilata en forma de capuchón, lo que ha valido el nombre portugués de *cobra da capello*; es dorada por los indostánicos.

¹⁸ Pájaro de la familia del *Pico*.

¹⁹ Especie de ardilla pequeña, llamada también rata palmista, muy común en la India.

²⁰ Especie de mainas, que van generalmente en grupo de siete.

Siddhartha suspiró: “¿Es ésta —dijo— la tierra feliz que me mostraron? ¡Cuánta sal con el pan dulce del campesino! ¡Qué dura es la servidumbre de los bueyes! ¡Cuán feroz es la guerra del débil contra el fuerte en las malezas! ¡Qué de complots en el aire! ¡Ni un refugio en la misma agua! Retiraos un poco, a un lugar separado, y dejadme reflexionar sobre lo que me habéis hecho ver”.

Al hablar así, el buen Señor Buda tomó asiento bajo un árbol, con las piernas cruzadas, como están las estatuas santas, y por la primera vez se puso a meditar acerca del mal profundo de la vida, su origen lejano y su posible remedio. Le llenó una piedad tan vasta, un amor tan grande por los seres vivos, tal apasionamiento por aliviar el dolor, que, por su potencia, su real espíritu cayó en éxtasis, y emancipado de la mancha mortal de la sensación y la personalidad, el niño alcanzó entonces el Dhyana, que es el primero paso en “el sendero”.

En este momento, muy alto en los aires, volaban cinco Espíritus, cuyas libres alas vacilaron al pasar encima del árbol: “¿Qué poder superior nos detiene en nuestro vuelo?”, dijeron, porque los Espíritus resienten toda fuerza divina y reconocen la presencia sagrada de un ser puro. Entonces mirando hacia abajo, vieron al Buda coronado de una aureola rosada, pensando en salvar a los seres; en tanto que de la arboleda una voz exclamó: “¡Rishis!²¹ He aquí al que salvará al mundo; descendad y honradle”. Entonces los santos ilustres se aproximaron y cantaron un himno de alabanza plegando las alas; en seguida continuaron su camino y les llevaron buenas nuevas a los dioses.

Pero alguien comisionado por el Rey para buscar al Príncipe lo encontró todavía meditando, aunque ya era más de mediodía, y el sol se precipitaba hacia los montes del Oeste; sin embargo, mientras que todas las sombras se movían, sólo la del árbol permanecía inmóvil, cubriendo a Buda, para que los rayos oblicuos no hiriesen su augusta cabeza, y el que vio este espectáculo oyó una voz que decía en medio de las flores de los manzanos rosados: “Dejad tranquilo al Hijo del Rey; en tanto que la sombra no salga de su corazón, la mía permanecerá inmóvil”.

²¹ Santos según la mitología indostánica, los Rishis salieron del espíritu de Brahma y son en número de siete.

LIBRO SEGUNDO

II

Cuando nuestro Señor llegó a la edad de dieciocho años, ordenó el Rey que se construyesen tres casas magníficas, una de vigas pulidas, cubierta de madera de cedro, caliente para los días de invierno; otra de mármoles veteados, fresca para el verano; la tercera de ladrillos, cubierta de tejas azules, agradable para el tiempo de las siembras, cuando los champaks²² están cubiertos de renuevos. Subha, Suramma y Ramma eran los nombres de las tres moradas; en su derredor florecían jardines deliciosos cruzados por arroyos juguetones, sembrados de bosquecillos olorosos, con gran número de pabellones brillantes y de bellos prados. Siddartha vagaba a su sabor, encontrando a cada instante nuevas delicias, y pasó horas felices, porque sangre joven y rica corría por sus venas; pero bien pronto las sombras de la meditación tornaron, tal y como el espejo de plata de un lago se oscurece por el paso de las nubes.

Al notar esto el Rey, llamó a sus ministros y les dijo: “Reflexionad, monseñores, en lo que dijo el viejo Rishi y en lo que me explicaron los que interpretan los sueños. Este niño, que me es más querido que la sangre de mi corazón, será un dominador del mundo que hollará a todos sus enemigos, un Rey de reyes —y tal es mi deseo—, o bien caminará en el triste y humilde sendero de la abnegación y de los piadosos sufrimientos, para ganar quién sabe qué bien, después de haber perdido cuanto vale la pena de ser conservado; y a este fin se dirigen sus ojos pensativos en medio de mis palacios. Pero sois sabios y me aconsejaréis. ¿Cómo podrán volverse sus pasos por la senda gloriosa en que debe caminar, y cómo podrán realizar todos los signos felices que le han dado la tierra para gobernarla, si él lo quiere?”

El más anciano respondió: “¡Maharadja! El amor curará este ligero malestar. Tejed el encanto de los artificios de la mujer en torno de este corazón desocupado. ¿Qué sabe este noble niño de la hermosura, de los ojos que hacen olvidar el cielo y de los labios

²² (Ind.) *Michellia champaka*: arbusto de flor odorífera.

embalsamados? Encontrad mujeres acariciadoras y agradables compañeros de juegos, los pensamientos que no se pueden contener con cadenas de bronce los ata fácilmente un cabello de mujer”.

Todos aprobaron estas palabras. Pero el Rey respondió: “Si nosotros le buscamos mujeres, ¿qué acontecerá? El amor elige a menudo de manera distinta; si arreglamos un jardín de bellezas para que pueda elegir la flor que desee, sonreirá y evitará dulcemente la voluptuosidad que ignora”. Entonces otro dijo: “El barasingh²³ corre hasta que es disparada la flecha fatal; le sucederá al Príncipe lo que a los espíritus menos grandes; ciertos encantos, un rostro, le parecerán un Paraíso; tal forma le parecerá más bella que la pálida aurora cuando despierta la mundo. Hazlo así, ¡oh Rey mío! Dispón una fiesta donde los jóvenes del reino rivalicen en gracia y juventud en los juegos habituales de los Sakyas. Que el Príncipe de el premio a la hermosura, y cuando las encantadoras victoriosas pasen frente a su trono, se notará si una o dos de ellas cambian la tristeza obstinada de su dulce rostro; así podremos elegir para el amor con los propios ojos del amor, y por medio de este artificio procurar la felicidad de Su Alteza”.

Este parecer se juzgó bueno. Así pues, desde el día siguiente, los pregoneros invitaron a las mujeres jóvenes y bellas para que viniesen al palacio, donde se efectuaría un concurso en el que el Príncipe distribuiría los premios: un objeto precioso para cada una, el más precioso para la que fuese juzgada la más bella. Entonces las jóvenes de Kapilavastu se aglomeraron a la puerta; cada una acabada de peinar y anudar su cabellera sombría, de lustrar sus pestañas con el surma²⁴, de bañarse y perfumarse; todas estaban cubiertas de chales y con vestidos de los más rientes colores; sus manos y sus finos pies estaban frescamente teñidos de carmín y sus tilkas brillaban. Era un hermoso espectáculo el de todas las jóvenes indias, que desfilaban con lentitud frente al trono, fijos en tierra los ojos negros y rasgados; porque cuando vieron al Príncipe, lo que hizo latir los turbados corazones, más que el respeto de su majestad, fue que estaba sentado tan tranquilo, tan amable, pero tan superior a ellas. Cada joven tomó su regalo con los párpados bajos, no atreviéndose a mirarle; y si los asistentes aclamaban a alguna de ellas como la más hermosa y digna de las sonrisas reales, permanecía como una gacela amedrentada al tocar la graciosa mano, después corría a unirse con sus compañeras, temblando por este favor: tanto así parecía. El divino, augusto, sagrado y por encima del mundo. Así que desfilaron una en pos de otra las bellas jóvenes, las flores de la ciudad, terminó toda esta procesión magnífica, y se hubieron agotado los presentes, llegó la última, la joven Yosodhara, y los que estaban sentados al lado de Siddhartha vieron turbarse al Príncipe cuando se acercó la virgen radiosa. Sus formas parecían modeladas en el cielo; su anda como era el de Parvati²⁵; sus ojos como los de una corza en la estación del amor; su rostro era tan bello, que las palabras no pueden pintar su encanto; y ella sola miraba al Príncipe al rostro, con las manos cruzadas sobre el seno y con el gracioso cuello descubierto. “¿Hay un presente para mí?”, preguntó sonriendo. “No hay ya regalos —respondió el Príncipe—; pero toma éste en compensación, querida hermana, cuya gracia es el orgullo de nuestra ciudad”. Al decir esto, se quitó su collar de esmeraldas y lo abrochó al cuello sedoso y moreno de la joven; sus ojos se encontraron, y de esta mirada brotó el amor.

Largo tiempo después —cuando se esparció la luz—, si se preguntaba al Señor Buda por qué su corazón se había inflamado así a la primera mirada de la joven Sakya,

²³ (Ind.) Ciervo.

²⁴ Polvo de antimonio.

²⁵ Diosa, esposa de Siva.

respondía: “No éramos extraños, como nos pareció a nosotros y a todos los asistentes; en edades remotas, el hijo de un cazador, jugando con las jóvenes de las selvas cerca de los manantiales de Yamuna, donde se levanta Nandalevi²⁶, fue elegido como árbitro, mientras ellas corrían bajo los pinos, como las liebres que se recrean en sus rondas alegres a la hora del crepúsculo; coronó a una de flores brillantes como estrellas, a otra con largas plumas arrancadas a los puntados faisanes y a las perdices de los juncas, a una tercera con bellotas de pino; pero la que llegó al último fue la primera para él, y el mancebo le dio un cervatillo domesticado y el amor de su corazón. Y vivieron en la selva largos años felices, y en la selva murieron unidos. ¡Ved cómo la simiente oculta brota del suelo después de años de sequía! De igual modo, el bien y el mal, los sufrimientos y los placeres, los odios y los amores, y todas las acciones pasadas tornan de nuevo a la luz trayendo hojas brillantes o sombrías, un fruto dulce o amargo. Y bien, yo fui ese joven, y ella era Yasodhara, y mientras gire la rueda de la vida y de la muerte, lo que fue subsistirá entre los dos”.

Pro los que espían al Príncipe durante la distribución de los presentes vieron y oyeron todo, y contaron al Rey, atento, cómo había permanecido atento su hijo hasta que llegó Yasodhara, la hija del gran Suprabudha, como súbitamente se demudó a su vista, cómo se habían visto los dos, y el regalo de la joya, y el brillo de sus ojos elocuentes.

El buen Rey dijo sonriendo: “Mirad; hemos encontrado un cebo; busquemos, sin embargo, un medio de servirnos de él para atraer a nuestro halcón fuera de las nubes. Enviemos mensajeros para pedir a la joven en matrimonio para mi hijo”. Pero era costumbre entre los Sakyas que cuando alguien pedía a una joven de noble casta, bella y codiciada, probase su destreza en las artes de la guerra, en un concurso contra todos los pretendientes, y esa costumbre no sufría excepción ni para los reyes. Por esto el padre respondió: “Decidle al Rey: la joven es solicitada por príncipes vecinos y lejanos; si su muy noble hijo puede armar el arco, manejar la espada y montar a caballo mejor que ellos, será el mejor en todo y el mejor para nosotros, ¿pero cómo podrá así ser dados sus hábitos claustrales?” Entonces el corazón del Rey se afligió porque le Príncipe solicitaba en vano a la dulce Yasodhara, ya que tenía como rivales a Devadatta, el más diestro en el manejo del arco; Ardjuna, domador de todos los corceles fogosos, y Nanda, maestro en esgrima; pro el Príncipe se rió con disimulo, y dijo: “También aprendí estas cosas. Haz proclamara que tu hijo se medirá con todos los que vengan, en los juegos escogidos por ellos. Creo que no perderé por tales mi amor”. Se hizo saber que de allí a siete días el príncipe Siddhartha desafiaba a todos los que quisiesen medirse con él en los ejercicios viriles, y que la corona del vencedor sería Yasodhara.

Al séptimo día, los señores de los Sakyas y la gente de la ciudad y del campo a la redonda se reunieron en el maidán²⁷, y la joven vino también, rodeada de su familia, en un cortejo de novia, con música, literas vistosamente adornadas y bueyes con los cuernos dorados, con caparazones de flores. Devadatta, de cepa real, pidió su mano; lo mismo hicieron Nanda, Ardjuna, ambos de noble linaje, la flor y nata de los jóvenes que allí se encontraban; en seguida llegó el Príncipe, caballero en su corcel blanco, Kantaka, que relinchaba, sorprendido de ver esa multitud extraña, a la que no estaba acostumbrado, Siddhartha miraba también con ojos asombrados a todo este pueblo nacido a los pies del trono, que vivía y se alimentaba de manera distinta a la de los reyes, y sin embargo tan semejante, quizá, en sus goces y dolores. Pero cuando el Príncipe vio a la dulce Yasodhara,

²⁶ Montaña de las provincias del Noroeste, habitada por una diosa: Nanda.

²⁷ Prado.

una sonrisa iluminó su rostro, detuvo el caballo con las bridas de seda, saltó a tierra y exclamó: “No es digno de esta perla el que no sea el más digno; que mis rivales prueben si fui demasiado atrevido para aspirar a su mano”. Entonces Nanda propuso la prueba del arco, y colocó un tambor de bronce a seis gows²⁸, Ardjuna igualmente a seis y Devadatta a ocho; pero el príncipe Siddhartha les rogó que colocaran el tambor a diez gows de la línea, de manera que este blanco no apareciese más grande que un kauri²⁹. En seguida tiraron, y Nanda atravesó su tambor, Ardjuna el suyo y Devadatta lo mismo, de manera que la multitud lanzó un grito de admiración y la dulce Yasodhara cubrió con su sari³⁰ de oro sus ojos tímidos, temerosa de ver que la flecha de su Príncipe no diera en el blanco. Pero él tomó su arco de junco barnizado de laca, atado con nervios y provisto de una cuerda de plata, que sólo unos brazos vigorosos podían tender; lo hizo resonar, riendo a hurtadillas, tendió la cuerda torcida hasta que las puntas se tocaron y la parte gruesa del arco se rompió. “Está hecho para jugar, no para servir —dijo—; ¿nadie tiene un arco más conveniente para los señores Sakyas?” Y alguien dijo: “Hay el arco de Sinhahanu, conservado en el templo desde no sé cuándo, que nadie pudo tender, y que no podría tirar si lo hubiese tendido”. “¡Id a buscarme —exclamó— esta arma digna de un hombre!” Trajeron el viejo arco de acero negro incrustado de guirnalda de oro y curvado como los cuernos del bisonte, y por dos veces Siddhartha ensayó la resistencia del arma sobre su rodilla; después dijo: “Tirad ahora con éste, primos míos”. Pero no pudieron tender el arco inflexible el largo de una mano. Entonces el Príncipe, inclinándose ligeramente, tendió el arco, aproximó el ojo a la muesca y tiró firmemente la cuerda, que, como un ala de águila, hizo resonar el aire con un sonido tan claro y tan fuerte, que los enfermos que se habían quedado en sus casas ese día preguntaron: “¿Qué sonido es ese?” Y se les respondió: “Es el sonido del arco de Sinhahanu, que el hijo tendió y que va a disparar”. Entonces, ajustando una buena flecha, tiró y aflojó la cuerda y el dardo agudo hendió el cielo, atravesó el tambor más lejano, después, sin detener su vuelo, se deslizó por la llanura hasta perderse de vista.

En seguida Devadatta desafió a sus rivales con la espada, y hendió un árbol de seis dedos de grueso. Ardjuna uno de siete, y Nanda uno de nueve; pero dos troncos semejantes estaban juntos, y la hoja de Siddhartha los cortó de un tajo chispeante, profundo, pero dado tan recto que los dos troncos permanecieron derechos, y Nanda gritó: “Su hoja se ha vuelto”. Y la joven tembló de nuevo al ver en pie a los árboles; pero en este momento los Devas del aire, que vigilaban, soplan ligeras brisas del Sudeste, y las dos coronas de verdura cayeron con estrépito en la arena, completamente abatidas.

Trajeron entonces los corceles, de sangre pura, fogosos, y tres dieron vuelta al maidán; pero el blanco Kantaka dejó al más rápido de ellos muy atrás; iba a tanta velocidad, que en el espacio que tardó en caer la espuma de su boca a tierra, había recorrido veinte lanzas; pero Nanda dijo: “Nosotros también podríamos ganar con un corcel como Kantaka; traed un caballo cerril, y veremos quien lo monta mejor”. Entonces los sais³¹ trajeron un garañón negro como la noche, atado con tres cadenas, con los ojos salvajes, los ollares dilatados, sin freno ni silla, porque ningún caballero lo había montado aún. Cada uno de los jóvenes Sakyas saltó sobre su ancho lomo, pero el fogoso corcel corcoveó tan fuertemente que los arrojó al suelo, cubiertos de polvo y la vergüenza. Sólo Ardjuna pudo sostener un instante, y habiendo hecho desatar las cadenas, fustigó los flancos del negro

²⁸ Medida de longitud que equivale a 1.300 pies ingleses, poco más o menos.

²⁹ Pequeña concha empleada como moneda en ciertas partes de la India.

³⁰ Vestido de las mujeres.

³¹ (Ind.) Palafrenero.

corcel, tiró del bocado y contuvo con mano firme la boca soberbia del animal, de manera que en una tempestad de furor, de rabia y de temor, el garañón salvaje dio una vez la vuelta a la llanura, medio domado; pero repentinamente se volvió enseñando los dientes, hizo presa en un pie de Ardjuna, lo desarzonó, y lo habría matado si los palafreneros, que corrieron en su auxilio, no hubieran arrastrado a la bestia furiosa. Entonces todos los hombres gritaron: “No dejéis que Siddhartha monte este Bhut³², cuyo hígado es una tempestad y cuya sangre es una llama roja”. Pero el Príncipe dijo: “Desatad las cadenas; dadme solamente su melena”. Tomó ésta con tranquilidad y diciendo algunas palabras en voz baja colocó su mano derecha frente a los ojos del garañón y la pasó suavemente por su cabeza irritada a todo lo largo del suelo y por los flancos jadeantes; y los espectadores, asombrados, vieron perder su arrogancia fogosa al corcel negro como la noche, y quedarse apaciguado y tranquilo como si conociese a nuestro Señor y lo respetara. Y no se movió mientras Siddhartha lo montaba; después caminó dócilmente bajo la dirección de la rodilla y de la brida, ante las miradas de todos, de manera que el pueblo gritó: “No luchéis más, porque Siddhartha es el mejor”. Y los pretendientes respondieron: “Es el mejor”. Y Suprabudha, padre de la joven, dijo: “El deseo de nuestros corazones era verte alcanzar el premio, porque es a ti al que preferimos; pero dime, ¿por qué sortilegios aprendiste las artes viriles, en medio de tus bosquecillos de rosas y de tus sueños, cuando otros no los han aprendido en la guerra, la caza y todos los ejercicios? Lleva ¡oh Príncipe! El tesoro que ganaste”. A estas palabras, la adorable joven india se levantó de su sitio, atravesó entre la multitud, tomó una corona de flores de mogra³³, suavemente levantó sobre la frente su velo negro y oro, pasó altivamente frente a los jóvenes y llegó al sitio en que se encontraba Siddhartha en su gracia divina, realzada por el corcel negro, que, inclinando su cuello vigoroso, lo pasó dulcemente bajo el brazo de su señor. Se inclinó ante ella el Príncipe, mientras su rostro irradiaba con la alegría celeste del amor feliz; después ató a su cuello el collar perfumado y apoyó su cabeza exquisita sobre el pecho de Siddhartha, y se prosternó a sus pies con los ojos brillantes de felicidad, diciendo: “¡Querido Príncipe, mírame que soy tuya!” Y toda la multitud se regocijó al verlos pasar, con las manos unidas y latiendo al unísono sus corazones, mientras el velo negro y oro cubría nuevamente a la joven.

Largo tiempo después —cuando se esparció la luz de la fe— se preguntó al Señor Buda, respecto a esos acontecimientos, por qué llevaba ella ese velo negro y oro y caminaba tan altivamente, y aquel al que honra el universo, respondió: “Antes de mí se ignoraba esto, aunque parecía saberse a medias: mientras la rueda del nacimiento y de la muerte gire, las cosas y los pensamientos pasados y las vidas existentes tornan. Me acuerdo, sin embargo, remontando miríadas de años, de la época en que vagaba en las montañas boscosas del Himalaya, siendo un tigre hambriento de piel rayada, yo, que soy ahora Buda; acostado en la hierba kusa³⁴ acechaba con los verdes entrecerrados los rebaños que pasaban, y se aproximaban más y más a su muerte, avanzando a mi guarida; o bajo las estrellas vagaba, salvaje, insaciable, en busca de una presa, olfateando en los senderos la huella de un hombre o de un gamo. En medio de los felinos, que eran entonces mis compañeros, huéspedes del juncal espeso o del djihl³⁵ cubierto de cañas, una tigresa, la más bella de la selva, provocaba la guerra entre los machos; su piel era de oro brillante, bordada

³² Mal genio.

³³ Jazmín.

³⁴ Hierba usada por los Indostánicos en las ceremonias religiosas.

³⁵ (Ind.) Terreno pantanoso.

de negro, como el velo que llevaba Yasodhara para mí; el combate fue ardiente en la selva, los dientes y las garras destrozaron, en tanto que, bajo un nim³⁶ la soberbia tigresa veía como nos desangrábamos, heridos cruelmente. Y recuerdo que al final vino gruñendo, pasó frente a los otros reyes de la selva cubiertos de mordidas, a los que yo había vencido, y con su lengua acariciadora lamió mi flanco jadeante; luego, caminando altiva, vino conmigo al juncal, amorosamente. La rueda del nacimiento y de la muerte gira abajo y arriba”.

Entonces la joven fue dada al Príncipe por unión voluntaria³⁷; y cuando los astros fueron favorables —Mesha, el Ram rojo era el señor del cielo— se celebró la fiesta del matrimonio según las costumbre de los Sakyas. El gadi³⁸ de oro fue colocado, tendidos los tapices; colgaron las guirnalda nupciales, ataron los hilos a los brazos de los prometidos, después fue partido el dulce pastel; se regó arroz y attar³⁹, flotaron las dos pajas sobre la leche rojiza y se aproximaron, lo que presagiaba el amor hasta la muerte; los esposos dieron en seguida los siete pasos alrededor del fuego⁴⁰, se regalaron presentes a los religiosos, se hicieron limosnas y ofrendas a los templos, y, en fin, cantaron los mantras⁴¹ y ataron juntos los vestidos del novio y la novia. Entonces, el padre anciano dijo: “Honorable Príncipe; la que era nuestra, desde ahora es tuya solamente; se bueno para ella, que ha puesto su vida en ti”. Luego acompañaron a la dulce Yasodhara a la casa conyugal, con cantos y trompetas, y la pusieron en brazos del Príncipe, todo fue sólo amor.

Pero el Rey no tenía en cuenta nada más al amor; les hizo construir una prisión de amor magnífica, tal, que sobre toda la tierra no había maravilla semejante a Vishramván, el palacio del recreo del Príncipe. En medio del inmenso terreno que rodeaba al palacio se elevaba una montaña verdegueante, cuya base bañaba el río Rohiui, que desciende murmurando del Himalaya para llevar su tributo a las olas del Ganges. Al Sur, un bosque de tamarindos, tapizado de flores de ganthi color azul pálido, cerraba el horizonte; sin embargo, el ruido de la ciudad llegaba en las del viento, tan suave como el zumbido lejano de las abejas en los sotos. Por el Norte se levantaban, con saltos prodigiosos, los picos immaculados del Himalaya enorme, alineando sus hileras deslumbradoras de blancura que suben al asalto del cielo azul —vírgenes, infinitos, maravillosos—, y este universo erguido de crestas y de rocas agudas, redondas o planas de verdosas pendientes y de agudas de hielo, de barrancas desgarradas y escarpados precipicios, elevaba tan alto el pensamiento, que creía alcanzar el cielo y conversar con los dioses. Debajo de las nieves se extendían selvas sombrías, donde brillaban cascadas bulliciosas veladas por las nubes; más abajo crecían las encinas rosas y los grandes pinos, donde resonaban los reclamos de los faisanes, el rugido de la pantera, el balido del carnero salvaje sobre las rocas y el grito de las águilas inquietas; más abajo aún, brillaba la pradera como un tapiz de plegaria al pie de estos divinos altares. Enfrente, los arquitectos construyeron el pabellón espléndido sobre una elevada terraza, lo flanquearon con torres y lo rodearon con galerías de columnas. Los tallados de las vigas representaban historias de los viejos tiempos, Radha⁴² y Krishna; las

³⁶ (Ind.) Lilas de Persia.

³⁷ Modo de los Gaudharvas o músicos celestes, una de las ocho maneras de matrimonio indicado por la ley de Manú, que la define: “la unión de una joven y de un joven que resulta de un voto mutuo”.

³⁸ (Ind.) Cojín sobre el cual se sientan los esposos durante las fiestas nupciales.

³⁹ (Ind.) Perfume, esencia.

⁴⁰ Ceremonia esencial del matrimonio, según la ley brahmánica.

⁴¹ Plegarias, fórmulas mágicas.

⁴² Una de las favoritas de Krishna, Este último es uno de los dioses más populares de la India, y sus amores son el tema de numeroso poemas.

vírgenes de los bosques, Sita⁴³, Hunaman⁴⁴ y Draupadi⁴⁵; y sobre el pórtico de en medio, el dios propicio Ganesha⁴⁶, con su disco y su garfio —colocado allí para obtener la sabiduría y la prosperidad—, estaba sentado, enrollando su trompa oblicua. Por los caminos sinuosos del jardín y del patio se llegaba a la puerta interior de mármol blanco veteado de rosa; el dintel era de lapislázuli, el umbral de alabastro, y las puertas de sándalo, con los paños adornados de pinturas, franqueando el umbral, se paseaba uno, encantado, en vestíbulos soberbios y en cámaras sombrías, subía por escaleras magníficas, atravesaba galerías enrejadas, admiraba ricos artesonados y haces de columnas y frescas fuentes bordeadas de lotos y de nelumbos con surtidores de aguas y peces que brillaban en el cristal, escarlatas, dorados y azules. En las soleadas alcobas las gacelas de grandes ojos ramoneaban las rosas abiertas; los pájaros color de arco iris revolaban entre las palmas, las palomas verdes y grises construían sus nidos sobre las cornisas doradas, en las losas brillantes, los pavos desplegaban los esplendores de sus colas, mientras las garzas blancas como la leche y los pequeños búhos domésticos los contemplaban tranquilamente. Los pericos de collares color de ciruela se balanceaban de fruto en fruto, los colibríes volaban de flor en flor, los tímidos lagartos se calentaban sin recelo en los enrejados; las ardillas venían a comer en la mano, porque la paz reinaba en todas partes, la cuta serpiente negra, que da la buena suerte a las familias, dormía, calentando sus anillos al sol, bajo las flores; cerca de allí, los monos de ojos oscuros hacían gestos a los cuervos. Y toda esta casa de amor estaba llena de servidores dóciles; a la menor señal acudía gente de rostro amable, de habla suave y de servicio diligente, cada uno era feliz de hacer feliz a alguien, experimentaba placer al dar, estaba orgulloso de obedecer, de modo que la vida se deslizaba encantadora como un río guarnecido de flores perpetuas, y Yasodhara era la reina de esta corte encantada.

Pero más allá de estas cien cámaras magníficas estaba oculto un aposento donde el arte prodigara todas sus deliciosas fantasías para apaciguar el espíritu. Se penetraba a él por un patio cerrado, a cielo abierto, en medio del cual se encontraba una fuente mármol blanco como la leche, cuyos bordes, escalones y friso estaban incrustados de ágatas, matizadas delicadamente. Era grato pasar horas indolentes en este refugio de frescura deliciosa, como el caminar sobre la nieve en el estío; los rayos del sol filtraban sus oros, y al pasar a través del porche y del hielo, se suavizaban, tomaban tintes argentinos, se volvían pálidos y casi sombríos, como si la luz se detuviera y se cambiase en crepúsculo en el amor y en el silencio que reinaba a la puerta de esta agua. Porque tras esta puerta se encontraba la cámara maravillosa y exquisita, maravilla del mundo; la suave luz de las lámparas perfumadas resbalaba, a través de las ventanas de nácar y de los cortinajes sembrados de estrellas, sobre las tapicerías de tela de oro, los lechos de seda, y el esplendor de las pesadas purdahs⁴⁷, que no se levantaban sino para dejar pasar a la más bella. Nadie sabía si allí era de noche o de día, porque la luz se filtraba siempre tenue, más brillante que la aurora, pero también más suave que el crepúsculo, y siempre soplaban brisas deliciosas más agradables que las de la mañana, pero tan frescas como las de la media noche, y noche y día cantaban los laúdes, noche y día llevaban manjares deliciosos, frutos cubiertos de rocío, helados

⁴³ Esposa de Rama y heroína del Ramayana.

⁴⁴ Mono que ayuda a ayuda a Rama a recuperar a Sita, robada por Rayana.

⁴⁵ Heroína de Mahabharata.

⁴⁶ Hijo de Siva y de Parvati, dios de la Sabiduría. Es representado con una cabeza de elefante, porque este animal es considerado por los indostánicos como el emblema de la sagacidad. En cada ciudad y en cada palacio indio, una de las puertas está colocada bajo la invocación de Ganesha.

⁴⁷ (Ind.) Cortina.

hechos con nieve del Himalaya, delicadas confiterías, y leche de cocotero en su copa marfileña. Y noche y día se encontraba allí una cuadrilla escogida de bailarinas de nautch, de coperos y de músicos, agradables servidores del amor, que abanicaban los ojos del Príncipe feliz, y cuando se despertaba, llevaban sus pensamientos a la alegría, por la música que resonaba en medio de las flores, por el encanto de las canciones amorosas y las danzas alucinantes acompañadas del repiqueteo de los cascabeles atados a los tobillos de las bayaderas, por los movimientos de sus brazos y los sonidos de la vina⁴⁸ de cuerda de plata, mientras las esencias del almizcle y champack y las niebla azul que esparcía los aromas quemados hacían languidecer nuevamente su alma y lo invitaban otra vez a dormir en los brazos de la dulce Yasodhara, y así vivía Siddhartha, olvidado del resto del mundo.

Además, el Rey ordenó que dentro de los muros de este palacio jamás de hablara de la muerte, de la vejez, del pesar, del dolor o de las enfermedades. Si alguna hermosura se marchitaba en esta corte amable, si sus pies no podían ya danzar, la inocente criminal era expulsada de este paraíso, por temor de que el Príncipe sufriese al ver su desgracia. Vigilantes intendentes cuidaban de ejecutar la sentencia contra cualquiera que hablase del triste mundo exterior donde reinan los sufrimientos y las quejas, los temores y las lágrimas, y el llanto de los afligidos y el humo horrible de las piras. Se consideraba como traición el que apareciera un hilo de plata en la cabellera de una cantadora o de una bailarina, y a cada aurora recogían las rosas marchitas, barrían las hojas muertas y separaban todo lo que pudiera ser motivo de tristeza. Porque, decía el Rey: “Si pasa su juventud lejos de todas estas cosas que incitan a meditar y a incubar los huevos vacíos del pensamiento, la sombra de este destino, demasiado vasto para un hombre, se debilitará quizá, y lo veré transformarse en un soberano todopoderoso que gobernará todos los países, si quiere, y será el Rey de los reyes y la gloria de su tiempo”.

Así, pues en torno de esta prisión encantada en la que el amor era el carcelero y los deleites las rejas, pero lejos de las miradas, hizo construir el Rey un muro grueso, con una puerta de dos batientes, de bronce; eran necesarios cien hombres para moverla sobre sus goznes, y el chirrido formidable se extendía a media voddjana de distancia. Hizo una segunda puerta y luego una tercera tras la anterior, de manera que era preciso franquear tres puertas para salir del palacio del gozo. Eran tres puertas con aldabas, reforzadas con barras, y cerca de cada una estaba colocado un guardia fiel; y la consigna del rey decía: “No dejéis pasar a nadie, aunque fuese a mi hijo el Príncipe, porque me respondéis con vuestra cabeza”.

⁴⁸ Especie de cítara, terminada por una calabaza que le servía de caja de armonía.

LIBRO TERCERO

III

Nuestro Señor Buda descansaba en esta apacible morada de vida feliz y de amor, sin saber nada de la necesidad, del dolor, de la melancolía, de la vejez, y de la muerte; sin embargo, así como al dormir vaga uno en sueños por mares oscuros, y llega, extenuado, a las riberas del día, trayendo extraños recuerdos de este viaje sombrío, así también mientras descansaba su graciosa cabeza adormecida en el pecho moreno de Yasodhara, cuyas manos amantes abanicaban dulcemente sus párpados cerrados, se levantaba repentinamente gritando: “¡Mi universo!, ¡oh universo! ¡escucho! ¡sé! ¡voy!” Y ella le preguntaba: “¿Qué tenéis mi Señor?”, con los ojos dilatados por el terror; porque en esos momentos la compasión que expresaba la mirada del Príncipe inspiraba temor, y su rostro se asemejaba al de un dios. Entonces sonreía de nuevo, para calmar las lágrimas de su esposa, y pedía que le tocasen una melodía de vina; pero una vez colocaron en el umbral un calabazo con cuerdas templadas, en un sitio en que el viento pusiese suspirar sus notas y tocar a su sabor —porque el viento arranca a las cuerdas de plata una música extraña—, y los que se encontraban en torno a él no escuchaban más que esto, pero el príncipe Siddhartha escuchó a los Devas, y he aquí las palabras que cantaron a su oído:

“Somos las voces del viento vagabundo, que suspira después del reposo, y no puede hallarlo jamás; ¡ved! tal es el viento, tal es también la vida mortal; un lamento, un suspiro, un sollozo, una tormenta, una lucha.

“No podemos saber la razón de nuestra existencia, ni su origen, ni el manantial de la vida, ni su objeto; somos como vosotros, los fantasmas de la nada; ¿qué placer tenemos en nuestro dolor, que cambia sin cesar?

“¿Qué placer tienes en tu felicidad inmutable? ¡Ah! Si durase el amor, podría dar la felicidad, pero la vida es como el viento; todas las cosas no son sino voces pasajeras que soplan sobre las cuerdas vibrantes.

“¡Oh hijo de Maya! Porque vagamos sobre la tierra es por lo que gemimos en estas cuerdas; no cantamos la alegría, porque vemos muchos dolores en muchos países, infinidad de ojos que lloran y de manos que se tuercen de desesperación.

“Pero nos burlamos en medio de nuestros gemidos, porque si pudiesen saber los hombres que esta vida a la cual se aferra sólo es una vana apariencia, sería para ellos tanto como ordenarle a una nube que se detuviera, o contener el curso de un río.

“¡Pero tú, que debes ser el Salvador, tu hora se acerca! El triste mundo espera en su miseria, el mundo ciego gira bamboleándose en su círculo de dolor; ¡levántate, hijo de Maya! ¡despierta! ¡cesa de descansar!

“Somos las voces del viento vagabundo; vaga también ¡oh Príncipe! Para encontrar tu reposo; abandona tu amor por el amor de todos los seres amados; ten piedad del dolor y deja tu jerarquía para aliviar la angustia y llevar a cabo la liberación.

“Así suspiramos, al pasar, por las cuerdas de plata, para ti que no conoces todavía nada de las cosas de la tierra; así hablamos, y nos burlamos, de estas apariencias con las cuales juegas”.

Algún tiempo después, en una ocasión que estaba sentado en medio de su corte magnífica, teniendo de la mano a la dulce Yasodhara, una muchacha contaba para hacer agradable esta hora crepuscular, una vieja historia —con intermedios de música en los momentos en que su voz armoniosa se apagaba—. Era un cuento de amor; se trataba de un caballo sorprendente y de países prodigiosos, lejanos, donde vivían pueblos pálidos en los que el sol, al acercarse la noche, se hundía en el mar. Entonces dijo él suspirando: “Tchitra me recuerda la canción del ciento en las cuerdas, con su bella historia; dale tu perla Yasodhara, para recompensarla. Pero tú, perla mía, dime: ¿existe un mundo tan inmenso, hay un país que vea al gran sol rodar en las olas, se encuentran allí corazones como los nuestros, innumerables, desconocidos, desgraciados quizás, que pudiéramos socorrer si los conociéramos? A menudo, cuando el sol, al elevarse por el Oriente, hace su regio camino de oro, me pregunto, con asombro cuál es el extremo del mundo, entre los hijos del Levante, el primero que saludó sus rayos; a menudo, aun en tus brazos y sobre tu seno, ¡oh encantadora esposa mía!, mi corazón palpitó dolorosamente, al declinar el sol, por el deseo de seguirlo al ocaso empurpurado, para ver los pueblos del Poniente. Deben existir allí muchos corazones que amaríamos; ¿cómo podría ser de otro modo? Aun en este momento, tengo una cuita, que un beso de tus labios dulces no podría disipar. ¡Oh joven! ¡oh Tchitra! tú que conoces los países encantados, ¿adónde está el rápido corcel de tu relato? ¡Que no pueda yo, por un día, poner sobre su espalda mi palacio, y cabalgar, cabalgar, para ver la extensión de la tierra; o mejor, si tuviese las alas de este buitre joven —esta carroña que debe heredar reinos más vastos que el mío—, cómo tendería el vuelo hacia las cimas del Himalaya, donde brilla la nieve teñida de rosados reflejos, para buscar con la mirada los países que en su redor se extienden! ¿Por qué nunca vi ni traté de ver? Dime lo que se encuentra fuera de nuestras puertas de bronce”.

Entonces, alguien respondió: “Desde luego la ciudad, Príncipe feliz, los templos, los jardines y los bosques, en seguida campos y más campos todavía con nullahs⁴⁹, mercados, el juncal, koss y koss, hasta desaparecer en el horizonte; luego el reino del rey Bimbasara, y por último las vastas llanuras del mundo, con miríadas y miríadas de habitantes”. “Bien —dijo Siddartha—, haz decir a Tachnna que unza mi carro; mañana al mediodía iré a ver lo que está fuera del palacio”. Entonces dijeron al Rey: “Señor, quiere tu

⁴⁹ (Ind.) Torrentera, lecho de un río.

hijo que sea uncido su carro mañana al mediodía, para que pueda salir y ver la Humanidad”.

“Sí —dijo el sabio monarca—; es tiempo de que la vea. Pero ordenad, por medio de los pregoneros, que adornen mi ciudad de modo que no se encuentre ningún espectáculo aflictivo, que no salga ningún ciego o estropeado, ningún enfermo, ningún hombre cargado de años, ningún leproso”. En consecuencia, barrieron los pisos; los aguadores, con sus odres, regaron todas las calles; los criados regaron polvo rojo en los umbrales de las casas, colgaron nuevas guirnaldas y colocaron una rama de tulsi⁵⁰ en sus puertas. Con grandes pincelazos restauraron las pinturas de las murallas, llenaron de banderas los árboles, redoraron los ídolos; en las encrucijadas, Suryadeva⁵¹ y los grandes dioses brillaron sobre altares de follaje; de manera que la ciudad parecía la capital de algún reino encantado. Los pregoneros recorrieron las calles en el tambor y el gong, gritando en voz muy alta: “¡Escuchad, ciudadanos! El rey ordena que ningún espectáculo triste pueda ser visto ahora; no dejéis salir ningún ciego, ningún lisiado, ni enfermo, ni hombre cargado de años, ni leproso, ni achacoso. Que nadie queme un muerto o lo saque hasta la caída de la noche. Porque tal es la orden de Sudhodana”.

De modo que todo era agradable a la vista, y las casas estaban adornadas en Kapilavastu cuando el Príncipe llegó en su carro de bellos colores, tirado por dos novillos blancos como la nieve, que balanceaban sus cuellos y frotaban sus anchos hocicos en el yugo esculpido de laca. Era grata a la vista la alegría del pueblo aclamando a su Príncipe, y Siddhartha era feliz al contemplar a todos sus fieles súbditos vestidos con trajes de fiesta, y riendo, como si la vida fuese buena. “El mundo es hermoso —dijo— y me agrada, y estos hombre que no son reyes son hermosos y amables, y suaves son mis hermanas que trabajan y cuidan la casa; ¿qué he hecho a estas gentes para volverlas así? ¿Cómo saben estos niños si yo los amo? Dejad, os lo ruego, que suba en el carro este joven Sakya que nos arroja flores. ¡Qué bueno es reinar en un reino como éste; qué placer tan puro si esta gente está contenta porque voy entre ella! ¡Cuántas cosas me son inútiles si estas casitas contienen bastante alegría para llenar de sonrisas nuestra ciudad! ¡Ve más de prisa Tchanna! Pasa las puertas y hazme ver desde luego este mundo encantador y que desconocía”. Entonces pasaron las puertas en medio de una jubilosa multitud que se aglomeraba en las calles; algunos corrieron delante de los bueyes, arrojándoles coronas; otros acariciaban sus flancos sedosos; otros más les traían arroz y pasteles, y todos gritaban: “¡Djai! ¡Djai!”⁵² nuestro noble Príncipe!” De modo que todo el camino estaba lleno de rostros felices y de agradables espectáculos, siguiendo las órdenes del Rey, cuando un miserable desarrapado, hosco y mugroso, salió tambaleándose del agujero en que se ocultaba, se arrastró a la mitad del camino; era viejo, muy viejo y su piel arrugada, curtida por el sol, se pegaba como un pellejo de bestia a sus huesos descarnados; se rostro se encorvaba al paso de los largos años; sus órbitas rojizas estaban roídas por viejas lágrimas; sus ojos eran turbios y legñosos; sus mandíbulas desdentadas estaban contraídas por la parálisis y el espanto de ver tanta gente y tanta alegría. Una de sus manos falcas se apoyaba en un bastón gastado para sostener sus piernas vacilantes, y con la otra oprimía su pecho flaco, del que se escapaba un soplo penoso. “Dadme una limosna, buenas gentes —gemía—, porque moriré mañana o pasado”.

⁵⁰ Planta de la familia de la albahaca; en todas las casas indias hay una planta de tulsi, que es objeto de culto especial. Cuando dos indostánicos prestan juramento ante los tribunales, tienen que comer una hoja de tulsi que les da un brahmán.

⁵¹ El Dios Sol.

⁵² ¡Viva! ¡Viva!

Luego le sacudió la tos, mientras continuaba con la mano extendida, parpadeando y refunfuñando en medio de su espasmo: “¡Una limosna!” Entonces los que le rodeaban lo arrastraron violentamente del camino, diciendo: “¡Que no lo vea el Príncipe! ¡Vuelve a tu agujero!” Pero Siddartha gritó: “¡Dejadle! ¡dejadle! Tchanna, ¿quién es este ser que se parece a un hombre, pero del que seguramente tiene la apariencia nada más, tan encorvado está, tan miserable, horrible y espantoso? ¿Hay hombres que nacen hechos así? ¿Qué quiere decir con esta palabras: “moriré mañana o pasado”? ¿Por qué no encuentra alimento y están sus huesos tan visibles? ¿Qué desgracia hirió a este lastimoso?” Entonces el conductor de carro respondió: “Príncipe encantador, sólo es un hombre viejo. Hace ochenta años su espalda estaba recta, claros sus ojos y sano su cuerpo; sin embargo, los años rapaces agotaron su savia, doblegaron su vigor y hurtaron su voluntad y su espíritu; su lámpara perdió el aceite, la mecha se carbonizó; lo que le resta de vida no es más que un vago fulgor que vacila antes de extinguirse; tal es el efecto de la edad; ¿por qué se fijó en él vuestra alteza?” El Príncipe dijo entonces; “¿Pero esto le sucede a otros hombres, o a todos, o bien es raro que alguien llegue al estado de éste?” “Noble Señor —respondió Tchanna—, todas las personas presentes se tornarán como éste, si viven tan largo tiempo”. “¿Pero —preguntó el Príncipe— si vivo tanto tiempo seré así, y si Yasodhara vive ochenta años, la vejez producirá en ella los mismos efectos? ¿Y le sucederá lo mismo a Djalini, a la pequeña Hasta, a Gautami, Gunga y las demás?” “Sí, Señor”, respondió el conductor del carro. Entonces dijo el Príncipe: “Da vuelta y condúceme al palacio. Vi lo que no pensaba ver”.

Y reflexionando en esto, Siddartha, pensativo, regresó a su corte encantadora, triste de humos y de semblante; no gustó de los blancos pasteles ni de los frutos servidos en la comida de la noche, ni concedió su mirada a las mejores bailarinas del palacio, que se esforzaban por cautivarle, y no despegó los labios si no fue para proferir estas tristes palabras, cuando Yasodhara, afligida, se arrojó a sus pies suspirando: “¿No tiene mi Señor la felicidad en mí?” “¡Ah! Querida esposa —dijo—, es la felicidad que mi alma padece al considerar que terminará, que los dos tornaremos viejos. Yasodhara, sin amor, deformes, débiles, encorvados. Sí; aunque nuestros labios hayan unido nuestra vida y nuestro amor tan íntimamente que noche y día nuestros alientos se confunden, pasará entre nosotros el tiempo para llevarse mi pasión y tu gracia, como la noche negra borra los rayos rosados que brillan en la cima de los montes y poco a poco los cubre con un velo sombrío. He aquí lo que descubrí, y mi corazón se obscureció por completo de espanto a esta idea, y mi corazón entero no piensa sino en el medio de preservar el amor de los ataques del tiempo implacable que envejece a los hombres”. Y así pasó toda la noche, sin poder dormir ni consolarse.

Y durante toda esa noche, el rey Sudhodana estuvo agitado por turbadores ensueños. Vio primero desplegado un estandarte glorioso, en el que brillaba un sol de oro, emblema de Indra⁵³ pero se levantó un viento impetuoso que desgarró los pliegues del divino estandarte y lo hizo rodar en el polvo; luego llegó una bandada de espíritus que levantó el estandarte manchado, colocándolo al Este de las puertas de la ciudad. Vio en seguida diez elefantes enormes, con los colmillos de plata, que conmovían el suelo con su marcha pesada; venían por el camino del Sur; el hijo del Rey montaba el primero, los otros le seguían. La tercera visión fue un carro que brillaba con cegadora luz, arrastrado por cuatro corceles cuyos ollares arrojaban humo blanco y que tascaban una espuma de fuego; y el príncipe Siddartha iba sentado en este carro. La cuarta visión fue una rueda que giraba y giraba sin cesar, con un cubo de oro en fusión, rayos constelados de pedrerías y extrañas cosas escri-

⁵³ Dios del trueno, personificación del cielo.

tas en las llantas; y al girar esta rueda, parecía producir al mismo tiempo fuego y música. La quinta visión fue un tambor inmenso colocado a medio camino entre la ciudad y la montaña, sobre el cual golpeaba el Príncipe con una maza de hierro, de manera que el sonido repercutía como el estallido de un trueno rodando a lo lejos en el cielo y en el espacio. La sexta visión fue una torre que subía siempre dominando la ciudad, de manera que su remate altivo aparecía coronado de nubes, y en cuya cima se encontraba el Príncipe sembrando con las manos llenas, en todas direcciones refulgentes carbúnculos; se hubiese dicho que llovían jacintos y rubíes, y todo el mundo venía disputando por escoger estos tesoros que caían a los cuatro vientos. Pero su séptima visión de espanto fue un concierto de gemidos y la vista de seis hombres que lloraban, rechinaban los dientes y se cubrían las bocas con las manos, abismados en su desesperación. Tales fueron las siete espantosas visiones que en sueños tuvo, pro ninguno de los augures más expertos se las pudo explicar. Entonces el Rey, irritado, exclamó: “Debe caer una desgracia sobre mi casa, y ninguno de vosotros es bastante perspicaz para ayudarme a saber lo que los dioses poderosos me presagian enviándome estos sueños”. La ciudad estaba afligida de que el Rey hubiese soñado estas amenazadoras visiones que nadie podía explicar; pero he aquí a un hombre viejo, vestido con una piel de animal, una especie de ermitaño que nadie conocía, se presentó a la puerta y exclamó: “Llevadme ante el Rey, porque puedo explicarle la visión de su sueño”. Y cuando hubo escuchado el relato de los siete misterios de este sueño, se inclinó con respeto y dijo: “¡Oh Maharadja! ¡Saludo esta casa afortunada donde se levantará un esplendor más deslumbrante que el del sol! Ved como estos siete motivos de temor son siete causas de alegría; en efecto, esa bandera desplegada, gloriosa, marcada por el emblema de Indra, que viste derribada y levantada, significa el fin de las antiguas creencias y el comienzo de la nueva, porque los dioses cambian como los hombres, y pasan los palpas como los días, andando en el tiempo. Los diez grandes elefantes que hacían estremecer la tierra significan los diez grandes dones de la sabiduría, con cuya fuerza el Príncipe dejará su estado y sacudirá al mundo, haciendo pasar la Verdad. Los cuatro caballos de aliento de fuego, uncidos aun carro, son las cuatro virtudes intrépidas que conducirán a tu hijo de la duda y las tinieblas a la luz benéfica; la rueda que giraba con su cubo de oro en fusión es la Rueda muy preciosa de la Ley perfecta, que girará a los ojos del mundo entero; el tambor que batía tu hijo, de modo que su sonido repercutía en todos los países, significa el trueno de la Palabra que predicará; la torre que se levanta hasta los cielos representa la elevación del evangelio de Buda, y las joyas regadas desde lo alto de esta torre son los tesoros inapreciables de esta buena Ley, cara a los dioses y a los hombres, y que todos desean; tal es la interpretación de la torre. En cuanto a los seis hombres que gemían cubriéndose la boca, son los seis principales predicadores a los que tu hijo convencerá de su error por el esplendor de la verdad y de sus discursos irrefutables. ¡Oh Rey, regocíjate! La fortuna de monseñor el Príncipe sobrepasa la de todos los reinos, y sus harapos de ermitaño valdrán más que las telas de oro. ¡Tal fue tu sueño! Y estas cosas sucederán dentro de siete días con sus noches”. Así habló el santo hombre, luego se prosternó ocho veces inclinándose profundamente tocando tres veces la tierra, se levantó y salió; pero cuando le mandó buscar el Rey para ofrecerle un rico presente, los mensajeros regresaron, diciendo: “Venimos del templo de Tchandra⁵⁴, donde entró, pero allí solo se encontraba un búho gris, que voló del altar”. Algunas veces los dioses vienen bajo esta forma.

⁵⁴ La Luna.

El Rey, entristecido, se asombró, y dio orden que se rodeara a Siddartha de nuevas delicias para retener su corazón en el palacio del gozo; por otra parte, redobló la guardia de las puertas de bronce.

¿Pero quién podía impedir que entrase el destino?

En efecto, el Príncipe tuvo nuevamente el deseo de ver el mundo y la vida humana, que sería muy agradable si sus ondas no fuesen a morir en las playas del Tiempo. “Os lo ruego, dejadme ver nuestra ciudad tal como es —dijo al rey Sudhodana—. Vuestra Majestad, en su tierna solicitud, ordenó al pueblo la última vez que ocultara los seres que sufrían y los espectáculos vulgares, y que pusieran rostros alegres para regocijarme y hacer más agradable todas las calles; sin embargo, aprendí que no era esa la vida de todos los días, y puesto que soy el que más cerca está de vos y del reino, quisiera conocer el pueblo y las calles, su aspecto habitual, los trabajos cotidianos y la vida que viven estos hombres que no son reyes. Dadme permiso, mi querido Señor, para salir de incógnito de mis jardines felices; regresaré contento, padre mío, a sus apacibles umbrías, o por lo menos, más sabio. Dejadme pues, os lo ruego, ir mañana a mi guisa, con mis servidores, a través de las calles”. Y el Rey dijo en medio de sus ministros: “Puede ser que esta segunda salida corrija el efecto de la primera. Ved cómo se turba el halcón de cuanto ve si se le quita la caperuza, y por el contrario, qué mirada tan apacible le da la libertad; dejad que mi hijo vea todo, y dadme nuevas del estado de su espíritu”.

Así, pues, al día siguiente el Príncipe y Tchanna atravesaron las puertas, que se abrieron a la vista del sello real; pero los que hicieron girar sobre los goznes los pesados batientes no supieron que el que pasaba con ese traje de mercader era el hijo del Rey, y el conductor de su carro el que iba con traje de religioso. Avanzaron a pie por la vía pública, confundidos entre todos los ciudadanos Sakyas, mirando lo que había de alegre y de triste en la ciudad; las calles pintorescas, animadas por el rumor de la vida diaria; los mercaderes en cuclillas en medio de sus especias y de sus granos; los compradores con su dinero en los pliegues del vestido⁵⁵; las disputas de las compras; los gritos penetrantes para hacerse sitio; las pesadas ruedas de piedra; los bueyes robustos de paso lento con sus pesados fardos; los portadores de palanquín que cantaban; los hamals⁵⁶ de anchos cuellos, sudando al sol; los criados llevando agua de pozo balanceando sus tchatties⁵⁷ y con sus hijos de ojos negros a horcajadas en las espaldas; las tiendas de confiterías llenas de moscas; el tejedor en su oficio haciendo sonar su lanzadera; las piedras de molino listas para moler el trigo; los perros vagando en busca de algunas piltrafas; el hábil armero fabricando cotas de malla con el alicate y el martillo; el herrero ocupado en enrojecer en su fragua un azadón y una lanza; la escuela donde, en torno de su Gurú, los niños Sakyas, sentados en semicírculo, cantaban gravemente los mantras y aprendían las historias de los dioses y de los semidioses; los tintoreros extendiendo al sol telas anaranjadas, rosas o verdes que sacaban todavía húmedas de sus cubas; los soldados que caminaban haciendo tintinear sus espadas y sus escudos; los conductores de camellos, balanceándose, sobre las jorobas de sus monturas; el sabio Brahmán, el Kchatrya marcial, el humilde Sudra trabajador⁵⁸; aquí se oprimía para ver a un

⁵⁵ Los indostánicos ponen su dinero en un pliegue del vestido que les rodea la cintura.

⁵⁶ (Ind.) Mozos de cordel.

⁵⁷ (Ind.) Vaso de tierra o de cobre de forma redonda, que se lleva sobre la cabeza o apoyado en la cadera.

⁵⁸ Según la ley de Manú, la población de la India estaba dividida en cuatro clases: los Brahmanes, encargados de las funciones sacerdotales y de la enseñanza de los Vedas; los Kchatryas o guerreros, entre los cuales eran elegidos los reyes; los Basillas, entregados al comercio y la agricultura, y por último, los Sudras, que no tenían otro oficio que servir a las clases precedentes. En realidad, estas divisiones correspondían a diferencias

encantador de serpientes que charlaba enrollando en torno a su puño la joyería viva del áspid y del nag, o que obligaba a la terrible cobra a bailar erguida de cólera al son de su calabazo adornado de brujerías; allá, una larga fila de tambores y de trompas, corceles adornados de colores brillantes y de gualdrapas de seda, que conducían a una novia a la casa conyugal, y aquí, una mujer que iba a ofrecer al dios pasteles y guirnaldas, para conseguir el regreso de su marido que partiera a un largo viaje, o el nacimiento próximo de un hijo; más lejos se encontraban las tiendas donde los negros caldereros batán el cobre sonoro para hacer lámparas y lotas⁵⁹. De allí pasando bajo los muros del templo y las puertas monumentales, llegaron al río y al puente, bajo las murallas de la ciudad.

Acababan de franquearlas, cuando a la orilla del camino una voz desconsolada gimió: “¡Socorredme, monseñores! Levantadme sobre mis pies; ¡oh, socorredme, o muero antes de llegar a mi casa!” Era un desgraciado que temblaba atacado de peste mortal, y se retorció en el polvo, cubierto de pústulas de un rojo ardiente; un sudor frío perlaba en su frente, su boca se contraía en los terrores de su dolor, y sus ojos extraviados se anegaban en las tormentas de la agonía. Se afianzaba, jadeante, a las hierbas del camino para levantarse, y se levantaba a medias para caer de nuevo, con todos sus miembros temblorosos, con un grito de terror, diciendo: “¡Ah, qué dolor! ¡buena gente, socorredme!”

Inmediatamente acudió Siddartha, levantó al desgraciado con sus manos caritativas, mirándolo dulcemente, colocó la cabeza del enfermo sobre sus rodillas, y luego, cuando le hubo confortado con sus tiernas caricias, le preguntó: “Hermano, ¿cuál es tu sufrimiento? ¿Qué mal te aqueja? ¿Por qué no puedes levantarte? ¿Por qué, Tachnna, palpita, y gime, y trata en vano de hablar, y se lamenta de un modo tan conmovedor?”

El conductor del carro respondió: “Gran Príncipe, este hombre está atacado de alguna peste, sus elementos están confundidos; la sangre que corría por sus venas como un río salútfiero salta y rebulle como un torrente de fuego; su corazón que palpitaba con regularidad late, ya demasiado aprisa, ya lentamente, como un tambor al que se golpea sin descanso; sus músculos están relajados como la cuerda de un arco distendido; la fuerza abandonó sus jarretes, su cintura y su cuello; y toda la gracia y la alegría humana huyeron lejos de él; es un hombre enfermo y atacado en este momento de un acceso. Ved cómo se araña sin cesar para asir su mal, cómo mueve sus ojos inyectados en sangre, cómo rechina los dientes y respira con pena, como si su aliento fuese humo sofocante. ¡Ved! Quisiera haber muerto, pero no morirá antes de que el mal haya hecho en él su obra, matando los nervios, que mueren antes que la vida; después, cuando todos sus músculos crujan en la agonía y todos sus miembros pierdan la sensación del dolor, el mal lo abandonará para ir a abatirse lejos. ¡Oh Señor! No es bueno que lo tengas así, la enfermedad puede ser contagiosa y alcanzarte también”.

—Pero—dijo el Príncipe mientras seguía consolando al hombre— ¿hay otros, hay muchos que estén así? ¿Y podría sucederme que llegara a este estado?

—Amo —respondió el cochero—, esto ataca a todos los hombres bajo formas variadas; los males y las heridas, la enfermedad, los sarpullidos, las parálisis, las lepras, las fiebres calientes, las disenterías y las pústulas atacan a todas las criaturas y penetran doquiera.

— ¿Las enfermedades llegan sin que se las vean? —preguntó el Príncipe.
Y Tchanna dijo:

de razas. (Véase nuestro *Tratado del Derecho indio*, pág. 3).

⁵⁹ Vasos de cobre.

—Vienen como la astuta serpiente, que muerde sin ser vista; como el tigre real emboscado en el matorral karunda, cerca del sendero de los juncas, esperando el momento favorable para saltar; o como el rayo, que hiere a unos y perdona a otros, al azar.

Entonces, ¿todos los hombres viven en el temor?

—Así es como viven, ¡oh Príncipe!

—¿Y nadie puede entonces decir: Esta noche me acuesto feliz y tranquilo y así me despertaré?

—No nadie puede decirlo.

—¿Y el fin de estos numerosos sufrimientos, que llegan invisibles y cuando quieren, es éste: un cuerpo roto y un alma afligida, y luego la vejez?

—Sí, cuando se vive largo tiempo.

—Pero si no puede uno soportar su agonía, o si no quiere soportarla, y si desea ponerle término; o si la soporta y es uno como ese hombre, y sólo puede gemir, si vive todavía y llega a viejo, y se hace más viejo aún, ¿entonces cómo acaba esto?

—Muere uno, Príncipe.

—¿Muere?

—Sí, y al fin llega la muerte, cualesquiera que sea el sitio y la hora. Algunos hombres se vuelven viejos, la mayor parte sufren y se ponen enfermos, pero todos deben morir. ¡Mirad he aquí a la muerte que pasa!

Entonces Siddharta levantó los ojos, y vio desfilar lentamente, en dirección al río, una procesión de gente llorosa; a la cabeza marchaba un hombre que agitaba un vaso de tierra lleno de brasas; detrás seguían los parientes, con la cabeza rasurada, cubiertos de signos de duelo, con los vestidos desechos y diciendo en voz alta: “¡Oh Rama, Rama, escucha! ¡Implorad a Rama, hermanos míos!” Después venía el sarcófago, hecho con cuatro perchas y bambúes trenzados, sobre los cuales estaba tendido el cadáver, con los pies hacia delante, rígido, descarnado, con la boca sumida, sin mirada, con los flancos excavados, crispado, cubierto de polvo rojo y amarillo; en las encrucijadas, los cargadores hacían que primero pasase la cabeza y gritaban: “¡Rama! ¡Rama!” Y llevaron el cadáver a la orilla del río, donde se levantaba una pira, sobre la cual lo colocaron, cubriéndolo de ramas —el que reposa en semejante lecho duerme un sueño profundo, no lo despertará el frío, aunque esté desnudo expuesto a todos los vientos—. En seguida encendieron en los cuatro ángulos la llama, que se extendió lentamente, lamió la pira, saltó repentinamente, y alcanzando el cuerpo, lo devoró, haciendo silbar sus rápidas lenguas de fuego; después, la piel, desecada, se rajó, y las articulaciones se quebraron; por último, se aclaró y las cenizas se aplastaron, escarlatas y grises, sembradas aquí y allá de un hueso blanco: era el residuo del hombre.

Entonces dijo el Príncipe:

—¿Este es el fin que alcanza a todos los que viven?

—Este es el fin que a todos les está reservado —respondió Tchanna— el que estaba en la pira —y cuyos restos son tan poca cosa, que los cuervos hambrientos, crascitando, desdeñan esta vana comida—, este hombre comió, bebió, rió, amó, vivió y amó la vida. ¿Qué sucedió después? ¿Quiénes lo sabe? Una ráfaga del juncal un paso en falso en el sendero, algo sucio en el estanque, la mordedura de una serpiente, una pulga de acero mortal, el frío, una arista, o la caída de una teja, y se destruyó la vida, y el hombre está muerto. No tiene ya ni apetitos, ni placeres, ni dolores; un beso en sus labios o la quemadura de la llama lo dejan insensible, no siente que su carne se tuesta, ni el olor del sándalo y los aromas que se queman; perdió el gusto su boca; no escuchan ya sus oídos; ya no se ven sus ojos; gimen desolados los que él amaba, porque es preciso también destruir este cuerpo,

en el que brillaba la vida, esta lámpara interior, si no se quiere dar a los gusanos un horrible festín. He aquí el destino común de la carne; poderosos y miserables, buenos y malos, deben morir, y luego, según se enseña, recomenzar una nueva existencia — ¿quién sabe dónde y cómo? — y ser así dedicados nuevamente a las angustias de la partida y a las llamas de la pira. Tal es el ciclo del hombre.

Entonces Siddartha levantó al cielo sus ojos, en los que brillaban lágrimas divinas, luego los bajó a la tierra, inundados de celeste piedad. Contempló ya el cielo, ya la tierra, como su buscara su espíritu, en un esfuerzo solitario, alguna visión lejana que uniera el uno a la otra, visión perdida y desaparecida, proa no podía conocerse y encontrarse de nuevo.

Entonces, en una noble actitud, exaltada por la pasión ardiente de un amor inefable y el ardor de una infinita esperanza insaciable, gritó: “¡Oh mundo que sufres! ¡Oh hermanos conocidos y desconocidos que os debatís en las garras del dolor y de la muerte, donde la vida os retiene! Veo, siento la inmensa necesidad de la agonía de la tierra, la vanidad de sus alegrías, la ironía de sus aventuras, la angustia de sus penas; sus placeres terminan en el dolor, la juventud en la vejez, el amor en la pérdida del objeto amado, la vida en la muerte odiosa y la muerte en desconocidas existencias, que no hacen sino sujetar nuevamente a los hombres a su rueda, para hacerlos girar en el círculo de falsas delicias y de reales sufrimientos. También yo me dejé engañar por este señuelo, y la vida me parecía amable y como corriente de agua soleada que de continuo se desliza en medio de una inalterable paz, mientras que el río insensato sólo corre con rapidez por los prados floridos, para verter más rápidamente sus ondas cristalinas en las ondas saladas del mar impuro. El velo que me cegaba se desgarró. Soy como todos estos hombres que imploran a sus dioses sin ser escuchados. ¡Y sin embargo, debe existir una ayuda para ellos y para mí, para cuantos tienen necesidad de socorro! ¡Quizás los mismos dioses experimenten la necesidad de que se les ayude, y son tan débiles que no pueden salvar a los desgraciados que los invocan! ¡No querría yo dejar llorar a un ser que pudiera salvar! ¿Cómo puede ser que Brahma haya creado al mundo y lo abandone a la desgracia, porque si siendo todopoderoso lo deja en este estado, no es bueno, y si no es todopoderoso, no es Dios? ¡Tchanna, regresemos a casa! ¡Es bastante! ¡He visto demasiado!”

Cuando el Rey supo esto, colocó una triple guardia en las puertas, y ordenó que nadie entrase ni saliese, ni de día ni de noche, antes que hubiese transcurrido el número de los días marcados en su sueño.

LIBRO CUARTO

IV

Pero cuando transcurrieron los días partió nuestro Señor —como debía suceder—, y hubo gemidos en la casa dorada, el Rey estaba desolado y afligido todo el país, pero se llevó a cabo también la liberación de todos los seres, y esta Ley que liberta a cuantos la escuchan.

La noche india se extendía dulcemente en las llanuras, en la época de luna llena, en el mes de Tchaitra Shud⁶⁰, cuando enrojecen los manglares, y los asokas⁶¹ perfuman la brisa, y se acerca el día en que se conmemora el aniversario del nacimiento de Rama, y son felices todos los campos y las ciudades. Caía dulcemente esa noche sobre Vishramvan, embalsamada de flores, sembradas de estrellas sin cuento y refrescada por las brisas que venían de las nevadas cimas del Himalaya; porque la luna apareció tras los picachos del Este, subió por la bóveda estrellada, derramó su claridad sobre las hirvientes olas del Rohini, sobre los montes, los valles y la adormecida llanura, y plateó la techumbre de la casa feliz en la que dormían todos, salvo los centinelas de las puertas exteriores que gritaban la palabra de guardia: *Mudra*, y la respuesta: *Angana*, cuando batían los tambores para una ronda. Descansaba la tierra silencios, y sólo se oían los aullidos de los rondadores chacales y el chirrido incesante de los grillos en los jardines.

La luna brillaba a través de las piedras caladas, iluminaba los muros de nácar y los pavimentos de mármol vetado, y sus rayos iluminaban una reunión tan exquisita de indias jóvenes, que parecía que fuese una cámara deliciosa de paraíso habitada por las Devis⁶². Todas las hermosuras escogidas de la casa del príncipe Siddhartha estaban reunidas ahí, las más encantadoras y las más felices de la corte; cada una era tan adorable en su tranquilo sueño, que dirías: “Esta es la perla de todas”. Pero mirando a su vecina de la derecha, después a la de la izquierda, encontraríais a cada una más bella, y vuestra vista, cautivada,

⁶⁰ Este mes corresponde al fin de marzo y principios de abril.

⁶¹ Asoka (sánscrito: a privativo; soka, tedio), arbusto consagrado a Siva.

⁶² Diosas (femenino de Devas) que habitan el Swarga, paraíso de Indra.

habría vagado de hermosura en hermosura, como vaga de joya en joya, atraída por el brillo de cada una de ellas, cuando se admira un trabajo de orfebrería. Descansaban en su gracia indolente, con sus miembros morenos velados en parte y en parte descubiertos; sus cabellos lustrosos estaban atados hacia atrás por coronas de oro o de flores, o rodaban en olas negras sobre sus nuca y sus graciosos cuellos. Sumergidas en sueños encantadores por la fatiga de sus juegos, dormían cansadas como pájaros que cantan y aman todo el día, y luego ocultan la cabeza bajo el ala hasta que la aurora los invita nuevamente a las canciones y el amor. Lámparas de plata cincelada suspendidas del techo por cadenas de plata y llenas de perfumados aceites, hacían con los rayos de la luna una suave luz que permitía ver las formas perfectas de estas encantadoras muchachas, sus senos que se elevaban apaciblemente, sus manos teñidas⁶³, abiertas o cerradas, sus bellos rostros sombríos de arqueadas cejas, sus labios entreabiertos, sus dientes semejantes a las perlas que ensarta un mercader para hacer un collar, sus ojos de sedosos párpados, cuyas pestañas, abatidas, caían sobre sus tiernas mejillas, sus puños redondos, sus finos piecillos cubiertos de campanillas y de ajorcas que tintineaban dulcemente cuando alguna se agitaba, y la hacían soñar, sonriendo con alguna danza nueva estimada por el Príncipe, que le daba una sortija maravillosa, dulce presente de amor. Allí estaba recostada una joven, con la vina cerca de la mejilla y los menudos dedos oprimiendo aún las cuerdas, como cuando tocaba las últimas notas de su canción para adormecer sus brillantes ojos, hasta que se cerraron. Otra dormía, teniendo entre los brazos un antílope del desierto, cuya fina cabeza, ornada de cuernos negros y oblicuos, se ocultaba entre sus senos, en los que encontrara un suave nido; el gracioso animal se ocupaba en comer rosas rojas, cuando la muchacha y él se adormecieron, y la mano entreabierta aún tenía una rosa medio comida, mientras uno de sus pétalos se enrollaban en los belfos de la bestia.

Más allá dos amigas se adormecieron juntas, mientras trenzaban guirnaldas de mogra, cadena salpicada de flores que las unía estrechamente en un abrazo fraternal, miembros contra miembros y corazón contra corazón, la una acostada sobre flores y la otra sobre su amiga. Otra, antes de dormirse, ensataba piedras para hacer un collar; ágatas, ónices, sardónicas, corales y selenitas; un cordón de color deslumbrante brillaba alrededor de su muñeca, y tenía la piedra que debía terminar el collar: una turquesa verde, incrustada de divinidades y de inscripciones de oro. Arrulladas por el murmullo del riachuelo del jardín, se habían acostado así sobre los tapices apilados, parecidas a rosas nuevas de cerradas hojas, que esperan la aurora para abrirse y embellecer a la luz del día. Tal era la antecámara del Príncipe pero cerca de la franja del purdah dormían las más bellas: Gunga y Gotami, las primeras sacerdotisas de esta silenciosa mansión del amor.

El purdah colgaba, purpúreo y azul, con bordados de oro, a lo largo de una portada de sándalo esculpido; tres escalones conducían a la cámara magnífica en la que estaba el lecho nupcial colocado sobre un estrado cubierto con telas de plata, en las que se hundían los pies como sobre una capa de flores de nim. Todos los muros estaban cubiertos de perlas arrancadas a las olas de Lanka⁶⁴; y en el lecho de alabastros, ricos mosaicos de lapislázuli, de jade, jacinto y jaspe, representando lotos y pájaros, se desarrollaban alrededor de la cúpula, sobre los muros y sobre los encuadramientos de las rejas talladas, por donde penetraban, con la luz de la luna y la brisa, los perfumes de las campánulas y los jazmines; pero no

⁶³ Las mujeres indias se tiñen con carmín las palmas de las manos.

⁶⁴ Antiguo nombre de la isla de Ceilán.

había gracia y ternura comparables a las que esparcían en este sitio el Príncipe encantador de los Sakyas y su esposa, la adorable Yasodhara.

Incorporada a medias sobre su blando cojín al lado del príncipe, con el tchuddar⁶⁵ que se le había deslizado hasta la cintura y con la frente entre las manos, la amable princesa se inclinaba suspirando y dejaba correr lentamente sus lágrimas. Con sus labios tocó tres veces la mano de Siddartha, y luego gimió: “Despierta, ¡oh Señor! ¡Habla para tranquilizarme!” “¿Qué tienes? —respondió él—, ¡oh vida mía!” Pero ella continuó gimiendo, sin poder proferir una palabra; después dijo: “¡Ay Príncipe mío! Me había dormido feliz, porque el hijo tuyo que llevo en mi seno se agitó esta noche, y mi corazón latió con esta doble pulsación de vida, de felicidad y de amor, cuya música jubilosa me encantaba; pero ¡ay! en mi sueño vi tres presagios nefastos, cuya imagen espanta aún mi corazón. Vi un toro blanco de inmensos cuernos, el rey de los pastos, que pasaba por las calles, llevando en frente una joya que brillaba como una estrella o como la piedra khanta que guarda la gran Serpiente⁶⁶ para producir bajo la tierra una luz tan deslumbradora como la del día. Pasaba lentamente por las calles, se dirigía hacia las puertas, y nadie podía detenerlo, aunque una voz que venía del templo de Indra gritaba: “Si no lo detenéis, terminará la gloria de la ciudad”. Y sin embargo, nadie podía detenerlo. Entonces me puse a llorar gritando, y rodeé su cuello con mis brazos, con todas mis fuerzas, y ordené que cerraran las puertas; pero este rey de los toros bramó, y sacudiendo ligeramente su orgullosa cabeza, se escapó a mi abrazo, derribó las barreras y pasó derribando a los guardias. El otro extraño sueño fue el siguiente: cuatro Apariciones espléndidas, de ojos relampagueantes, tan bellas que parecían a los Regentes de la tierra que viven en el monte Sumeru, brillaron en el cielo en medio de un innumerable cortejo de Seres celestes, y rápidamente se transportaron a los muros de nuestra ciudad, donde vi el estandarte de oro de Indra flotar sobre la puerta y caer; y repentinamente se levantó en la plaza una gloriosa bandera, cuyos pliegues todos refulgían con los fuegos de rubíes sembrados en abundancia en hilos de plata, haciendo lucir palabras nuevas y sentencias eficaces que hacían felices a todas las criaturas, y por el Oriente se levantó el viento de la aurora, que desplegó los pliegues refulgentes de la bandera para que todo el mundo pudiese leer, lloviendo sobre ella maravillosas flores, cortadas en no sé qué país, de colores desconocidos en nuestros jardines”.

Entonces dijo el Príncipe: “Todo esto, mi flor de loto, era grato verlo”.

“¡Ay mi Señor! —dijo la Princesa; oí en seguida una voz espantosa que gritó: “¡Se acerca el tiempo, el tiempo está próximo!” Luego vino el tercer sueño; como yo quería tocarte, mi querido Señor, ¡ay! encontré sobre nuestro lecho una almohada sin ajar y un traje vacío. ¡Ya no había nada de ti, de ti que eres una luz y mi vida, mi Rey, mi universo! Y completamente dormida, me levanté y vi tu cinturón de perlas, que está ahí, atado bajo mi seno, que se transformaba en una serpiente que me mordía; las ajorcas de mis tobillos cayeron, mis anillos de oro se quebraron, los jazmines anudados a mis cabellos se redujeron a polvo; nuestro lecho nupcial fue volcado y desgarrado el purdah de púrpura; entonces, a lo lejos, oí bramar al toro blanco, y a lo lejos flotaba la bandera bordada, y de nuevo repercutió este grito: “¡Llegó el tiempo!” Pero a este grito, que todavía agita mi alma, desperté ¡Oh Príncipe!, ¿qué pueden significar estas semejantes visiones, si no es que debo morir, o,

⁶⁵ (Ind.) Chal.

⁶⁶ Según las creencias de los indios, existe bajo la tierra una serpiente inmensa. Hay en los alrededores de Delhi un pilar de hierro de 50 pies de longitud, erigido en el tercero o cuarto siglo antes de Cristo por el rey Dhava; según la leyenda, este clavo gigantesco fue hundido en ese lugar por este monarca para traspasar a la gran Serpiente.

lo que es peor que cualquier muerte que debes abandonarme, o que te arrebatarán de mi lado?”

Siddhartha posó en su afligida mujer una mirada dulce como la postrera sonrisa del sol poniente, y dijo: “¡Consuélate, amada, si el consuelo reside en una amor inmutable! Porque aunque tus sueños sean las sombras de cosas que están por venir, y por más que los dioses se hayan conmovido en sus pedestales, y acaso el mundo esté en víspera de encontrar un socorro; aunque a ti y a mí nos suceda cualquier cosa, está segura que amé y amo a Yasodhara. Sabes que desde hace muchos meses pienso en la manera de salvar al mundo miserable que vi, y cuando llegue el momento sucederá lo que tenga que suceder. Pero si mi alma está afligida por almas desconocidas, y si padezco por males que no son los míos, piensa como mis alados pensamientos deben cernerse sobre todas estas existencias, entre las cuales se difunde la mía y que me son tan caras; la tuya es la más querida para mí, la más encantadora, la mejor y la más próxima a mi corazón. ¡Ah! Tú que eres la madre de mi hijo, tú cuyo cuerpo se unió al mío para engendrar esta dulce esperanza, mi espíritu recorre las tierras y los mares —tan lleno de compasión por los hombres como la paloma de rápido vuelo está llena de ternura por su nidada—, pero torna siempre al hogar, con alas felices y temblorosas de pasión las plumas, hacia ti, que eres la más exquisita de mi especie, la más perfecta, la más tierna, y que eres más mía que todas las cosas. Así es que, cuando llegue más tarde, acuérdate de este toro altivo que bramaba, de esta bandera adornada de joyas, que, en tu sueño, agitaba sus pliegues, y está segura de que siempre te he amado, de que te amo siempre, y de que lo que busco para todos lo busco sobre todo para ti. Pero consuélate más todavía pensando que reinará la paz sobre la tierra, gracias a nuestro sufrimiento, y recibe en este beso todo lo que puede expresar de gratitud un amor fiel y cuanto puede imaginar de bendiciones. Es muy poco, ¡ay! porque la fuerza del mismo amor es muy débil. Bésame en la boca, y bebe estas palabras que mi corazón vierte en el tuyo, para que sepas lo que otros ignoran; que te amo más que a todas las almas vivientes, para las cuales tengo, sin embargo, un amor tan profundo. ¡Ahora, quédate aquí, princesa!, porque quiero levantarme y velar”.

Entonces ella se durmió, llorando, pero gimió en sueños, porque se le apareció la misma visión y escuchó de nuevo estas palabras: “¡Ha llegado la hora, ha llegado la hora!” No obstante, Siddhartha desvió de ella sus miradas, y he aquí que la luna brilló en el signo de Cáncer, y las estrellas de plata, colocadas como había sido predicho largo tiempo antes, dijeron: “He aquí la noche; elige el camino de la grandeza o el de la bondad; escoge entre reinar como un Rey de reyes, o vagar solitario sin corona y sin hogar, para salvar el mundo”. Entonces los soplos de las tinieblas cuchichearon nuevamente a sus oídos los consejos que los Devas le dieran por la voz del viento, y seguramente los Dioses rodearon y acecharon a nuestro Señor, que contemplaba los astros brillantes.

“¡Quiero partir —dijo—; llegó la hora! Tus tiernos labios, amada que duermes, me obligan hacer lo que debe salvar a la tierra, pero vamos a separarnos; y en el silencio de este cielo, leo mi destino en letras relucientes. Logro el fin hacia el cual me encamino desde hace tantos días y tantas noches, porque no quiero la corona que pudiera ser mía, rehúso estos reinos que esperan el relámpago de mi espada desnuda; no rodará mi carro, con ruedas ensangrentadas de victoria en victoria, para que la tierra conserve de mi nombre un rojo recuerdo. Prefiero recorrer sus senderos con mis pies inmaculados y pacientes, haciendo mi lecho de su polvo, de sus desiertos mi morada, y mis compañeros de sus cosas más viles, sin otros vestidos que los que llevan los descastados, sin otro alimento que el que me den las gentes caritativas, sin otro abrigo que las cavernas oscuras o las malezas de los junca-

les. He aquí lo que haré, porque los gritos desgarradores de la vida y de todos los seres vivos penetran en mis oídos, y toda mi alma está llena de piedad para la miseria de este mundo, al que salvaré, si es posible, por una abdicación absoluta y una lucha encarnizada. Porque, ¿cuál de los dioses, grandes o pequeños, posee el poder y la compasión? ¿Quién los ha visto? ¿Qué han hecho para ayudar a sus adoradores? ¿Para qué le sirve al hombre rogar, pagar el diezmo del grano y del aceite, cantar las fórmulas mágicas, inmolar víctimas que aúllan, edificar templos magníficos, sostener a los sacerdotes e invocar a Visnú, Siva, Surya, que no salvan a nadie —ni aun al más digno— de los males enumerados en estas letanías de adulación y de temor que suben cada día, como humo vano? ¿Algunos de mis hermanos, por este medio, escapó a los sufrimientos de la vida, a las amargas penas del amor y a la pérdida del objeto amado, a la fiebre ardiente que nos hace estremecer, a las lentas injurias de la vejez que debilita el espíritu y el cuerpo, a la horrible muerte sombría, y a la que después nos aguarda hasta que haya girado nuevamente la rueda, y nuevas existencias hagan nacer dolores nuevos, nuevas generaciones llenas de nuevos deseos que concluyen en los antiguos desencantos? ¿Alguna de mis tiernas hermanas recogió los frutos de sus ayunos o la cosecha de sus himnos; se le evitó el dolor de la procreación por una ofrenda de leche cuajada muy blanca, o un adorno de hojas de tulsi? ¡No! Quizá algunos dioses sean buenos, y otros malos, pero todos son demasiados débiles para obrar; son a la vez compasivos e implacables, y todos están —como los hombres— atados a la rueda de la transformación y pasan por existencias sucesivas. Porque, como parece enseñarlo nuestras Escrituras con razón, una vez comenzada la vida —cualquiera que sea su lugar de origen y su causa— recorre su cielo de existencias, ascendiendo del átomo al insecto, al gusano, al reptil, al pez, al pájaro, y a la bestia cubierta de pelos, y por último hasta el hombre, al demonio, al Deva y al Dios, para descender a la tierra y al átomo; así estamos emparentados con cuanto existe. ¡Si el hombre, pues, pudiese salvarse de esta transmigración, el mundo entero participaría en la disipación de esta horrible ignorancia, cuyo mudo temor es la sombra, y la crueldad el salvaje pasatiempo! ¡Sí, si alguien puede salvar al mundo, y deben existir los medios! ¡Y debe haber un refugio! Los hombres perecieron helados por los vientos del invierno, hasta que a uno de ellos se le ocurrió hacer saltar del sílex la roja chispa, partícula del fuego solar, que ocultaba la piedra fría. Se hartaban de carne como lobos, hasta que uno de ellos sembró el trigo, que brotó como una mala hierba, y que hace vivir, sin embargo, a los hombres; gesticulaban y balbucían, hasta que una lengua inventó la palabra y los dedos pacientes escribieron el sonido de las letras. ¿Qué don poseen mis hermanos que no provenga de la investigación, de la lucha y del sacrificio inspirado por el amor? Si, pues, un hombre poderoso y afortunado, rico, lleno de salud y con vagares, designado por su nacimiento para reinar, si lo desea, y ser un Rey de reyes; si un hombre no está agotado por una larga serie de años, sino feliz, en la primavera de la vida, aún no satisfecho de los deliciosos festines del amor, antes bien, hambriento de ellos; si un hombre no gastado, arrugado y tristemente sabio, sino alegre en la gloria y en la gracia que se mezclan a los males de aquí abajo, y libre para elegir a su capricho de lo que hay de más amable en la tierra; si un ser como lo soy yo, sin pesares, sin necesidades, sufriendo nada más con los sufrimientos de otros —salvo los inherentes al hombre—; si un ser como éste, que tiene todo para darlo y lo da todo, abandonando esto por el amor de los hombres, y gastando después él mismo su vida en la investigación de la verdad, para arrancar el secreto de la liberación —sea que se oculte en los infiernos o en los cielos, sea que permanezca ignorado muy cerca de nosotros, en el seno de las cosas—, seguramente al final, muy lejos; no sé cuándo ni cómo, se levantará ante sus ojos el velo desgarrando las tinieblas, se abrirá el camino a sus pies doloridos,

alcanzará el fin por el cual repudiara el imperio del mundo, y la Muerte encontrará a su Señor. Es lo que quiero hacer, yo que tengo un reino que perder; lo quiero porque amo a mi reino, porque mi corazón late al unísono de todos los corazones que sufren, conocidos o desconocidos, de los millones de seres que son míos o lo serán, y serán salvados por el sacrificio que desde ahora ofrezco. ¡Oh estrellas consejeras, voy! ¡Oh tierra afligida, por ti y los tuyos renuncio a mi juventud, a mi trono, a mis júbilos, a mis días dorados, a mis noches, a mi palacio feliz y a tus brazos querida Reina, a los que abandono con más pena que a los demás! Pero también a ti te salvaré salvando a la tierra; y al que se agita en tu tierno seno, a mi hijo, flor oculta de nuestros amores, que debilitaría mi resolución si lo esperase para bendecirlo. ¡Oh esposa mía! ¡hijo mío! ¡padre mío! ¡pueblo mío! Es necesario que experimentéis durante algún tiempo la angustia de esta hora, para que brille la luz y todas las criaturas aprendan la Ley. Ahora estoy decidido, quiero partir, y no tornaré antes de encontrar lo que busco, si deben triunfar mis fervorosas investigaciones y mis esfuerzos”.

Tocó entonces con su frente los pies de la Princesa, derramó una inefable mirada de adiós sobre su rostro adormecido, bañado todavía de lágrimas, y suavemente dio tres vueltas entorno del lecho, con respeto, como si fuese un altar, con las manos juntas sobre su agitado corazón: “Para siempre jamás me acostaré ahí.” Y tres veces intentó irse, tres veces regresó, tan poderosa era la hermosura de Yasodhara, tan grande era el amor del Príncipe. Luego, alzando el vestido sobre su cabeza, se volvió y levantó un extremo del purdah.

Ahí descansaba el adorable grupo de sus jóvenes indias, en un sueño profundo como el del lirio de agua; de un lado y otro estaban Gunga y Gotami, como botones gemelos del loto de pétalos sombríos, cerca de sus hermanas de sedosas hojas. “Sois encantadoras, mis dulces amigas —dijo—, y me es penoso abandonaros, pro si no os dejo, a todos nos herirán la vejez fatal y la muerte inexorable. Tal y como descansáis en vuestro sueño, moriréis, y cuando la rosa muere, ¿dónde van su perfume y su esplendor? Cuando se apaga la lámpara, ¿dónde vuela su llama? ¡Oh noche, entorpece sus párpados cerrados, y sella sus labios para que ninguna lágrima, ninguna voz fiel me detenga! Porque mientras más feliz hicieron mi vida estas jóvenes, me es más amargo pensar que ellas y yo, y todas las criaturas, viven como los árboles, que nacen en la primavera, soportando tantas lluvias, heladas e inviernos, luego cubriéndose de hojas muertas, para renacer quizá en la primavera o ser derribados por el hacha. ¡No quiero que esto suceda, yo, cuya vida aquí era la de un Dios! No lo querré, aunque todos mis días fuesen divinos, mientras los hombres giman en las tinieblas. ¡Adiós, pues, amigas mías! Mientras pueda ser ofrendada mi vida, la ofrendo, y me voy a buscar la liberación y la Luz desconocida.”

Después, pasando suavemente en medio de las jóvenes dormidas, Siddartha entró en la noche, cuyos ojos, ya vigilantes estrellas, lo miraban con amor; cuyo soplo, el viento vagabundo, besó la orla flotante de su túnica; las flores del jardín, plegadas por la aurora, habrían sus aterciopeladas corolas, para ofrendarle sus perfumes con sus incensarios rosados y purpúreos; en el campo, del Himalaya al mar de las Indias, pasó un calofrío, como si el alma de la tierra estuviera agitada por desconocida esperanza; y los libros santos que narran la historia de nuestro Señor dicen también que suaves y celestes músicas resonaron, tocadas por bandadas de Apariciones brillantes que se aglomeraban del Este y del ocaso, iluminando la noche y sembrando la alegría en el espacio, al Norte y al Sur. Además, los cuatro temidos Regentes de la tierra descendieron cerca de la puerta del palacio, de dos en dos, con sus brillantes legiones de Invisibles, de armas de zafiro, de plata, de oro y de perlas; contemplaron con las manos juntas, al Príncipe indio, que, con los ojos anegados de lágrima-

mas, miraba las estrellas, y, con los labios cerrados quedó sumergido en sus proyectos de prodigioso amor.

Después avanzó en la obscuridad y gritó; “¡Tchanna, despierta y haz salir a Kantaka!”

“¿Qué quiere mi Señor? —respondió el conductor del carro, levantándose dulcemente del sitio donde se había acostado cerca de la puerta—. ¿Cabalgar en la noche, cuando los caminos están oscuros?”

“Habla quedo —dijo Siddartha—, y trae mi caballo, porque llegó la hora en que debo dejar esta prisión dorada en la que mi corazón vivió cautivo, para ir en pos de la verdad, que quiero buscar de aquí en adelante, para la salud de los hombres, hasta que la encuentre”.

“¡Ay querido Príncipe! —respondió el conductor del carro—; ¿hablaron en vano estos hombres sabios y santos, que observan las estrellas, cuando nos dijeron que esperaríamos la época en que el gran hijo del rey Sudhodana gobernara muchos reinos y sería el Rey de reyes? ¿Queréis partir, y dejar el mundo y sus riquezas, renunciar a vuestro poder, para tomar el calabazo de los mendigos? ¿Queréis ir a los desiertos áridos, vos, que poseéis aquí el paraíso de los placeres?”

El Príncipe respondió: “Esto es lo que quiero, y no poseer tronos; la realeza que deseo vale más que muchos reinos y que todas las cosas sujetas a mudanza y a la muerte. Tráeme a Kantaka.

“Muy honorable Señor —dijo todavía el conductor del carro—, ¡piensa en la pena de monseñor tu padre! ¡Piensa en la aflicción de aquella para quien eres la felicidad! ¿Cómo los socorrerías si comienzas por abandonarles?”

Siddartha respondió: “Amigo, es un falso amor el que se cifra en un objeto amado para extraer de él egoístas placeres; pero yo, que amo a mi padre y a mi esposa más que a mis propias alegrías, más aún que a las tuyas, parto para salvarlos a ellos y a todas las criaturas si el amor intenso puede triunfar; ve y tráeme a Kantaka”.

Entonces Tchanna dijo: “Maestro, voy contigo”. Y después fue tristemente a la cuadra, tomó el bocado de plata, las bridas, el pretal y la barbada, ató las correas, enganchó las hebillas y sacó a Kantaka; luego lo ató a una anilla, lo peinó y lo enjaezó, acariciando su piel nívosa, brillante como seda; colocó sobre el corcel el numdah⁶⁷ cuadrado, lo cubrió con la gualdrapa, sobre la cual puso la silla magnífica, apretó las cinchas cuajadas de piedras preciosas, apretó las correas de atrás y la martingala, bajó los estribos de oro cincelado, por último cubrió todo con una red de seda dorada, sembrada de bellotas de perlas, y condujo el soberbio corcel a la puerta del palacio, donde se encontraba el Príncipe, y el caballo, feliz de ver a su amo, relinchó alegremente, dilatando los ollares escarlatas, y las Escrituras dicen: “Seguramente todo el mundo hubiera oído el relincho de Kantaka, y el piafar de sus cascos ferrados, si los Devas no hubiesen colocado sus alas invisibles sobre las orejas de los que dormían y no les hubiesen impedido, de esta manera oír”.

Siddartha inclinó afectuosamente la cabeza altiva del caballo, acarició su cuello y dijo: “Cálmate, mi blanco Kantaka, cálmate y llévame en el viaje más largo que haya hecho nunca un caballero, porque esta noche parto para encontrar la verdad y no sé donde terminará mi viaje; pero sólo terminará cuando la haya encontrado. Así es que sé fogoso y atrevido, mi buen corcel, y que nada te detenga, ni millares de espadas que obstruyan tu camino, ni muros ni fosos que impidan nuestra carrera. ¡Escucha! Si toco tu flanco, gritando:

⁶⁷ Tapiz de silla.

“¡Ve, Kantaka!”, sé más rápido que los torbellinos, sé como el fuego y el aire, caballo mío, para servir a tu Señor; así participarás con él de la grandeza de esta aventura que salvará al mundo, porque parto para ayudar, no sólo a los hombres, sino también a todos los seres mudos, que comparten nuestras penas y no tienen esperanza ni inteligencia para reclamar. Lleva, pues, ahora valerosamente a tu amo”.

En seguida saltó ligeramente sobre la silla, acarició la crin de Kantaka, y éste partió arrancando chispas a los guijarros con sus ferrados cascos y haciendo resonar el freno que tascaba; pero nadie oyó este ruido, porque los Devas Suddjas⁶⁸ que lo acompañaban cortaron flores rojas de mogra y las regaron en alfombras gruesas bajo sus pies, mientras que invisibles manos ensordecían el sonido del bocado y las cadenillas. Está escrito también que, cuando llegaron al pavimento cerca de las puertas interiores, los Yakshas del aire colocaron telas mágicas bajo las patas del garañón y sofocaron así el ruido de sus pasos.

Pero cuando llegaron a la triple puerta de bronce que apenas cien hombres podían abrir con gran esfuerzo, he aquí que se abrieron silenciosamente los batientes, aunque de ordinario se escuchase a dos koos de distancia el rumor de trueno de los gonces enormes y de las pesadas cadenas.

La puerta maciza de en medio y la última se abrieron también en silencio cuando Siddartha y su corcel se aproximaron, mientras a su paso, silenciosos como muertos, los guardianes escogidos, capitanes y soldados, habían dejado caer sus espadas y sus lanzas y soltado sus escudos —porque soplaban por el camino del Príncipe un viento más soporífero que sobre las soñolientas llanuras de Malwa⁶⁹, y que adormecía todos los sentidos—; y así salieron libremente del palacio.

Cuando la estrella de la mañana se encontraba a media lanza del horizonte, al Este, y la brisa matutina soplaban sobre la tierra, rizando las ondas del río Anoma, que formaba la frontera del reino, el Príncipe detuvo su caballo, saltó a tierra, y después de acariciar al blanco Kantaka entre las orejas, dijo con suave voz a Tchanna: “Lo que has hecho te traerá felicidad a ti y a todas las criaturas; está seguro que te amaré siempre, por el afecto de que me has dado testimonio. Llévate mi caballo y toma mi penacho de perlas, mis vestidos de príncipe, que desde hoy me son inútiles, mi cinturón adornado de pedrería, mi espada y los largos tufos de mis cabellos, cortados sobre mi frente con esta arma brillante. Da todo esto al Rey, y dile que Siddartha le ruega olvidarlo, hasta que vuelva diez veces príncipe después de adquirir la ciencia real por sus investigaciones solitarias y su lucha por la luz. Si la conquista, toda la tierra, díselo, será mía, por este servicio capital, mía por el amor. Porque no hay esperanza para el hombre sino en el hombre, y nadie la ha buscado como yo quiero hacerlo, yo que abandono el mundo para salvarlo”.

⁶⁸ Puro; este nombre se reservaba a las personas de castas superiores o Aryas.

⁶⁹ Provincia de la India, donde se cultiva principalmente la adormidera que sirve para la fabricación del opio.

LIBRO QUINTO

V

En torno de Radhagrija se yerguen cinco hermosas montañas, que guardan la ciudad silvosa del rey Bimbisara; son éstas la verdegueante Baibhara, cubierta de juncos olorosos y de palmeras; Bipula, a cuyo pie la fuente de Sarsuti corre hirviente; la umbrosa Tapován, cuyos estanques brumosos reflejan las rocas negras que dejan filtrar de sus cimas salvajes las aguas alimentadoras de la tierra; al Sudeste se levanta el pico de Sailagiri, refugio de buitres, y al Este, Ratnagiri, la montaña de las gemas. Un sendero tortuosos, cubierto de piedras gastadas por el roce de los pies, y que pasa a través de los campos de azafrán y las espesuras de bambúes, bajo los manglares de follaje sombrío y de los azulaifos, cerca rocas de jaspe y de mármol lechoso, de peñascos escarpados y de eras de flores de los juncos, conduce a un sitio sonde el dorso de la montaña, vuelto al ocaso, domina una caverna cubierta de higueras silvestres. ¡Ved! Vos que venís ahí, descalzaos e inclinad la cabeza, porque la tierra inmensa no guarda un lugar más precioso ni más santo. Es ahí donde nuestro Señor Buda se sentó, sufriendo los tórridos veranos, las lluvias torrenciales, las auroras y los crepúsculos helados, para salvar a los hombres, llevando el traje amarillo⁷⁰, comiendo como un mendigo las magras pitanzas debidas a los azares de la caridad; acostándose por la noche en la hierba, sin abrigo, solo; mientras los chacales que no duermen aullaban alrededor de su caverna, o los tigres hambrientos rugían en los bosques. Allí permaneció noche y día, aquel al que honra el mundo, castigando su hermoso cuerpo, hecho para ser feliz, por el ayuno y las largas vigiliass y las profundas y silenciosas meditaciones, tan prolongadas, que a menudo, mientras reflexionaba, tan inmóvil como la roca en que estaba sentado, saltaba una ardilla sobre sus rodillas, un tímida codorniz traía su pollada entre los pies, y las palomas torcaces picoteaban los granos de arroz en la escudilla colocada al lado de su mano.

Así meditaba desde el mediodía, mientras el calor abrumaba la tierra, y los muros y los templos llameaban en al aire quemante, hasta la puesta del sol, sin darse cuenta ni del

⁷⁰ Es el color adoptado por todos los mendicantes religiosos en la India.

globo flamígero que rondaba en los cielos ni de la noche que rápidamente caía, arrojando un reflejo de púrpura sobre las llanuras sosegadas, ni de la llegada silenciosa de las estrellas, ni del redoble de los tambores en la ciudad ruidosa, ni de los gritos del búho y las luchas nocturnas; tan ocupado estaba en desenredar el hilo de su pensamiento y atravesar los laberintos de la existencia. Permanecía sentado asó hasta la media noche, cuando todo se apaciguaba en la tierra, salvo las bestias de las tinieblas que se arrastran y gritan en los zarzales, como gritan el odio y el temor, como se arrastran la concupiscencia, la avaricia y la cólera en los juncas oscuros de la ignorancia humana. Luego dormía el tiempo que necesitaba la luna rápida para recorrer la décima parte de su ruta nubosa, y solevantaba antes del alba, y seguía pensativo de nuevo sobre una de las sombrías plataformas de su montaña, contemplando la tierra adormecida con ojos ardientes y pensamientos que abrazaban a todos los seres vivos, mientras sobre las onduladas llanuras se deslizaba ese murmullo que es el beso de la mañana que despierta los campos, y por el Oriente asomaba y crecía el milagro de la aurora. Primero en un crepúsculo tan sombrío, en el que parece que la noche no escuchaba todavía los cuchicheos del alba; pero bien pronto —antes de que el gallo de los juncas cante dos veces— una línea de blancura deslumbradora, más y más ancha y brillante, aparece, a la altura de la estrella del pastor, que nada en sus olas de plata, se tiñe de oro pálido, es envuelta por las nubes más altas, alumbra sus orlas con una llama de oro en fusión y colora el horizonte de azafrán, de escarlata, de rosa y amatista, después el cielo se torna de un azul espléndido, y, vestido con sus rayos de jubilosa luz, el Rey de la Vida aparece en su gloria.

Entonces, nuestro Señor, a la manera de un rishi, saludaba al astro naciente, y después de hacer sus abluciones, descendía a la ciudad por el sendero tortuoso, y a la manera de un rishi, iba de calle en calle, con la escudilla del mendigo en la mano, recogiendo la exigua pitanza necesaria para su subsistencia. Su escudilla se llenaba bien pronto, porque todos los habitantes le gritaban: “Toma de nuestro alimento, Señor”, y “toma de lo nuestro”, habiendo su rostro divino y sus profundos ojos; y las madres, cuando veían pasar a nuestro Señor, decían a sus hijos que le besaran los pies y tocaran sus frentes con la orla su túnica, o que corriesen a llenar su jarra y le trajeran leche y pasteles. Y a menudo, cuando pasaba, amable y tranquilo, irradiando celeste piedad, lleno de cuidado por estas gentes, que no conocía sino como semejantes, los asombrados ojos negros de alguna muchacha india eran heridos por repentino amor, y quedaban extáticos ante su majestuosa hermosura, como si viese realizados sus sueños más dulces, y una gracia sobrenatural abrasaba su seno. Pero él pasaba con su escudilla y su amarilla veste, pagando con una dulce palabra las dádivas de estos corazones, y regresando a su montaña solitaria para sentarse entre los religiosos, escucharles e interrogarles sobre la ciencia y los medios de llegar a su objeto.

A medio camino de los tranquilos sotos de Ratnagiri, por encima de la ciudad, pero bajo las cavernas habitaban hombres que consideraban el cuerpo como enemigo del alma, y la carne como una bestia que es preciso encadenar y domar con sufrimientos crueles hasta que la sensación del dolor se aniquile, y que torturaban sus nervios como lo hubiese hecho un verdugo. Eran los Yoguis, los Brahmatcharis, los Bhikhus⁷¹, rebaño lúgubre y descarnado que vivía separado.

⁷¹ Los Yoguis son los que practican el Yoga, o conjunto de reglas y preceptos por los cuales se llega a la ciencia perfecta, aniquilando la influencia de la materia sobre el alma, y destruyendo la conciencia de la personalidad. Los Brahmatcharis son ascetas de casta brahmánica. Los Bhikhus son los que hacen voto de abstenerse de los tres objetos habituales de la existencia: el placer, la riqueza y la voluptuosidad, para entregarse exclusivamente a la devoción, y suprimir con ello el deseo, el temor y el orgullo.

Unos tenían levantados noche y día sus brazos, hasta que, exangües y minados por la enfermedad —anquilosadas sus articulaciones y rígidos sus miembros—, salían de sus espaldas secas como ramas muertas sobre los árboles. Otros, habían cerrado sus manos tan largo tiempo y con una energía tan feroz, que las uñas aceradas habían atravesado sus palmas ulceradas. Otros más, caminaban sobre sandalias guarnecidas de clavos; otros laceraban su pecho, su frente y sus muslos con guijarros cortantes, o los escarificaban con fuego, atravesando su carne con espinas de juncos y puntas de acero, frotándose con lodo y cenizas, acostándose sobre inmundicias y cubriendo su cintura con harapos quitados a los muertos. Algunos habitaban los sitios impuros, donde arden las piras, y vivían en la compañía de cadáveres, rodeados de milanos que lanzaban gritos penetrantes por encima de los fúnebres despojos. Otros gritaban quinientas veces por día los nombres de Siva, tenían víboras sibilantes enrolladas en sus cuellos curtidos y en sus flancos excavados, manteniendo los pies paralíticos replegados sobre las corvas. Tal era la espantosa asamblea; sus cráneos estaban cubiertos de pústulas por el calor tórrido, sus ojos legañosos, sus nervios y músculos encogidos, sus rostros hoscosc y pálidos como los de los muertos de cinco días. Aquí yacía en el polvo un hombre que cada tarde contaba mil granos de mijo, los comía uno por uno con hambrienta paciencia, y moría así de hambre; allá, otro molía con su alimento hojas amargas, temeroso de no experimentar agrado en el paladar; a su lado se encontraba un desgraciado santo que se había mutilado él mismo de tal modo, que no tenía ojos, ni lengua, ni sexo, y que estaba lisiado y sordo; de esta manera su alma se había desprendido del cuerpo, para tener la gloria de sufrir mucho, y para obtener la felicidad reservada, dicen los libros santos, a aquellos cuya desgracia hace enrojecer a los dioses que nos la envían, y hace a los hombres semejantes a los dioses, y más fuertes para sufrir que el infierno para torturar. Nuestro Señor, mirando tristemente a uno de ellos, el jefe de estos desgraciados, le dijo: “¡Oh! Tú que sufres tanto; desde hace varios meses que habito esta montaña, yo que busco la verdad, y veo a mis hermanos y a ti torturados de modo tan lamentable; ¿por qué añadís males a la vida que ya es mala?”

El sabio respondió: “Está escrito: si un hombre mortifica su carne, hasta que su dolor sea tan intenso que no le reste sino un soplo de vida y la esperanza de la muerte voluptuosa, semejantes males borrarán la inmundicia del pecado, y el alma, purificada, volará de la fragua de su aflicción hacia las esferas gloriosas y el esplendor inconcebible”.

El Príncipe replicó: “Esta nube que flota en el cielo, desplegada como una tapicería de oro en torno del trono del vuestro Indra, se levantó del mar tumultuoso, pero debe volver a caer en gotas semejantes a lágrimas, pasar luego por caminos rudos y penosos, por grietas y nulahs y ríos cenagosos, para llegar al Ganges y retornar en seguida al mar de donde salió. ¿Sabes tú, hermano mío, si no sucede así, después de tantos sufrimientos, a los santos y su felicidad? Porque lo que se eleva vuelve a caer, lo que se compra se gasta, y si vos compráis el cielo con vuestra sangre en el doloroso mercado del infierno, cuando el negocio esté concluido vuelve a comenzar la pena”.

“Puede recomenzar —suspiró el eremita—. ¡Ay! No sabemos esto, y no estamos seguros de ninguna otra cosa, y sin embargo, el día viene en pos de la noche, y la calma después de la tormenta, y nosotros aborrecemos esta carne maldita que impide al alma anhelante tomar impulso; así, pues, para la felicidad del alma, jugamos con los dioses nuestras breves agonías contra las alegrías infinitas”.

“Pero —dijo Siddartha— admitiendo que estas alegrías duren millones de años, se marchitarán a la larga; o si no, ¿hay, pues, alguna existencia abajo o arriba, o al lado de la

nuestra y tan diferente que no cambiará? Decidme, ¿son eternos vuestros dioses, hermanos míos?”

“No —dijeron los Yoguis—; el gran Brahma sólo permanece; los dioses no hacen sino vivir”.

Entonces el Señor Buda dijo: “¿Queréis ser tan sabios como sois santos y animosos? Renunciad a estos juegos crueles, en los que arriesgáis vuestros gemidos y vuestros suspiros para ganar las puestas, que no son tal sino sueño y que no durarán. ¿Queréis, por el amor de vuestra alma, aborrecer así vuestra carne, castigarla, mutilarla de tal manera que no pueda aprisionar el espíritu que busca un refugio, que se abate en el camino antes de la caída de la noche, como un caballo dócil pero agotado? ¿Queréis, tristes ascetas, estragar y destruir esta bella morada que habitamos después de un doloroso pasado, cuyas ventanas nos dan la luz —la pequeña luz—, por cuyo medio miramos afuera para saber si la auroraza a aparecer y dónde se encuentra el mejor camino?”

Entonces exclamaron: “Hemos elegido este camino y lo seguiremos hasta el fin, Radhaputra⁷² —aunque todas sus piezas fuesen de fuego—, esperando la muerte, Dinos si conoces un camino mejor, si no, ve en paz”.

Continuó su camino agobiado de tristeza, mirando que temen tanto los hombres morir, que están espantados por el temor, que desean vivir tanto que no se atreven a amar su vida, antes bien, la atormentan con atroces penitencias, quizá para halagar a los dioses que rehúsan la felicidad del hombre, acaso para caer en el infierno, después de haber iluminado para ellos mismos otros infiernos, acaso en un acceso de santa locura, en espera de que el alma se escapara más fácilmente de su carne adolorida: “¡Oh florecillas de los campos —dijo Siddartha—, que volvéis vuestras tiernas corolas hacia el sol, felices de la luz, y reconocidas del dulce perfume y de los fastuosos vestidos, dorados, argénteos y purpúreos que se os dieron, ninguna de vosotras renuncia a su pura existencia, ninguna se despoja de su feliz hermosura! ¡Oh palmeras que os erguís, deseosas de perforar el cielo y de beber el soplo del viento que viene del Himalaya y de los frescos océanos azules!, ¿cuál es vuestro secreto para crecer tan contentas, desde vuestro primer brote hasta la época en que dais frutos, murmurando canciones soleadas en vuestros follajes tupidos? ¡Y vosotros, que tan alegremente vivís en los árboles, pericos de vuelo rápido, abejarucos, ruiñesores y palomas, ninguno de vosotros detesta su existencia y no esfuerza por obtener otra mejor procurándose sufrimientos! Pero el hombre que os mata —puesto que es el amo— es sabio, y su sabiduría nutrida de sangre, crece así en el medio de los tormentos que a sí mismo se ocasiona”.

Mientras hablaba el Maestro, vio elevarse en la montaña una nube de polvo levantada por un rebaño de cabras blancas y de carneros negros que avanzaban lentamente, deteniéndose para ramonear entre las breñas, y separándose del sendero en lugares donde espejeaban arroyos y donde colgaban higos silvestres. Pero en cuanto se alejaban, gritaba el pastor, les arrojaba piedras con su honda, y seguía conduciendo hacia la llanura al dócil rebaño. Encontró una oveja con dos corderillos, uno de ellos había recibido un golpe que le estropeará, y caminaba sangrando y penosamente, mientras el otro retozaba, y su madre, inquieta, corría de aquí para allá, por el temor de perder a uno u otro de sus pequeños. Cuando nuestro Señor notó esto, tomó tiernamente al corderillo herido entre sus brazos, diciendo: “Pobre madre de lanoso vellón, tranquilízate; dondequiera que vayas, yo llevaré a tu querido hijito; es preferible impedir que sufra una bestia que permanecer sentado con-

⁷² Hijo de radjá.

templando los males del universo en estas cavernas, en compañía de los sacerdotes que rezan”.

“Pero —dijo a los pastores— ¿por qué, amigos míos, traéis este rebaño a la llanura al declinar el día? ¿Desde cuándo se conduce así en la tarde al ganado?” Y los pastores respondieron: “Nos ordenaron llevar cien cabras al sacrificio, y cien carneros, que nuestro Señor el Rey quiere inmolar esta noche en honor de sus dioses”. Entonces dijo el Maestro: “Quiero ir con vosotros”. Y los siguió pacientemente, cargando al corderillo, a pesar del polvo y el sol, mientras que la oveja atenta, balaba dulcemente a sus pies.

Cuando llegaron a la orilla del río, una muchacha de ojos de paloma, con las mejillas bañadas de lágrimas y las manos juntas, le saludó prosternándose: “Señor —dijo—, tú eres el que ayer tuvo piedad de mí, en esta espesura de higueras donde vivía sola, educando a mi hijo; pero éste, jugando entre las flores, encontró una serpiente, que se le enrolló en la muñeca, mientras reía y exasperaba a la lengua bífida que se agitaba en la boca abierta de su frío compañero de juego. Pero ¡ay! pronto se puso pálido y silencioso; no podía imaginarse por qué dejaba de jugar y por qué caían sus labios de mi seno, y alguien dijo: “Está envenenado”. Otro: “Va a morir”. Pero yo, que no quiero perder a mi querido hijo, les pedí un remedio que hiciera abrir nuevamente sus ojos a la luz; era tan pequeña esta mordedura de serpiente, y no podía, creo yo, este animal aborrecer ni herir a este niño tan gracioso que jugaba con él. Y alguien dijo: “Hay un hombre santo en la montaña, mira, por allí se acerca, vestido con su traje amarillo; pregúntale a ese Rishi si existe algún medio de curar el mal que tu hijo padece”. Entonces vine temblorosa hacia ti, cuya frente se parece a la de un Dios, y, llorando, levanté el velo que cubría el rostro de mi hijo, y te rogué que me dijeras que hierbas serían eficaces. Y tú, Señor, no me rechazaste, sino que le miraste con enternecidos ojos y le tocaste con mano paciente; después, extendiendo de nuevo el velo sobre su rostro, me dijiste: “Sí, hermanita; hay una cosa que os podría curar, desde luego, a ti y a él también, si puedes encontrarla; porque los que consultan a los médicos les llevan lo que prescriben. De modo que, te lo ruego, busca una tola⁷³ de semilla de mostaza negra; pero ten cuidado de no tomarlo de ninguna casa en la que el padre, la madre, el hijo o el esclavo hayan muerto; triunfarás si encuentras esta semilla. Así hablaste, mi Señor”.

El Maestro respondió con una sonrisa inefable: “Sí, dije esto; ¿pero encontraste la semilla?”

“Fui, Señor, apretando contra mi seno a mi hijo, que estaba frío, y pedí en cada choza, aquí en los juncos, y a orillas de la ciudad: “Os ruego que seáis buenos y me deis una tola de mostaza negra”. Y todos los que la tenían me la dieron, porque los pobres son compasivos con los pobres; pero cuando pregunté: “¿Hay por acaso, amigos míos, alguien que haya muerto antes en vuestra casa, el marido, la esposa, un hijo o un esclavo?”, respondían: “¡Oh hermana mía!, ¿qué preguntáis? Los muertos son numerosos y los vivos son raros”. Entonces, dándoles las gracias tristemente, devolvía la mostaza y me iba dirigiéndome a otras personas, pero éstas me decían: “Aquí está la semilla, pero hemos perdido a nuestro esclavo”. “Aquí está la semilla, pero mi buen marido murió”. “Aquí está la semilla, pero el que la sembraba murió entre la estación de lluvias y la cosecha”. “¡Ah, Señor! No he podido encontrar mostaza en una sola casa en la que nadie hubiera muerto. Por esto dejé, bajo las viñas silvestres, a la orilla del río, a mi hijo que quería mamar ni sonreír, y vine a ver tu rostro, a besarte los pies y a suplicarte que me indiques dónde podré encontrar esta semilla

⁷³ Peso de una rupia, es decir, 8 gramos aproximadamente.

sin encontrar la muerte al mismo tiempo, si a pesar de todo no ha muerto mi hijo, como lo temo, y como me lo dijeron”.

“Hermana mía —dijo el Maestro—, buscando lo que nadie puede encontrar, en contraste este bálsamo amargo que quería darte. El que amas durmió ayer el sueño de la muerte sobre tu seno; ahora, ya sabes tú que el mundo inmenso llora un dolor semejante al tuyo; sufrimiento que soportan todos los corazones se hace menos pesado para uno de ellos, ¡Mira! Derramaría yo mi sangre si esto pudiera detener tus lágrimas, y darme el secreto de esta maldición que hace del amor una causa de angustia, y que, a través de prados floridos, lleva al sacrificio, como conducen a estas bestias mudas los hombres que son sus amos. Yo busco este secreto. ¡Sepulta tú a tu hijo!” Los pastores y el Príncipe llegaron juntos a la ciudad, a la hora en que doraba el sol con sus rayos postreros las ondas del Sona y proyectaba grandes sombras sobre la calle y por la puerta donde los soldados del Rey hacían centinela. Pero cuando vieron a nuestro Señor que traía el cordero, retrocedieron los guardias, la gente reunida en el mercado, colocó en filas sus coches; en el bazar, mercaderes y compradores suspendieron sus locuaces regateos para contemplar este rostro augusto; el herrero que tenía en el aire su martillo cesó de golpear, el tejedor abandonó su trama, el escriba su rollo, el cambista su cuenta de kauris; el toro blanco de Siva comió el arroz que nadie cuidaba; la leche derramada corrió fuera del lota⁷⁴, mientras los lecheros veían pasar a nuestro Señor, que tenía tan dulce aspecto, a pesar de la majestad de su marcha. Y las mujeres, aglomeradas junto a la puerta, preguntaban: “¿Quién es este hombre que trae el sacrificio con un aire tan lleno de gracia, y que a su paso derrama la paz? ¿Cuál es su casta? ¿Por qué tiene ojos tan dulces? ¿Es quizás un Sakra⁷⁵ o el Devaradja⁷⁶?”

Y otros decían. “Es el hombre santo que habita con los Rishis en la montaña”. Pero el Señor pasó, absorto en sus meditaciones, pensando: “¡Ay! No tienen pastores todos mis carneros; caminan en la noche, sin guía, y balan al aproximarse ciegamente al cuchillo de la muerte, como estas bestias mudas que son sus hermanas”.

Entonces alguien dijo al Rey: “Acaba de llegar aquí un santo ermitaño, conduciendo el rebaño que condenaste para coronar tu sacrificio”.

El Rey se encontraba en la sala de los holocaustos. Los Brahmanes, con trajes blancos a su lado, musitaban sus mantras, avivando el fuego, que crepitaba en el altar colocado en el medio de la sala. Las claras lenguas de las llamas saltaban de las maderas perfumadas, silbando y torciéndose al lamer las ofrendas de grasa, de aromas y de jugo de soma⁷⁷ alegría de Indra. Alrededor de la pira, un arroyo espeso y lento, de color escarlata, humeaba y corría, absorbido por la arena, pero renovado sin cesar; era la sangre de las baladoras víctimas. Una de ellas, una cabra manchada de largos cuernos, estaba extendida, con la cabeza atada hacia atrás con hierba mundja⁷⁸; un sacerdote apoyó el cuchillo en su cuello estirado murmurando: “¡He aquí, oh dioses terribles, el principio de los numerosos yadjaras⁷⁹ ofrecidos por Bimbisara; regocíjao de ver correr sangre, y gozad con el humo de la carne tostada en las llamas ardientes; haced que las culpas del Rey sean colocadas sobre esta cabra, y que el fuego las consuma al quemarla; voy a dar el golpe fatal!”

⁷⁴ Vaso de cobre.

⁷⁵ Ser inmaterial, aparición.

⁷⁶ El rey de los Devas.

⁷⁷ (Sans.) Planta de la familia de las asclepiades, cuyo jugo, mezclado con cebada y manteca clarificada, servía para fabricar un licor embriagante que se ofrecía a los dioses.

⁷⁸ (Ind.) Hierba muy común en la India y que sirve para fabricar cuerdas.

⁷⁹ Holocaustos.

Pero Buda dijo dulcemente: “¡No le dejéis herir, gran Rey!” Y al mismo tiempo desató los lazos de la víctima, sin que nadie lo detuviera; tan imponente era su aspecto.

Entonces, después de haber pedido permiso, habló de la vida que todos pueden quitar, pero no puede dar nadie; de la vida que aman todas las criaturas y por la cual luchan; la vida, cosa maravillosa, querida y agradable para todos, aun para los más humildes; sí, un don preciosos para toda criatura que siente piedad, porque la piedad hace al hombre dulce para los débiles y noble para los fuertes. Prestó a las mudas bocas de su rebaño palabras enternecedoras para defender la causa; demostró que el hombre que implora la clemencia de los dioses no tiene misericordia, él que es como un dios para los animales; que a pesar de todo, cuanto tiene vida está unido por un lazo de parentesco, y que las bestias que matamos nos dieron el dulce tributo de su leche y de su lana, y colocaron su confianza en las manos de los que las degüellan. Habló también de esto que los Libros Santos enseñan de una manera cierta; a saber: que después de la muerte, algunos de nosotros se tornan pájaros y bestias, y éstas se vuelven hombres, cambiándose la chispa viajera en fuego purificado. Por lo mismo, el sacrificio sería un nuevo pecado, si detenía la transmigración a la cual está destinada un alma. Nadie —agregó— puede purificar con sangre su espíritu; si los dioses son buenos, no puede serles grata la sangre, si son malos, no puede colocarse sobre la cabeza de una bestia atada el peso del cabello, de los males y los errores de que personalmente se debe responder, porque cada uno debe dar cuenta de sí mismo, según esta aritmética invariables del universo que distribuye el bien para el bien y la mala para el mal, dando a cada uno su medida según sus actos, sus palabras y sus pensamientos, del que es vigilante, exacto, implacable e inmutable, y hace que todos los futuros sean fruto de los pasados. Habló así. Con palabras tan misericordiosas y con tal dignidad, inspirada por la compasión y la justicia, que los sacerdotes se despojaron de sus ornamentos y lavaron sus manos rojas de sangre, y el Rey, aproximándose, le saludó con las manos juntas.

Sin embargo, nuestro Señor continuó enseñando cuán feliz sería la tierra si todos los seres estuvieran unidos por los lazos de la benevolencia, y no se alimentase sino de cosas puras, sin derramamiento de sangre; los granos dorados, los frutos brillantes, las hierbas sabrosas que brotan para todos, las apacibles aguas, bastarían para alimentar y saciar a todo el mundo. Tanto convenció a los sacerdotes el poder de sus nobles palabras, que ellos mismos derribaron sus altares inflamados y arrojaron lejos el cuchillo del sacrificio. Y al otro día fue proclamado un decreto por los pregoneros en todo el reino, y fue grabado sobre las rocas y en las columnas, en estos términos: “He aquí la voluntad del Rey: hasta ahora se ha dado muerte a animales para ofrecerlos en sacrificio o para alimentarse; pero desde hoy nadie derramará la sangre de un ser vivo ni comerá de su carne, porque sabemos ya que la vida es una, y que la misericordia está reservada para los misericordiosos”. Tal fue el edicto promulgado, y desde esa época una dulce paz reinó sobre todas las criaturas, el hombre, las bestias que la sirven los pájaros, sobre estas riberas del Ganges donde nuestro Señor predicó con una santa piedad y su dulce lenguaje.

Porque también fue así de compasivo el corazón del Maestro para todos los que poseen el soplo de la vida pasajera y están sometidos a las mismas alegrías y a idénticas penas que nosotros; está escrito, en efecto, en los Libros Santos, que en los tiempos antiguos, cuando Buda vivió bajo la forma de un Brahmán, habitando la roca llamada Munda, cerca de la ciudad de Dalid, la sequía desolaba todo el país; el arroz moría antes de ser bastante alto para cubrir una codorniz, en los claros de las selvas, el sol tórrido evaporaba los estanques; las hierbas se desecaban, y todas las criaturas de los bosques vagaban en busca de subsistencia. En este tiempo, nuestro Señor vio entre los muros ardientes de un

nulah una tigresa muriéndose de hambre, tendida sobre las piedras desnudas. El hambre encendía en sus ojos una llama verde, su lengua seca tenía un palmo fuera; su rayada piel colgaba en anchos pliegues sobre sus costillas, como entre las vigas se hunde un techo de paja podrida por las lluvias, y dos cachorros gemían de hambre, chupando y estirando sus mamas vacías de leche; mientras ella, su madre descarnada, lamía a los cachorros que criaba con un gemido en la atraganta y un amor más fuerte que la miseria, sofocando el salvaje rugido de dolor, sonoro como un trueno, que lanzó apoyando en la arena su hocico hambriento. Al ver esta cruel angustia, y no escuchando sino su inmensa compasión de Buda, nuestro Señor pensó. “Sólo hay un medio de salvar a este asesino habitante de los bosques. Al declinar el día, morirán estos animales faltos de alimentos; ningún corazón tendrá piedad de esta bestia teñida con la sangre de sus víctimas, y que no está flaca sino por que le falta sangre. ¡Veamos! Si la alimento, nadie más que yo sufrirá, ¡y cómo puede sufrir el amor si cede aún a sus más generosos impulsos!” Al decir esto, se quitó Buda silenciosamente sus sandalias, dejó su bastón y su cordón sagrado⁸⁰, su turbante y su vestido, y saliendo de un matorral avanzó por la arena, diciendo: “¡Oh madre, aquí está el alimento para ti!” Inmediatamente la bestia que moría lanzó un grito ronco y penetrante, saltó lejos de sus cachorros, derribó a esta víctima voluntaria, y se alimentó, lacerándole la carne con sus garras amarillas, parecidas a curvos puñales, que bañaba en la sangre; y el ardiente soplo del gran felino se mezcló a los últimos suspiros de amor del intrépido Buda.

Tal fue el gran corazón de Buda, largo tiempo antes de este día en que, con su misericordia llena de gracia, hizo cesar los crueles sacrificios en honor de los dioses. Y el rey Bimbisara, al conocer el regio origen y las santas enseñanzas de nuestro Señor, le rogó que permaneciera en la ciudad repitiéndole: “Tú que eres Príncipe no puedes soportar semejantes abstinencias, tus manos están hechas para tener cetros, no para recibir limosnas. Quédate conmigo, que no tengo hijo que gobierne, y enseña la sabiduría a mi reino hasta mi muerte; habitarás en mi palacio, y te daré una bella esposa”. Pero Siddartha respondió siempre de una manera invariable: Tenía yo estas cosas, muy noble Rey, y las abandoné para buscar la verdad, que todavía busco y buscaré siempre sin detenerme, aunque el palacio de Sakra me abriese sus puertas y me rogaran los Devas que entrase. Quiero fundar el reino de la Ley; parto para Gaya y sus selvas umbrosas, donde, como creo, vendrá a mí la luz; porque esta luz no viene aquí, entre los Rishis, ni de los Shastras⁸¹, ni de los ayunos sufridos hasta que el cuerpo caiga desvanecido, hambriento por el alma. Y sin embargo, hay que esperar una luz y una verdad que descubrir. Y seguramente ¡oh fiel amigo! Si las encuentro, tornaré y pagaré tu afecto.

Entonces el rey Bimbisara, caminó por tres veces a pasos lentos en torno del Príncipe, se inclinó con respeto a los pies del Maestro, y le deseó que triunfara. Después nuestro Señor partió para Uralviva, pero no fue reconfortada todavía su alma, y su rostro estaba pálido, y estaba débil por seis años de investigaciones. No obstante, se detuvo entre los sabios de la montaña y los que habitaban en los bosques, entre los de Alara y de Udra, y entre los cinco ascetas que le dijeron que está escrito claramente en las Shastras: que nadie puede llegar más alto que el Sruti y el Smiriti⁸² —no, ni aun los santos más grandes—, porque

⁸⁰ Cordón compuesto de tres hilos de algodón trenzado y que sólo llevan los individuos de las castas superiores. La investidura del cordón sagrado se hace en una gran ceremonia, cuando el niño llega a la edad de ocho años, y le confiere el título de *dvidha* o regenerado.

⁸¹ Libros sagrados de los indostánicos, que comprenden obras sobre religión, filosofía, matemáticas, gramática, derecho y comentarios de los Vedas.

¿cómo podría ser un mortal más sabio que el Gnana-Kand⁸³, que dice que Brama es incorpóreo, que no obra, que es tranquilo, sin pasión, que no puede calificársele, que es inmutable, y que es una existencia pura, un pensamiento puro, una pura felicidad! O bien, ¿cómo podría ser el hombre mejor que el Karma-Kand⁸⁴, que enseña como puede uno despojarse de la pasión y de la actividad, romper los lazos del yo y salir así de su esfera, volverse Dios, fundirse en el infinito divino, volar de lo falso hacia lo verdadero, de las luchas de los sentidos a la paz eterna, donde reina el silencio?

Pero el Príncipe los escuchó sin que fuese consolada su alma.

⁸² Sruti (sánscrito), verdad revelada, contenida en los Vedas. Smiriti, conjunto de obras compuestas por los Rishis o sabios de la antigüedad.

⁸³ (Sáns.) Libro de la ciencia, parte esotérica de los Vedas.

⁸⁴ (Sáns.) Libro de los actos, parte esotérica de los Vedas-

LIBRO SEXTO

VI

Si queréis ver el sitio donde, al fin, se le apareció la luz, id al Noroeste de los *Mil jardines*, en el valle del Ganges, al pie de las verdes montañas, donde brota el manantial de los ríos Niladhan y Mohana; seguidlos a la sombra de los mahouas de anchas hojas, y entre los breñales de sansar y de bir, hasta el lugar en que los dos hermanos de olas brillantes se unen en el lecho de Falgu, que corre sobre roquedas hacia Gaya y las rojas montañas de Barabar. Cerca de este río se extiende un terreno inculto, cubierto de plantas espinosas y de montículos de arena, llamado en otro tiempo Uruwelaya; en su término agita una selva sus penachos y sus frondas glaucas, que se destacan sobre el cielo, y en los claros corre un agua apacible; adornada de lotos azules y blancos y poblada de peces alertas y de tortugas. Después se encuentra la apacible ciudad de Senani, con techos de paja, acurrucada entre palmeras y habitada por gente sencilla entregada a los trabajos campestres.

Allí el señor Buda vivió nuevamente en la soledad de los bosques, reflexionando en los males de la Humanidad, en los senderos del destino, en las doctrinas de los libros, en las lecciones que le daban las criaturas de los bosques, en los secretos del silencio de donde viene todo, en los secretos de las tinieblas adonde vuelve todo, y en la vida que une estos puntos extremos, semejante al arco iris tendido entre dos nubes, soportado por la niebla y apoyado por vaporosos pilares, y que repentinamente se desvanece en el espacio, en el que se funden sus bellos colores de zafiro, de granate y de crisoprasa. Durante meses y meses permaneció sentado nuestro Señor en esta selva, de tal manera sumergido en sus meditaciones, que a menudo olvidó la hora de la comida, y al salir de sus reflexiones, prolongadas desde al aurora hasta el mediodía, vio hacia su escudilla y tuvo que comer frutos silvestres caídos de las ramas que estaban encima de su cabeza y que había desprendido un mono chillón o un perico purpúreo. De este modo se marchitaba su gracia, su cuerpo, gastado por el ardor de su alma, perdía poco a poco los treinta y dos signos distintivos del Buda, y no se parecía al joven Príncipe, flor de su país, que él había sido en otro tiempo, como la hoja de

sal seca y marchita que rodaba a sus pies no recordaba el retoño verde y tierno de la primavera.

Ahora bien; en aquel tiempo, extenuado el Príncipe, cayó al suelo presa de un desvanecimiento mortal, agotado por completo, como un hombre asesinado que no respira ya y cuya sangre cesó de circular: tan pálido e inerte estaba. Pero un pastor joven, al pasar por allí y ver a Siddartha tendido, con los párpados cerrados y los labios contraídos por un dolor indecible, mientras el tórrido sol del mediodía asaeteaba con sus rayos la cabeza del Príncipe, cortó unas ramas de manzana rosa, las unió en pila e hizo un bosque para dar sombra a este rostro augusto. Luego vertió entre los labios del Maestro gotas de leche caliente que exprimíó de su odre de piel de cabra, temeroso de manchar, si lo tocaba, siendo de baja casta, a este hombre que parecía noble y santo. Pero cuentan los libros que las ramas del árbol colocadas así prendieron bien pronto, se cubrieron de hojas, de abundantes flores y de frutos brillantes, enlazadas y apretadas, de manera que el bosque se parecía a una tienda de seda levantada para un rey en la cabeza cubierta con puntas de plata y de bolas de oro rojo.

Y el joven lo adoró, pensando que era un Dios; pero al recobrar el sentido nuestro Señor, se levantó y pidió al pastor que le diera de beber leche en su lota. “¡Ah Señor! No puedo dártela —respondió éste—, lo ves, soy un Sudra y mancha mi contacto”. Entonces aquel al que honra el mundo dijo: “La compasión y la necesidad unen a todos los seres en un lazo. No hay casta en la sangre, que con el mismo color corre en todas las venas, ni casta en las lágrimas, que tienen un acre gusto en todos los hombres; y el hombre no nace con la marca tilka en la frente y el cordón sagrado en torno al cuello. El que es justo en todos sus actos se regenera, y el comete malas acciones es vil. Dame de beber, hermano mío; cuando logre el fin de mis investigaciones te alcanzará algún bien”. Estas palabras regocijaron el corazón del campesino, y le dio lo que pedía.

Otra vez pasó por el camino una bandada de muchachas con vestidos bordados; eran bailarinas de nautch⁸⁵ del templo de Indra, situado en la ciudad, acompañadas de sus músicos; uno que golpeaba sobre un tambor adornado con plumas de pavo, otro que soplabla en un bansuli⁸⁶ de sonido chillón, y otro más que tocaba una cítara de tres cuerdas. Descendían con ágil paso por las colinas, los matizados senderos, para ir a una alegre fiesta; las campanillas de plata repiqueteaban dulcemente en sus menudos pies morenos y respondía el tintineo de sus brazaletes; mientras el citareda hacía resonar sus hilos de cobre y la bailarina que iba cerca de él cantaba.

“La danza alegre comienza cuando está afinada la cítara; afina la cítara para nosotras, ni muy alta ni muy baja, y haremos palpar los corazones de los hombres.

“La cuerda demasiado tensa se rompe, y la música se va; la cuerda muy floja queda muda, y la música muere; afina la cítara para nosotras, ni muy alta ni muy baja”.

Así cantaba la bayadera a los sonos de la cornamusa y de las cuerdas, revoloteando como una brillante y frívola mariposa, de claro en claro, a lo largo del camino selvático, y no pensaba que su volandera canción resonara en los oídos del hombre santo, sentado bajo una higuera cerca del sendero, y sumergido en el éxtasis.

Pero Buda levantó su frente augusta cuando pasó el alocado grupo, y dijo: “Los locos dan a menudo lecciones a los sabios; quizá tendí demasiado la cuerda de la vida, queriendo hacer oír la armonía que salvará a los hombres; están turbios mis ojos, no obstante

⁸⁵ Las bayaderas están agregadas a una pagoda y su servicio consiste en cantar y bailar frente a la divinidad; bailan también en las fiestas públicas y privadas.

⁸⁶ (Ind.) Especie de cornamusa.

que ven la verdad; mi fuerza está agotada cuando pudiera necesitar todavía de ella. Ojalá y pueda recibir el socorro que necesito, porque si no, moriré yo, cuya vida era la esperanza de los hombres”.

En esa época vivía a orillas de este río un propietario piadoso y rico, que poseía numerosos rebaños; amo bienhechor y amigo de todos los pobres; y la ciudad se llamaba Senani, del nombre de su familia. Vivía feliz y tranquilo en unión de su esposa Sudhata, la más encantadora de las jóvenes de ojos negros de la llanura; era suave y fiel, simple y amable, de noble continente, y para todos tenía palabras graciosas y sonrientes miradas; era, en una palabra, la perla de las mujeres, y vivía años tranquilos de felicidad doméstica cerca de su señor en esta apacible casa india; no tenía sino un pesar: que no hubiese coronado la felicidad de su unión el nacimiento de un hijo hombre. Por esto había dirigido muchas plegarias a Lukshmi⁸⁷, y muchas noches durante la luna llena, diera nueve veces nueve vueltas en torno del gran Lingam⁸⁸, ofreciéndole arroz, guirnaldas de jazmín y aceite de sándalo, en demanda de un hijo; Sudhata había hecho también el voto de darle al Dios de la selva, si se realizaba su deseo, la ofrenda de un plato copioso y delicado servido en un vaso de oro, bajo sus árboles, y tal que los labios de los Devas sintieran placer al gustarlo. Y se había realizado su deseo, porque le había nacido un hijo encantador, de tres meses ahora de edad, que descansaba en el seno de Sudhata, mientras que, agradecida, se dirigía al altar del Dios de la selva, teniendo en un brazo su sari de púrpura que envolvía al niño, la joya de su corazón, en tanto que el otro, graciosamente doblado, mantenía sobre la cabeza el vaso y el plato que contenían los deliciosos manjares destinados al Dios.

Pero el Radja, enviado antes de barrer el suelo y rodear el árbol con hilos escarlatas, vino a su encuentro gritando: “¡Ah querida ama; mirad, el Dios de la selva se ha aparecido; está sentado ahí, con las manos cruzadas sobre sus rodillas! ¡Ved cómo brilla la luz en torno de su frente, qué dulce parece y que grandes son sus ojos celestes! Es una buena fortuna encontrar así a los dioses”.

Entonces, pensando que era de esencia divina, Sudhata se prosternó temblando, besó la tierra y dijo, inclinando su dulce rostro: “Me atrevería a suplicar al Ser santo que habita este bosque, y dispensador del bien, que fue tan compasivo conmigo, su sierva, para agradecérseme, que aceptase nuestra pobre ofrenda, este plato de leche blanco como la nieve o el marfil recién esculpido”. Al decir esto, colocó los manjares en el plato de oro, y derramó en las manos de Buda el attar, esencia de corazón de rosas, contenida en un frasco de cristal; y él comió sin decir nada, mientras que la madre feliz se mantenía a respetuosa distancia. La virtud de este plato fue tan maravillosa, que nuestro Señor sintió que le volvían la fuerza y la vida, como si las noches de vigilia y los días de ayuno sólo hubieran sido un sueño, como si su espíritu se hubiese reconfortado al mismo tiempo que su cuerpo, y de nuevo agitara las alas, como un pájaro que, fatigado de volar por los ilimitados desiertos se regocija al encontrar un río para lavarse en él el cuello y la cabeza cubiertos de polvo. Y Sudhata siguió adorando a nuestro Señor, contemplando su rostro majestuoso: “¿Eres realmente el Dios —preguntó en voz baja—, y te agradó mi presente?” Pero Buda dijo: “¿Cuál es este manjar que me trajiste?”

“Santo personaje —respondió Sudhata—, tomé en nuestros establos la leche de cien vacas que acababan de dar a luz, y con esta leche alimenté a cincuenta vacas blancas, y con la leche de éstas alimenté a veinticinco, después con la de éstas a otras doce, y por úl-

⁸⁷ Diosa de la abundancia y de la prosperidad. La Ceres india, esposa de Visnú.

⁸⁸ Piedra de forma cónica, emblema fálico, símbolo de la fuerza creadora.

timo, con la leche de estas últimas engordé a las seis más bellas y mejores de nuestros rebaños. Hice hervir la leche así obtenida en lotas de plata con sándalo y especies finas, le añadí arroz, que provenía de una siembra escogida, plantado en un campo recientemente removido, y del que cada grano, cuidadosamente trillado, parecía una perla. He aquí lo que hice con un corazón fiel, porque había hecho el voto de colocar bajo tu árbol una ofrenda que testimoniara mi alegría, si daba a luz un niño, y ahora tengo a mi hijo y mi vida toda es sólo felicidad”.

Nuestro Señor levantó suavemente el velo de púrpura, y colocando sobre la cabecita sus manos que salvan los mundos, dijo: ¡¡Qué tu felicidad sea duradera! ¡Y que el fardo de la vida sea ligero para este niño! ¡Porque me socorriste a mí, que no soy un Dios, sino uno de tus hermanos; fui en otro tiempo un Príncipe, y ahora soy un viajero que noche y día busca, ha seis años penosos, la luz que luce no sé donde, y que alumbraría las tinieblas donde se encenagan todos los hombres, si la conociesen! Y encontraré esta luz; sí, ella brilló ante mis ojos, gloriosa y caritativa, en el momento en que moría mi débil carne, que restauró ¡oh hermana encantadora! este puro alimento que pasó por varios seres para tomar fuerza vivificadora, lo mismo que pasa la vida por varias existencias sucesivas para elevarse, tornarse más feliz y purgarse de sus culpas. ¿Pero encuentraste que la vida sola constituye una felicidad suficiente? ¿Pueden bastar la existencia y el amor?”

Sudhata respondió: “¡Venerable Señor! Mi corazón es pequeño, y una lluvia insignificante, que apenas humedeciera la llanura, llena la corola de las azucenas. Me basta sentir brillar el sol de la vida en la gracia de mi esposo y en la sonrisa de mi hijo, y hacer que reine en nuestra casa el eterno estío del amor. Transcurren agradablemente mis días, ocupados por los cuidados de mi hogar; al levantarse el sol me despierto para rogarles a los dioses y ofrecerles granos, cuido mi plato de tulsí y distribuyo las bendiciones más tarde, inclina mi esposo su cabeza en mi regazo y se aduerme con sueños felices, bajo el moviente abanico; y al comer, a la hora del tranquilo crepúsculo, estoy cerca de él y le sirvo pasteles. Después las estrellas encienden sus lámparas de plata para el sueño, tras las plegarias en el templo y las conversaciones con los amigos. ¿Cómo no había de ser feliz, estando tan colmada de bendiciones, y habiéndole dado a mi marido este hijo cuya manecita conducirá su alma al Swarga⁸⁹ cuando sea preciso? Porque los Libros Santos enseñan que cuando un hombre planta árboles para que den sombra a los viajeros, abre un pozo para el pueblo, y le nace un hijo, tiene asegurada para después de la muerte. Y creo humildemente en lo que dicen los libros, porque no soy tan sabia como los grandes sabios de los antiguos tiempos que conversaban con los dioses, y conocían los himnos y los sortilegios y todos los caminos de la virtud y de la paz. Pienso, pues, que el bien debe venir del bien, y lo malo del mal —seguramente— para todas las cosas —en todo lugar y en cualquier tiempo—; porque veo que los frutos agradables nacen de los troncos sanos, y las cosas amargas de las plantas venenosas; veo que la mezquindad engendra el odio, y la benevolencia la amistad, y la paciencia la paz durante nuestra vida; y cuando haya sonado la hora de nuestra muerte, ¿no seremos entonces tan felices como antes? Quizá lo seremos más, porque un grano de arroz hace nacer un penacho verde ornado de cincuenta perlas, y todas las estrelladas flores de los champaks blancos y dorados se ocultan en estas malezas delgadas, desnudas y grises. ¡Ah, Señor! Sé que tienen que soportarse dolores que trastornan la dulce paciencia, con el rostro hundido en el polvo. Si mi hijo muriese antes que yo, creo que me rompería el corazón, hasta espero que se romperá, porque abrazaré entonces a mi hijo muerto, e iré por el mundo

⁸⁹ Paraíso de Indra.

adonde van las esposas fieles, a esperar con sumisión a mi dueño hasta que suene su hora. Pero si la Muerte llamase a Senani, subiría a la pira, colocaría su querida cabeza sobre mi regazo, como lo hago todos los días, y me regocijaría cuando la antorcha hiciese brillar la llama rápida y torbellinear el humo sofocante, porque está escrito que si una mujer india muere así, su amor dará al alma de su esposo un millón de años en el Swarga por cada cabello de su cabeza. ¡Por eso estoy sin temor, y por esto, santo personaje, es feliz mi vida, aunque no olvide a las otras vidas dolorosas, pobres, débiles y miserables, para las cuales acordaron los dioses la piedad! Pero en cuanto a mí, trato de hacer modestamente lo que me parece bueno, y vivo obediente a la ley, con la esperanza de que lo que llegará y debe llegar será bueno”. Nuestro Señor dijo entonces: “Tú das lecciones a los maestros. Tu sencilla instrucción es más sabia que la ciencia. Regocíjate de ser ignorante, puesto que así conoces tu camino de deber y de justicia: brota como una flor, abrigando a tu pequeñuelo bajo tu sombra; la luz demasiado viva de la verdad no está hecha para las tiernas hojas que deben desplegarse bajo otros soles y levantar en otras vidas hasta el cielo sus cabezas floridas. Te honro a ti que me honraste, excelente corazón; a ti que inconscientemente conoces el camino, como la paloma a la que hace regresar al nido el amor. Enseñas por qué hay esperanzas para el hombre y como depende de nuestra voluntad la rueda de la vida. ¡Que yo pueda acabar mi obra como tú realizaste la tuya! El que tomaste por un Dios te ruega que formules este anhelo”.

“Que puedas acabar tu obra”, dijo ella, mirando con amor a su hijo, que tendía sus tiernas manos a Buda, sabiendo quizá, como saben los niños, más cosas de las que nos imaginamos, y saludando a nuestro Señor. Pero éste se levantó, fortificado por el puro alimento que había tomado y dirigió sus pasos hacia un gran árbol, el árbol Bodhi⁹⁰ (que desde entonces no debía marchitarse, y debía permanecer siempre como un homenaje a la Naturaleza). Fue bajo este follaje donde, según las órdenes del Destino, debía aparecérselle la verdad a Buda; ahora bien, el Maestro sabía esto ya, así es que avanzó con mesurado andar, firme y majestuoso hacia el árbol de la ciencia. ¡Oh mundos, regocijaos; nuestro Señor llegó bajo el árbol! Cuando pasó bajo la vasta sombra, bajo las galerías formadas de renuevos semejantes a columnas, y bajo la cúpula de verdura brillante, la tierra consciente le honró haciendo brotar bajo sus pies hierbas ondulantes y flores abiertas. Las ramas se abatieron para abrigarlo, las brisas frescas, perfumadas en los senderos de loto, vinieron del río, enviadas por los dioses de las aguas. Los grandes ojos asombrados de los huéspedes de la selva, panteras, jabalíes y gamos, todos en paz en esa noche, contemplaron su dulce rostro desde la caverna o desde el matorral. La serpiente venenosa, deslizándose fuera de su fría morada, agitó su cabeza en honor de Nuestro Señor; las mariposas agitaron sus alas azulosas, verdes o doradas, para abanicarlo; el cruel milano dejó caer su presa, cracitando; la ardilla de rayada piel saltó de rama en rama para verlo; el pájaro tejedor gorjeó al borde su nido movedizo; el lacerto corrió; el koil cantó su himno; las palomas torcaces revolaron a su alrededor, hasta los reptiles estuvieron atentos y felices. Las voces de la tierra y del aire se mezclaron en un mismo canto, diciendo: “¡Señor y amigo! ¡Salvador que ama al mundo! ¡Tú que venciste la cólera y el orgullo, los deseos, los temores y las dudas, tú que te diste a ti mismo para cada uno y para todos, ve hacia el árbol! El triste mundo te bendice, a ti que eres el Buda que apaciguará sus dolores. ¡Ve, glorioso y venerado, gana para

⁹⁰ *Ficus religiosa*. Se llama también ahora, cerca de Gaya (provincia de Bear), el árbol bajo el cual Siddartha se volvió Buda.

nosotros la postrera victoria, Rey y gran conquistador! ¡Llegó tu hora; he aquí la noche que esperaban los siglos!”

Cayó entonces la noche, en el momento en que Nuestro Señor se sentaba bajo el árbol. Pero el Príncipe de las tinieblas, Mara, sabiendo que allí estaba Buda, que debía libertar a los hombres, y que había llegado la hora en que encontraría la Verdad y salvaría al mundo, dio órdenes a todos los poderes del mal. Entonces todos los demonios que combaten la Sabiduría y la Luz, salidos de todos los profundos abismos, se reunieron; eran Arati Trishna, Raga y sus rebaños de pasiones, de horrores, de ignorancias, de concupiscencia, y todos los hijos de la obscuridad y del temor, todos odiando a Buda y tratando de perturbar su espíritu, y nadie, aun entre los más sabios, sabe cómo esos demonios del infierno batallaron durante aquella noche para separar la verdad de Buda; ya en medio de los terrones de la tempestad, ejércitos de demonios llenaban el espacio con el rodar del trueno, y cegadores relámpagos semejantes a jabalinas que desgarraban los cielos empurpurados; ya, usando de estratagemas y de palabras armoniosas, hacían aparecer, en medio de los quietos follajes y del aire tibio, formas de una hermosura hechiceresca, y hacían escuchar cantos voluptuosos y cuchicheos de amor, ya le tentaban ofreciéndole el poder; ya, con dudas burlonas, le representaban la verdad como cosa vana. ¿Pero estos ataques fueron exteriores y visibles, o bien luchó Buda en el fondo de su corazón contra los espíritus crueles? Juzgad: yo transcribo lo que está escrito en los antiguos libros.

Vinieron los diez pecados capitales —eran los poderosos aliados de Mara, los Ángeles del mal—, desde luego Attavada, el pecado del Egoísmo, que se complace en contemplar en el universo su imagen reflejada como en un espejo, que grita: “Yo”, y que todo pereciera cuando él sufre. “Si eres Buda —le dijo—, deja a los otros andar a tientas en las tinieblas; te basta con ser Tú inmutablemente; levántate y toma la felicidad de los dioses, que no sufren ni cambio, ni zozobra, ni lucha.” Pero Buda respondió: “La justicia en ti es menospreciable, la injusticia es una maldición, ve a engañar a los que se aman a sí mismos”. Después vino la pálida Duda, el pecado irónico, que silbó al oído del Maestro: “Todas las cosas son ilusiones, y vana es la ciencia de su vanidad; tú no persigues sino la propia sombra; levántate y deja estos lugares, no hay mejor recurso que un paciente desdén, y no hay ningún socorro para el hombre que no puede detener la rueda que siempre gira”. Pero nuestro Señor respondió: “Nada tienes que hacer conmigo. Visikitcha⁹¹ engañadora, tú el más sutil de los enemigos del hombre”. En tercer lugar vino lo que da su poder a las creencias ignorantes, Silabbatparamasa la hechicera, que en muchos países se viste con el manto de la Fe modesta, pero que engaña siempre a las almas con ceremonias y plegarias, teniendo en sus manos las llaves que cierran los infiernos y abren los cielos. “Tienes audacia —dijo ella—; has a un lado nuestros libros sagrados, destrona a nuestros dioses, despuebla todos los templos y derriba esta Ley que alimenta a los sacerdotes y sostiene a los reinos”. Pero Buda respondió: “Lo que me pides que destruya no es sino la forma que pasa, pero la libre verdad permanece; torna a tus tinieblas”. Después avanzó galantemente un Tentador más atrevido: era Kama, el Rey de las pasiones, que ejerce su imperio sobre los mismos dioses, el Maestro de todos los amores, el Soberano del reino del placer. Vino riendo bajo el árbol, trayendo su arco de oro, con guirnaldas de rojas flores, y las flechas del deseo, cuyas puntas son cinco lenguas de llama clara que pican el corazón que hieren de una manera más cruel que un dardo emponzoñado; en torno a él llegaron a estos lugares desiertos ejércitos de hermosuras exquisitas, de ojos y labios celestes, que cantaban, en términos volup-

⁹¹ (Sáns.) Duda.

tuosos, el elogio del Amor al son de instrumentos armoniosos e invisibles; y era tal su encanto, que hasta la noche parecía detenerse para escucharlas, y atentas las estrellas y la luna, detuvieron su curso, mientras que cantaban a Buda las deliciosas perdidas, y le decían que un mortal no puede encontrar en los tres mundos inmensos nada preferible a los senos perfumados de la hermosa amante que se abandona, y a sus botones de rosa, rubíes del amor; no, nada sobrepuja a la suave armonía de la forma que hace experimentar la vista de las líneas y de los encantos de la persona amada; armonía indecible, aunque habla de alma a alma, que hace saltar nuestra sangre y que adora y desea nuestra voluntad, sabiendo que ahí reside lo mejor, que ése es el verdadero cielo, donde los mortales son como dioses, creadores y soberanos, que ése es el don de los dones, siempre renovado, y que por él pueden soportarse mil dolores. Porque ¿Quién ha sufrido cuando lo enlazan tiernos brazos, y toda su vida se funde en un respiro de felicidad, y tiene el mundo entero en un beso ardiente? Ha aquí lo que cantaban con ademanes de sus lánguidas manos, con ojos relucientes de llamas amorosas, con sonrisas seductoras; y en una danza lasciva descubrían a medias sus caderas y sus miembros ágiles, como botones de flores entreabiertas que manifiestan sus matices pero ocultan todavía sus corazones. Nunca gracia más incomparable encantó los ojos como la de estas nocturnas bailarinas, que se aproximaban al árbol, cada una más deliciosa que la precedente, murmurando: “¡Oh gran Siddartha! Soy para ti, gusta de mi boca, y mira si es deleitable mi juventud”. Después, como nada quebrantase el espíritu de nuestro Señor, Kama blandió su arco mágico, y repentinamente se apartó el tropel de bailarinas, y una forma, mucho más bella y majestuosa que todas las demás, avanzó con el aspecto de la dulce Yasodhara. Sus negros ojos, anegados de lágrimas, expresaban la pasión más tierna; sus brazos abiertos hacia él, se torcían de dolor, y con suave gemido, la sombra encantadora le llamó por su nombre, y suspiró: “¡Príncipe mío! ¡Muero por tu abandono! ¿Qué cielo en contraste comparable al que conocimos a orillas del claro Rohini, en la casa del Placer, donde por tu causa lloro desde hace numerosos y crueles años? Vuelve, Siddartha, ¡oh! vuelve. ¡Al menos besa otra vez mis labios, y déjame una vez todavía descansar sobre tu pecho y terminarán estos sueños estériles! ‘Oh! ¡mira! ¿No soy lo que amas?’” Pero Buda dijo: “Por el dulce amor de la que así imitas, sombra bella y falaz, es vana tu astucia, no te maldigo, a ti que has tomado una forma tan querida, aunque seas como todas las apariencias terrestres. Fúndete nuevamente en el vacío”. Entonces resonó un grito en el bosque, y la encantadora bandada se desvaneció con sus estandartes de llama que ondeaban junto con las telas vaporosas.

Después, bajo los cielos sombríos y al rumor de la tempestad naciente, vinieron los pecados más feroces formando la retaguardia de los Diez: Primero Patigha, el Odio. Con serpientes enroscadas en torno del pecho, que chupaban envenenada leche en sus mamas colgantes, y mezclaban a las imprecaciones de él sus irritados silbidos. Produjo poca impresión en el santo, que con una mirada de sus tranquilos ojos redujo al silencio sus labios amargos, e hizo retorcerse alas negras serpientes, que escondieron los colmillos. Después vino Ruaparaga, la Concupiscencia; este pecado sensual, que en su avidez por gozar de la vida se olvida de vivir; y después de él la concupiscencia de la gloria, Aruparana, de un carácter más noble, cuyo encanto seduce a los sabios, que es la madre de las acciones audaces, de los combates y de las fatigas. Vinieron en seguida el altivo Mano, demonio del Orgullo; y el Amor propio, el adulador Uddhatcha; —y rodeado de odiosas bandas de criaturas viles que rastreaban y voltejaban, semejantes a sapos y murciélagos— la Ignorancia,

madre del Miedo, y la Injusticia, Avidya⁹², odiosa hechicera, cuyo paso ensombreció más la noche, mientras las montañas se sacudían en sus bases, y los vientos salvajes aullaban, y las nubes rotas, vertían la lluvia a torrentes; las estrellas cayeron del cielo; la tierra tembló como si se hubiese puesto fuego en sus abiertas heridas; el espacio sombrío, desgarrado por los relámpagos, se llenó de sibilantes alas, de gritos de angustia y de aullidos de perversas figuras que miraban, y de vastas frentes, majestuosas y terribles, las de los Señores del Infierno, que venían a través de un millar de Limbos, y traían sus ejércitos para tentar al Maestro. Pero Buda no puso atención, y permaneció sentado en su actitud serena, protegido por su virtud perfecta, como lo está una plaza fuerte por sus puertas y murallas; y el árbol sagrado, el árbol Bodhi, también se sacudió en medio de esta tempestad, y brillaron tan serenas sus hojas como en las noches de luna cuando ni el más leve soplo hace caer las gotas del rocío; porque todo este clamor se enfurecía fuera del claustro umbroso formado por sus ramas.

A la tercera vigilia, la tierra quedó silenciosa, volaron las legiones infernales, y una brisa suave sopló bajo la luna que se ocultaba. Entonces nuestro Señor alcanzó el *Samma-Sambuddj*; vio, con ayuda de la luz que brilla por encima de nuestra raza mortal, el curso de sus existencias en todos los mundos, muy lejos, más lejos aún, y éstas existencias eran en número de quinientas cincuenta. Así como un viajero, que descansa en la cumbre de una montaña, contempla la tortuosa senda que siguió, la profundidad de los precipicios, de las quiebras y los bosques tupidos que de lejos parecen un punto negro, a través de los pantanos brillantes de un verde engañoso y de las frondas, por donde caminó agotado, si aliento; las cimas vertiginosas, donde su planta estuvo a punto de resbalar, y más abajo las soleadas praderas, las cascadas, las cavernas y los estanques, y a lo lejos hasta perderse la vista, las llanuras de donde partió para alcanzar la bóveda azulada; así también contempló Buda la larga ascensión de sus existencias sucesivas, desde las bajas llanuras, donde es precaria la vida, hasta las cúspides más y más elevadas, donde las diez grandes Virtudes esperan al viajero para encaminarlo al cielo. Buda vio también cómo cada existencia cosecha lo que sembró la precedente; cómo después de cada detención, la vida reanuda su marcha, conservando el provecho adquirido y respondiendo de la pérdida anterior, y cómo, en cada vida, el bien engendra más bien, y el mal un mal nuevo; porque la muerte no hace sino detener la cuenta de la deuda o del crédito, y, por una aritmética infalible, la suma de los méritos y los deméritos se imprime a sí misma, exacta y justa, sin el menor error de cálculo, sobre una nueva vida que comienza, donde son acumulados y llevados en cuenta los pensamientos y las acciones pasados, las luchas y los triunfos, las reminiscencias y las huellas de existencias desaparecidas.

Y en la vigilia de la media noche, nuestro señor alcanzó el *Abhidkna*, visión grandiosa que abarca esta esfera y las esferas superiores innumerables, los diferentes sistemas estelares, los innumerables soles y mundos que se mueven con regularidad maravillosa, por grupos unidos, aunque distintos, y no forman sino un todo, aunque separados; estos mundos, que son las islas de plata del mar de zafiro sin playas, insondables, que jamás disminuye, y cuyas agitadas olas ruedan en las mareas incesantes del cambio. Vio a estos reyes de la luz que retienen con invisibles lazos sus satélites y que giran ellos mismo con obediencia alrededor de las esferas más poderosas, las cuales a su vez están sujetas a astros más lejanos, de manera que cada estrella envía a otra luz incesante de la vida, que va de centros

⁹² Avidya significa a la vez ignorancia, error e ilusión. “Avidya —dice Colebrooke— es el menosprecio que consiste en ver como duradero lo que no es sino pasajero.

siempre fuera de lugar, hacia circunferencias infinitas. He aquí lo que reveló su visión, y vio también el cielo y el epiciclo de todos estos mundos, y su cuenta de Kalpas y de Mahakalpas, medidas de tiempo que nadie puede asir (aunque pudiese contar las gotas de agua que tiene el Ganges desde su origen hasta el mar) y que indican el término durante el cual crecen estos mundos y desaparecen, durante el cual cada uno de estos habitantes de los cielos realiza su vida brillante, y luego de obscurece y muere. Sakwal⁹³, después de Sakwal, pasó revista a las profundidades y a las cimas, transportado a través de los infinitos azules, y observó —bajo todos los modos, en todas las esferas, bajo el movimiento de cada globo abrasado— esta Ley invariable, que se cumple silenciosamente que quiere que la sombra evoluciones hacia la luz, y la muerte hacia la vida; que llena el vacío, da una forma a lo que todavía no la tiene, cambia lo bueno en mejor, y lo mejor en perfecto, por un orden tácito que nadie da ni nadie contradice, porque está por encima de todos los dioses, y es inmutable, inefable y soberana; es un poder que crea, destruye y vuelve a crear, gobernando todas las cosas según la regla de la virtud que resume en sí lo hermoso, lo verdadero y lo útil, de manera que le opone es malo; en el que obra el gusano conforme a su naturaleza, y el milano también, llevando presas sangrientas a sus polluelos; la gota de rocío y la estrella brillan con idéntico fulgor y colaboran en la obra universal, y el hombre, que vive para morir, muere para una buena causa, si toma por guías una conducta irreprochable, y la firme voluntad, no sólo de socorrer, sino de desviar de la evolución a todos los seres, pequeños y grandes, que sufren el mal de la existencia. Esto es lo que vio nuestro Señor durante la vigilia de la media noche.

Pero cuando vino la cuarta vigilia, conoció el secreto del Dolor, que pone obstáculos a la ley con la ayuda del mal, lo mismo que humo y las escorias sofocan el fuego del orfebre. Entonces la *Dukka-Satya*, la primera de las nobles virtudes, le fue descubierta, vio que el Dolor es la sombra de la vida, que camina con ella, y que no es posible dejarlo sino con la existencia misma, y sus diversos estados: el nacimiento, el crecimiento, la decrepitud, el amor, el odio, el placer, el sufrimiento, el ser y la acción. Nadie escapa a estos triples placeres y estos sufrimientos, ocultos bajo agradables apariencias, si no posee la ciencia que le da a conocer sus emboscadas; pero el que conoce la *Avidya* (la Ilusión) las esquivo, no continúa amando la vida, sino que trata de escapar de ella. Los ojos de ella son perspicaces, ven que la ilusión engendra *Sankhara* (el declive perverso) y *Vidman* (la Energía), de donde vienen *Namarupa* cuanto sirve a este poder es bueno, y todo lo que se (la forma individual, la personalidad, la envoltura corpórea), que hace del hombre, con sus sentidos entregados sin defensa a la sensación, un espejo expuesto a todas las apariencias que cruzan por su corazón, y así crece *Vedana* (la vida de los sentidos, con sus falsas alegrías y sus penas crueles, pero que, triste o feliz, engendra *Trishna* (el Deseo), esta sed que hace beber a grandes tragos a los vivos, estas ondas saladas y engañosas sobre las cuales flotan: los placeres, las ambiciones, la riqueza, la gloria, el renombre, la dominación, la conquista, el amor, y los majares delicados, los vestidos magníficos, los palacios suntuosos, el orgullo del nacimiento, la concupiscencia, y la lucha por la vida, y los frutos de esta lucha, unos dulces y otros amargos. De este modo la sed de la viña se engañan con bebidas que aumentan la sed; pero el sabio extirpa a *Trishna* de su alma, y no alimenta largo tiempo de falsas apariencias sus sentidos; acostumbra a su espíritu firme a no buscar, a no luchar, a no hacer daño y a soportar con resignación los males causados por sus pasados errores, hace morir de hambre a sus pasiones, de este modo la suma de la vida completa, el *Karma*, este

⁹³ (Sáns.) Era

total del alma, formado de sus actos y pensamientos anteriores, este Yo que tejió ella con la trama imperceptible del tiempo sobre la cadena de los hechos invisibles, su resultado en el universo se torna puro y sin pecado. Entonces, o bien no tiene necesidad de encontrar su cuerpo y un lugar, o bien pule la nueva forma que toma en una nueva existencia, de tal manera, que sus nuevos sufrimientos se vuelven más y más ligeros, hasta desaparecer, y así llega el fin del *Sendero*. Se ha librado de todos los engaños de la tierra y todos los *Skandhas*⁹⁴ de la carne, ha roto sus lazos (*Upadanas*), y no está obligado ya a volver sobre la Rueda, está despierto y satisfecho, como un hombre al que se arranca una pesadilla. En fin, más grande que los reyes, más feliz que los dioses, ve terminarse la dolorosa decrepitud de la existencia, y una nueva existencia, que no es ya la vida, comienza para él; es una calma inefable, un gozo indecible, es el NIRVANA bendito, este reposo sin pecado y sin turbación, esta cambio que no cambia nunca.

Repentinamente apareció la aurora alumbrando la victoria de Buda. Los primeros fuegos del día radioso brillaron por el Oriente, a través de los pliegues que formaban las negras tapicerías de la noche. Muy alto en el azul que se desplegaba, palidecía el brillo argénteo de las estrellas del pastor, mientras sus claridades rosadas, más y más brillantes, rayaban el gris del cielo. A lo lejos, las umbrosas montañas vieron al gran sol antes de que se despertara el mundo, y cubrieron de púrpura sus coronas; el soplo tibio de la Mañana, descendiendo sobre las flores, abrió uno por uno sus tiernos párpados. La encantadora Luz, avanzando a pasos rápidos, rasó las hierbas cuajadas de rocío y cambió en claras joyas las lágrimas de la Noche, cubrió la tierra con un radioso fulgor, bordó con franjas de oro a las nubes tempestuosas, que huían, doró los penachos de las palmeras, que se inclinaban en alegres zalemas; asaeteó con rayos de oro las florestas, con su varilla mágica tocó el río, que parecía que arrastraba rubíes, fue a encontrar en las malezas los dulces ojos de las gacelas, y les dijo: “Es de día”, besó en los nidos las cabecitas ocultas bajo las alas, murmurando: “Hijos, admiraos de la luz del día” Entonces comenzaron las antífonas de los pájaros. El aflautado canto del koil, el himno del ruiseñor, el “mañana, mañana” del abigarrado zorzal, el trino de los colibríes, que volaban para encontrar la miel antes que salieran las abejas, el cracitar del cuervo sombrío, el grito penetrante del perico, los golpes del “pico verde”, el canto del maina, el zureo de amor perpetuo de las torcaces. Y tan benéfica fue la influencia de esta aurora augusta que apareció con la victoria, que después y a lo lejos se esparció una paz desconocida en las moradas de los hombres. El asesino ocultó su cuchillo, el ladrón abandonó su botín, el sharaff⁹⁵ dio la cuenta exacta de las monedas, todos los corazones ruines se volvieron buenos, los que eran buenos se tornaron mejores, cuando el bálsamo de esta aurora divina se derramó sobre la tierra. Los reyes que guerreaban tuvieron una tregua, los enfermos se levantaron riendo de sus lechos de dolor, los que agonizaban sonrieron como si supieran que esta alba feliz hubiera brotado de los manantiales más lejanos que los horizontes del Este. Y el corazón de la triste Yasodhara abandonada, sentada cerca del lecho del príncipe Siddhartha, se sintió inundado de una repentina felicidad, y le pareció que su amor no podía engañarla y que su aflicción inmensa terminaría con un gran júbilo. Y el mundo fue tan feliz, sin saber la causa, que por encima de los desiertos desola-

⁹⁴ Los Skandhas, en número de cinco, son los grupos de elementos cuya cohesión forma el individuo: el primero comprende las cualidades materiales (la extensión, solidez, color), el segundo, las sensaciones; el tercero, las percepciones y los juicios; el cuarto, las disposiciones morales y mentales; el quinto, los pensamientos. Ninguno de estos elementos es una substancia permanente, no son sino apariencias pasajeras.

⁹⁵ Banquero, cambista.

dos se oyeron vagos cantos de alegría, modulados por los Pretas y los Buthis sin cuerpo⁹⁶ que presentían la victoria de Buda; y los Devas en el aire exclamaron: “¡Todo concluyó, todo concluyó!” Y los sacerdotes se encontraban en las calles con el pueblo asombrado, contemplando estos dorados esplendores que abrasaban el cielo, y dijeron: “Sucedió algo grande”. Y en el ran⁹⁷ y el juncal, reinó ese día la amistad entre las criaturas; el gamo retozó sin temor cerca del lugar donde la tigresa amamantaba sus cachorros; las tchitas⁹⁸ abrevaron en el estanque al lado de los corzos, las liebres morenas corretearon bajo la roca donde el águila acariciaba con su pico cruel el ala perezosa; la serpiente calentó al sol su piel con reflejos de carbúnculos y escondió sus colmillos mortales; el milano dejó pasar al pinzón, ocupado en hacer su nido; los alciones de color de esmeralda ensoñaban, en tanto que los peces jugueteaban cerca de ellos, y el abejaruco no cazaba, aunque las mariposas purpúreas, azules o ambarinas revolaban en bandadas; así se hizo sentir el espíritu de nuestro Señor entre los hombres, los pájaros y las bestias, en tanto que bajo el árbol Bodhi meditaba, árbol célebre por la victoria alcanzada para todos los hombres y alumbrado por una luz más deslumbradora que la del día.

Por fin, radioso, rejuvenecido y fuerte, se levantó bajo el árbol, y en voz alta dijo estas palabras destinadas para ser escuchadas por todos los tiempos y en todos los mundos:

“Habité muchas moradas de la vida, buscando siempre al que construyó estas prisiones de los sentidos llenos de aflicción, y mi combate incesante fue penoso.

“¡Pero desde ahora, a Ti, constructor de estos tabernáculos, a Ti te conozco! No construirás ya estos muros que contiene el sufrimiento, no levantarás ya la techumbre de tus artificios ni colocarás nuevas vigas sobre la arcilla: ¡Tu casa está destruida, y su principal sostén roto! ¡Es la ilusión quien la construyó!

“Desde ahora voy a caminar sin cesar para alcanzar la liberación”.

⁹⁶ Espíritus, almas de los muertos.

⁹⁷ (Ind.) Pradera.

⁹⁸ (Ind.) Pantera.

LIBRO SÉPTIMO

VII

El pesar agobiaba al rey Sudhodana durante estos largos años, y en medio de su corte de señores Sakyas añoraba la voz y la presencia de su hijo; el pesar agobiaba también a la dulce Yasodhara, que durante estos largos años no conoció ninguna de las alegrías de la vida, estando viuda de su señor y Amo. Y cada vez que había oído hablar de un anacoreta que había sido visto en países lejanos por camelleros pastores, o por mercaderes que el cebo de la ganancia condujera por apartados senderos, los mensajeros del Rey partían y regresaban, contando que habían visto santos ascetas solitarios y sin morada; pero no se tuvo nueva ninguna del que había sido el coronamiento de la raza pura Kapilavastu, la gloria y la esperanza de su monarca y el único amor de la dulce Yasodhara, y que, a pesar de todo, partiera lejos, olvidoso, muy cambiado, acaso muerto.

Pero un día de la estación Vasanta⁹⁹, cuando las yemas argentadas brillaban sobre los manglares y toda la tierra estaba revestida de un manto primaveral, la Princesa estaba sentada cerca del claro río del jardín, cuyo brillante cristal guarnecido de lotos, reflejaba tan a menudo en los tiempos felices ya pasados, sus manos enlazadas y sus labios unidos en un beso. Sus párpados estaban fatigados por las lágrimas, sus tiernas mejillas enflaquecidas, la graciosa curva de sus labios contraída por el dolor; sus cabellos de brillantes reflejos estaban ocultos y anudados como los usan las viudas, no traía ningún adorno, y ninguna joya prendía su vestido de duelo tosco y blanco cruzado sobre su pecho. Sus piecitos delicados se movían lentamente y con pena; ellos, que en otro tiempo tenían la agilidad de los de la gacela y la ligereza de la hoja de rosa, cuando la voz amante de su esposo la llamaba. Sus ojos, esas lámparas del amor, que en otro tiempo eran como rayos del sol brillante en el seno de la profunda obscuridad, opacos ahora y vagando al acaso, apenas de daban cuenta de las maravillas de la naciente primavera, tan bajos tenía los párpados sedosos. En una de

⁹⁹ La primavera.

las manos tenía un cingulo adornado de perlas, el de Siddartha, que guardaba como un tesoro desde la noche de su partida.

—¡ Ah noche cruel, madre de los días de la aflicción! ¿Qué amor fue tan implacable para el amor como aquel que desdeñó reducirlo a los límites de la vida?— Con la otra mano conducía a su hijo, un niño de hermosura divina, prenda dejada por Siddartha; se llamaba Rahula, y tenía entonces siete años. Caminaba alegremente al lado de su madre, con el corazón regocijado al ver abrirse sobre el mundo las floraciones primaverales.

Se detuvieron cerca de los estanques cubiertos de lotos, y Rahula, riendo a sus reflejos, arrojó arroz a los peces azules y rojos; y ella, mirando a las grulla de rápido vuelo, suspiró: “¡Oh criaturas aladas! Si en vuestros viajes veis el sito donde mi amado Señor está oculto, decidle que Yasodhara está lista para morir a una palabra de su boca, a una caricia de su mano”. Mientras la madre suspiraba y jugaba el niño, algunas damas de las corte vinieron y le dijeron: “Gran Princesa, entraron por la puerta del Sur unos mercaderes de Hastinpur, llamados Tripusha y Bhaluk, hombres de importancia, que vienen de las playas del mar tempestuoso, y que traen maravillosos tejidos bordados de oro, hojas flameantes de acero dorado, vasos de cincelado cobre, marfiles, especias, hierbas y pájaros desconocidos, tesoros de los pueblos lejanos; pero traen uno que sobrepuja a todos, porque vieron a Él, a tu Señor, a nuestro Señor, la esperanza de todos los países, ¡Siddartha! Le han visto cara a cara, y lo han adorado inclinando sus frentes hasta el polvo, y le ofrecieron presentes; porque se volvió, como estaba predicho, un Revelador de la Sabiduría, honrado por todo el mundo santo y prodigioso, un Buda que ha liberado a todos los hombres, y salva a todas las criaturas con dulces palabras y una compasión inmensa como el cielo, y he aquí que viene él hacia estos lugares, a juzgar por lo que dicen”.

Entonces la sangre Yasodhara saltó alegremente en sus venas, como las aguas del Ganges cuando comienzan a fundirse las primeras nieves en la montaña; se levantó, batió las manos y rompió a reír con los ojos bañados en lágrimas; —“¡Oh! —gritó ella—. Hacedles venir de prisa cerca de mi purdah¹⁰⁰, porque mis oídos tienen sed, como una garganta seca, de beber sus nuevas benditas. Introducidles y decidles que si es exacto, llenaré sus cinturones de tanto oro y piedras preciosas, que los envidiarán los reyes; venid también vosotras, mis damas, porque tendréis en esta ocasión recompensas, si los presentes pueden expresar el reconocimiento de mi corazón”.

Llegaron los mercaderes al palacio del Placer y adelantaron a pasos lentos por sus dorados senderos, con los pies desnudos, en medio de las jóvenes que los miraban, y se maravillaron de los esplendores de esta corte. Cuando llegaron tras el purdah escucharon una voz tierna y llena de ansiedad, trémula y melodiosa, que dijo: “Venís de muy lejos, hermosos Sires, y habéis visto a mi Señor, y lo habéis adorado, porque se tornó un Buda adorado por el mundo entero, santo y libertador de los hombres, y está en camino hacia estos lugares. ¡Hablad! Porque si es así, seréis los amigos de mi casa, bien venidos y amados”.

Tripusha respondió: “Vimos a este Maestro sagrado, ¡oh Princesa! Nos prosternamos a sus pies, porque el que era un Príncipe se tornó más grande que el Rey de los reyes. Bajo el árbol Bodhi, a orillas del Falgu, se realizó por él la obra que debe salvar al mundo, por él, el Amigo y el Príncipe de todos los hombres, que es tuyo sobre todo, noble dama, cuyas lágrimas le valieron al mundo el consuelo de la palabra del Maestro. ¡Escucha! Se encuentra bien, como un hombre que está por encima de todos los males, exceptuado

¹⁰⁰ En el Norte de la India, las mujeres de alta casta no pueden mostrarse a los extranjeros, y deben, para conversar con ellos, permanecer ocultas tras una tapicería.

como un Dios de todas las miserias terrenas, radioso de la Verdad que acaba de aparecer, dorado y deslumbrador. Cuando pasa de ciudad en ciudad, predicando los nobles medios que conducen a la paz, los corazones de los hombres siguen su camino, como se juntan las hojas al soplo del viento o como el ganado sigue al que conoce dónde están los pastos. Nosotros mismos escuchamos con respeto, cerca de Gaya, en el verde bosque Tchirnika, su boca maravillosa. Estará aquí antes de las primeras lluvias”.

Así habló y Yasodhara, sofocada de alegría, apenas pudo responder. “¡Sed felices ahora y siempre, dignos amigos que traéis buenas nuevas! Pero en cuanto a esta grande obra, ¿sabéis cómo se realizó?”

Entonces Bhaluk contó, según el decir de la gente del valle, esta noche terrible de luchas, cuando se obscureció el aire con sombras diabólicas, tembló toda la tierra y las aguas se hincharon a la cólera de Mara, Dijo también que espléndida apareció el alba radiosa con las esperanzas que nacían para los hombres, y cómo fue encontrado el Señor regocijándose bajo su árbol. Pero, dijo él, durante muchos días el fardo de la liberación descansó sobre su corazón como un lingote de oro, porque era preciso hacerlo escapar a todos los tormentos de la duda para llevarlo sin daño a las riberas de la Verdad; porque, como pensó Buda, los hombres que aman sus pecados y se engrían con los engaños de los sentidos y beben en mil fuentes del error, no tienen entendimiento para ver ni energía para romper el lazo carnal que los ata, ¿cómo podrían conocer las doce *Nidanas*¹⁰¹ y la Ley liberatriz, cuya novedad les espanta, lo mismo que el pájaro enjaulado se aleja de la puerta abierta? No habremos gozado de las ventajas de la victoria, si en esta tierra sin refugio, Buda que encontró el camino, la hubiese juzgado demasiado ardua para los pies de los mortales y hubiese pasado sin ser seguido por nadie. Así, pues, nuestro Señor, en su compasión, reflexionó; pero en este momento resonó una voz tan desgarradora como el grito del alumbramiento, como si la tierra gimiese; “Seguramente estamos perdidas mis criaturas y yo”. Luego, después de un silencio, el viento del Oeste murmuró esta imploración: “¡Oh Ser poderoso, permite que sea divulgada tu gran Ley!” Entonces el Maestro demoró en las criaturas sus miradas; vio que eran las que debían escuchar la Ley y las que debían esperarla, lo mismo que el sol ardiente que dora los lagos cubiertos de lotos ve cuáles botones están próximos a abrirse a sus rayos y cuáles los que aún no salen de sus tallos; entonces dijo sonriendo divinamente: “Sí, voy a predicar; que los quieran escucharme aprendan la Ley”.

Después —dijeron— atravesó las montañas que fue a Benarés, donde instruyó a los Cinco, mostrándoles como deben ser destruidas la vida y la muerte, y cómo el hombre no sufre otro destino que el que se creó por sus acciones pasadas, ni otros infiernos que el que él se hace, que ningún cielo está bastante elevado para aquellos que vencieron sus pasiones. Esto aconteció el décimoquinto día de Vaishaya¹⁰², en pleno mediodía, y esa noche hizo luna llena.

¹⁰¹ Las doce Nidanas son las doce condiciones de la existencia, que se encadenan por la ley de causa y efecto: la comprobación fundamental es que el dolor es inherente al ser; la causa del dolor es el nacimiento, la causa del nacimiento es la concepción, la causa de la concepción es el deseo, éste proviene de la sensación, que tiene por causa el contacto; el contacto tiene por causa los sentidos; los sentidos tienen por causa la forma expresada por el nombre (nama-rupa), que tiene por causa el entendimiento, en entendimiento tiene por causa los conceptos, causados a su vez por la ignorancia (avidya), de donde se desprende: que es preciso suprimir esta última para alcanzar la felicidad.

¹⁰² Mes que corresponde al fin de mayo y principio de junio.

Entre los Rishis, Kaundinya el primero adquirió las cuatro Verdades y entró en el Sendero, y después de él Bkadraka, Asvadith, Basava, Mahanama; luego, en el parque de los gamos, el príncipe Yasad y cincuenta y cuatro gentiles-hombres, sentados a los pies del Buda, escucharon la palabra bendita del Maestro, le adoraron y le siguieron; porque la paz y la ciencia de la era nueva abierta a los hombres nacieron en los corazones de todos los que le escucharon, como brotan la verdura y las flores cuando salta el agua en una llanura sabulosa.

Estos sesenta discípulos —siguieron diciendo— fueron enviados por nuestro Señor para enseñar la *Ruta* después de que hubieran aprendido a dominarse y estuvieron libres de sus pasiones; por lo que hace al que honra al mundo, dejó el parque de los gamos e Isipathan para ir hacia el Sur, a Yashti, y en el reino del rey Bimbisara, donde predicó durante numerosos días; después que fueron convertidos el rey Bimbisara y su pueblo, aprendieron la Ley del Amor y las reglas de la vida. Y dio él al Maestro (después de verter agua en las manos de Buda)¹⁰³ el Jardín de los bambúes, llamado *Weluvana*, donde se encuentran ríos, cavernas y claros deliciosos, y el Rey colocó allí una piedra en la que hizo grabar esta inscripción: “Los efectos y la causa de la vida, *Tathagata*¹⁰⁴ nos lo enseñó claramente, lo que libra del mal de la vida, nuestro Señor nos lo hizo saber”.

Y en este jardín —dijeron— hubo una gran asamblea, donde el Maestro enseñó la sabiduría y el poder, ganando todas las almas que le escuchaban, de tal modo, que noventa y cinco personas vistieron el traje amarillo, semejante al del Maestro, y propagaron su Ley, y he aquí el precepto por el cual termina:

“El mal aumenta las deudas que tienen que pagarse, el bien liberta y paga; evita el mal, haz el bien; conserva tu imperio sobre ti mismo. Tal es la Ruta”.

Cuando hubieron terminado de hablar de él, la Princesa los recompensó con presentes y cumplimientos más preciosos que las joyas: “¿Pero por qué camino pasa mi Señor?, preguntó ella. Los mercaderes dijeron: WA sesenta vodhans de los muros de la ciudad, en dirección de Radhagriha donde el sendero fácil pasa por Sona y las montañas. Nuestros bueyes, que hacen ocho koss por día, llegan en un mes”.

Al saber esta nueva, el Rey envió gentiles-hombres de su corte de caballeros en soberbios corceles, nueve mensajeros separados, y cada embajador estaba encargado de decir: “El rey Sudhodana, envejecido por los siete años, durante los cuales estuvo privado de ti no cesó de buscarte; ruega a su hijo que vuelva a tomar posesión del trono y del pueblo de este reino que suspira después de él, por el temor de morir antes de haber visto nuevamente tu rostro”. Yasodhara envió también nueve caballeros encargados de decirle: “La Princesa de tu casa, la madre de Rahula, desea ardientemente ver tu rostro como el grávido corazón de las caléndulas suspira por la luna, como los pálidos botones de asokas aguardan el pie de una mujer¹⁰⁵; si encontraste más de lo que habías perdido, ella reclama su parte, la de Rahula, pero sobre todo te reclama a ti”. Los Señores Sakyas partieron apresuradamente, pero aconteció que cada uno de ellos entró en el Jardín de los bambúes a la hora en que Buda enseñaba su Ley; y cada uno al escucharle, se olvidó de hablar, no pensó más en el Rey y su mensaje ni en la triste Princesa; no tuvieron miradas sino para el Maestro, sus corazones seducidos estuvieron suspensos de los labios sagrados, que murmuraban palabras

¹⁰³ Forma de la donación, según el derecho indostánico antiguo.

¹⁰⁴ Literalmente, *el que obra de la misma manera*; es uno de los nombres de Siddhartha, que indica que siguió la misma vía que los Budas anteriores.

¹⁰⁵ El Ramayana cuenta que Sita, refugiado en un matorral de asoka, fue blanco de las obsesiones del demonio Ravana, y resistió victoriosamente; por esto las mujeres indias veneran el asoka y comen sus flores.

llenas de compasión y de autoridad, perfectas, puras y que iluminaban todas las cosas. ¡Ved! Como una abeja robando para su colmena, que ve mogras en abundancia y siente esparcido en el aire su exquisito perfume, no piensa en que está ya plena de miel; no le da cuidado que caigan la noche o la lluvia, es preciso que sacie su instinto sobre estas flores deliciosas y beba su néctar, así estos mensajeros, uno después de otro, escuchando los discursos del Buda, descuidaron el objeto de su viaje, y olvidados de todos los demás, se mezclaron al auditorio del Maestro. Por esto envió el Rey a Udayi, el más grande personaje de la corte y el más fiel, que había sido el compañero de juegos de Siddhartha en días más felices: éste atravesando el Jardín, se tapó los oídos con copos de algodón; escapó así al peligro sublime de estos lugares, y repitió el mensaje del Rey y de la Princesa.

Entonces nuestro Señor abatió dulcemente su cabeza, y dijo delante de la multitud congregada: “Seguramente iré; es mi deber y es mi voluntad; que nadie omita reverenciar a los que dieron la vida, de donde viene el medio de no vivir ya ni de morir, sino de llegar sano y salvo al Nirvana bendecido, si se observa la ley, si se libra uno de pasados errores, sin añadir nuevos, y si se alcanza el amor perfecto y la caridad que inspira el amor. Decidle al Rey y a la Princesa que me pongo ya en camino para ir a encontrarlos”. A esta nueva el pueblo de Kapilavastu la blanca y de los contornos se preparó para recibir a su Príncipe. En la puerta del Sur se levantó un brillante pabellón con pilares enguarnaldados de flores y tapicerías de seda roja y verde bordadas de oro; se alfombraron los caminos con ramas olorosas de nim y de mango, y se regaron opulentamente muhsukhs¹⁰⁶ de esencias de sándalo y jazmín en el polvo, y flotaron las banderas; y el día en que llegaría, una orden previno cuántos elefantes de haudas¹⁰⁷ de plata y de dorados colmillos debían alinearse frente al vado; dónde redoblarían los tambores para anunciar la llegada de Siddhartha, adónde saldrían a su encuentro los señores para saludarlo, y en qué lugar debían arrojar las flores las bayaderas, danzando y cantando, de modo que su corcel se hundiese hasta las corvas en las rosas y las balsaminas, y que los senderos estuviesen bellos, y la ciudad vibrara a los sonos de la música y la alegría ruidosa. Tal fue la orden dada, y cada uno escuchó atentamente para oír el primer sonido del tambor que anunciaba su llegada.

Pero Yasodhara, deseosa de preceder a los demás, fue en su litera hasta los muros de la ciudad, en el lugar en donde se levantaba el brillante pabellón. Alrededor se extendía un magnífico jardín, llamado Nigrodha, sombreado por datileros, de verdes penachos, recientemente arreglado, de aspecto risueño, con sus senderos tortuosos y sus cuadros de frutos y flores; porque la ruta del Sur se dilataba de un lado guarnecida por árboles floridos, y del otro por chozas del barrio donde vivían, fuera de las puertas de la ciudad, las gentes de baja casta, pueblo pobre y paciente, cuyo contacto sería una grave mancha para el Kshatrya y el sacerdote de Brama. Esta gente también esperó con ansiedad, levantándose antes de la aurora para ver el horizonte, para treparse a los árboles y escuchar desde allí el lejano bramido de los elefantes o el sonido del tambor de la pagoda, y como nadie venía, se pretendían arreglar modestos adornos en honor del Príncipe, barriendo los umbrales de sus puertas, desplegando banderas, ensartando acanaladas hojas de higuera para hacer guarnaldas, limpiando el Lingam, cubriendo con follajes nuevos el arco de triunfo de la ciudad, ya marchito, y preguntando sin cesar a los viajeros si se había encontrado algún obstáculo en el camino el gran Siddhartha. La Princesa los miró con sus hermosos ojos lánguidos, y como ellos exploraba el camino del Sur, como ellos aguzaba el oído para oír si los transeúntes

¹⁰⁶ Muhsukhs (ind.), odres de piel de cabra de los que se sirven para regar las calles.

¹⁰⁷ Hauda, asiento o litera que se coloca en el dorso del elefante.

daban nuevas de la ruta. Sucedió que vio ella a un hombre que se aproximaba a pasos lentos, con la cabeza rasurada, sobre la espalda un vestido amarillo, y en torno de la cintura el manto de los eremitas, y que tenía en la mano una escudilla en forma de calabazo que tenía un momento a la puerta de cada choza, recibiendo limosnas con admirable muestras de agradecimiento, y continuando su camino sin un reproche cuando nada se le daba. Le seguían dos hombres vestidos con el traje amarillo, pero el que llevaba la escudilla parecía tan majestuoso, tan respetable, esparcía a su paso una impresión tan imponente y seducía a tal grado a todo el mundo con sus dulces ojos de Santo, que al tenderle sus limosnas los moradores le miraban con respeto, y algunos se prosternaban con adoración, y otros iban a buscar nuevos dones, lamentando ser pobres, de manera que poco a poco los niños, los hombres y las mujeres caminaban tras sus huellas cuchicheando: “¿Quién es? ¿Quién? ¿Cuándo ha tenido un Rishi este aspecto?” Pero cuando llegó con su lento paso cerca del pabellón, se levantó repentinamente la puerta de seda, y Yasodhara, sin velo, se cruzó en su camino gritando: “¡Siddhartha! ¡Señor!” con los ojos brillantes y las manos juntas; después cayó soñando sollozando a sus pies y permaneció así.

Más tarde, cuando la afligida Princesa fue internada en el noble sendero y alguien suplicó a Buda que le dijese por qué habiendo hecho voto de renunciar a toda pasión humana y al contacto, suave como una flor y conquistador, de las manos de la mujer, había soportado este abrazo, el Maestro dijo: “El más grande como el más pequeño están sujetos al amor, aunque el primero se eleva a alturas más serenas. Poned cuidado en que ninguna alma liberada de los lazos hiera a las almas todavía atadas con la ostentación de su libertad. Sois tanto más libres cuanto vuestra libertad fue adquirida por la paciencia y los suaves procedimientos de la sabiduría. Tres eras de largas pruebas llevan a los Bodhisats¹⁰⁸ —que serán los guías y salvadores de este mundo oscuro— a la liberación: la primera es la firme *Resolución*; la segunda la de la *Tentativa*, y la tercera la de la *Nominación*. ¡Ved! Viví en la era de la resolución, deseando el bien, buscando la sabiduría, pero mis ojos estaban sellados. Contad los granos de este campo de higueras, y esos años hace que fui Ram, un mercader de la costa meridional, situada frente a Lanka, donde se ocultan las perlas. En estos tiempos remotos, Yasodhara vivía conmigo en nuestra ciudad a orillas del mar, era encantadora como hoy, y tenía por nombre Lukshmi. Recuerdo que partí a un viaje para ganar nuestra vida, porque nuestra casa era pobre y humilde. Ella, con lágrimas ardientes, me suplicó que no partiese y que no afrontara los peligros de la tierra y el mar. “¿Cómo podrá abandonar el amor al que ama?”, gimió ella, Sin embargo, partí, intentando la aventura; pasé el estrecho, y después de tempestades y de pruebas, después de una lucha encarnizada con las criaturas del abismo y de incesantes sufrimientos, buscando en el mar le arranqué una perla brillante como la luna, tal, que los reyes se desprenderían de sus tesoros para poseerla. Luego regresé gozoso a las montañas; pero el hambre assolaba el país, caí enfermo de inanición en mi viaje de vuelta, y con gran trabajo llegué a mi morada, ocultando en mi cinturón esta joya pura del mar. Pero tampoco allí había alimento, y en el umbral, aquella por la que había penado tanto —más que por mí mismo— yacía muda, próxima a morir, falta de un poco de grano. Entonces grité: “Si alguien tiene grano aquí, he aquí el precio de un reino por una existencia. Dadme alimento para Lukshmi y tomad mi perla brillante como la luna”. A estas palabras, un vecino trajo el resto de su provisión, tres seres¹⁰⁹ de

¹⁰⁸ Bodhisats o Bodhisatwas: los que alcanzaron la sabiduría suprema (Bodhi) y que, sin embargo, consienten, para bien de la Humanidad, en seguir siendo criaturas (satwas); están destinados a volverse Budas en una futura existencia.

¹⁰⁹ Medida de capacidad que equivale poco más o menos a medio litro.

mijo, y tomó la joya maravillosa. Pero Lukshmi vivió y suspiró, volviendo a la vida: “¡Ah! Me amas en efecto”. Cambié mi perla a propósito en esa vida, para reconfortar un corazón y un espíritu abatidos; pero estas perlas puras, mis últimas conquistas, arrancadas a una ola más profunda —las doce Nidanas y la ley del Bien— no pueden ser cambiadas ni empañadas, y deben alcanzar su hermosura perfecta dándolas por nada. Porque lo que un hormiguero es al lado del monte Merú, lo que es el charco de agua formado por el rocío de paso de un corzo saltador en comparación de los mares infinitos, fue mi don de otro tiempo en comparación de lo que ahora he hecho. Así, el amor, vuelto más vasto una vez libre de las ataduras de los sentidos, fue muy sabio cediendo a un corazón más débil, y de este modo, los pies de la dulce Yasodhara lo condujeron a la paz y a la felicidad, siendo guiados tiernamente”.

Pero cuando supo el Rey que había llegado Siddhartha rasurado, cubierto con el lúgubre traje de los mendigos y tendiendo una escudilla para recoger los restos de la pitanza de la gente de baja casta, un pesar rencoroso expulsó el amor de su corazón. Tres veces escupió la tierra, se arrancó la plateada barba y salió precipitadamente, mientras los cortesanos temblaban a su paso. Montó, frunciendo las cejas, en su caballo de guerra, le hundió las espuelas, e inflamado de cólera corrió a través de las avenidas y de las calles, llenas de una multitud sofocada de asombro, que apenas pudo decir: “¡El Rey! ¡Prosternaos!”, antes que hubiese pasado el ruidoso galope de su corcel. Al dar vuelta al muro de la pagoda, desde donde se veía la puerta del Sur, encontró a una gran multitud que obstruía el paso y aumentaba sin cesar, siguiendo a Siddhartha, cuya serena mirada se cruzó con la del viejo Rey. Y la cólera de éste desapareció cuando Buda fijó sus ojos llenos de dulzura y de respeto en las cejas fruncidas de su padre; luego los bajó y se arrodilló ante él con noble humildad. Porque se enterneció al ver al Príncipe, al comprenderlo, la percibir la gloria celeste que coronaba su frente y esa majestad que hacía caminar tras sus huellas a todos los hombres en medio de un silencio respetuoso.

Sin embargo, el Rey dijo: “¿Es posible que el gran Siddhartha torne furtivamente a su reino vestido de harapos, rasurado, con sandalias y mendigando su alimento a las gentes de baja casta, él, cuya vida era la de un Dios? ¡Hijo mío! ¡Herederero de este espacioso imperio y herederero de reyes, que con sólo batir las manos podías hacerte traer por servidores solícitos cuanto puede producir la tierra! Debías llegar con los honores propios de tu rango, rodeado de chispeantes lanzas y del rumor de hombres y caballos. ¡Mira! Todos mis caballos están acampados en el camino, y toda mi ciudad espera a las puertas, ¿dónde moraste durante estos malos años, mientras tu padre gemía bajo su corona y tu esposa vivía aquí como las viudas, renunciando a todas las alegrías, no escuchando jamás los cantos y la música, sin ponerse nunca su traje de fiesta, hasta ese día en que, cubierta con su vestido de oro, vino a recibir a su esposo mendicante, vestido con pingajos amarillos? ¿Por qué hiciste esto hijo?

“Padre mío —respondió Buda—, es la costumbre de mi raza”.

“Tu raza —replicó el Rey— cuenta cien tronos desde Maha Sammat, pero nunca una acción como esta”.

“No hablo de mi línea mortal —dijo el Maestro—, sino de la descendencia invisible de los Budas, pasados y futuros. Soy uno de ellos, y lo que hicieron lo hago yo, y lo que ahora sucede aconteció otras veces; en otro tiempo, Un Rey, cubierto con su armadura, vino también a la puerta de su ciudad para recibir a su hijo, un Príncipe vestido como un ermitaño, y este Salvador predestinado de los mundos, superior por su amor y su imperio sobre sí mismo a los reyes más grandes por su omnipotencia, se prosternó, como lo hago ahora, y

ofreció su amor y humildad a aquel hacia el cual estaba ligado por una deuda de ternura, las primicias del tesoro que había traído, por esto os las ofrezco ahora”.

Entonces el Rey, sorprendido, preguntó: “¿Qué tesoro?” Y el Maestro tomó suavemente la mano real, y continuó su camino a través de las calles y el pueblo respetuoso, teniendo a su lado al Rey y a la Princesa, y dijo cosas que infundían paz y pureza, estas cuatro nobles Verdades que contienen toda la sabiduría, como las playas contienen los Océanos; dijo las ocho Reglas, con la ayuda de las cuales, cada uno, monarca o esclavo, puede, si lo quiere, seguir el Sendero perfecto que contiene cuatro Tiempos y ocho Preceptos, con ayuda de los cuales, los que viven, poderoso o miserables, sabios o ignorantes, deben tarde o temprano, escapar a los ciclos de la vida y alcanzar el Nirvana bendito. Llegaron así a la entrada del palacio, Sudhodana con la frente desarrugada, bebiendo las palabras benéficas y llevando en la mano la escudilla de Buda, mientras una luz nueva iluminaba los ojos encantadores de la dulce Yasodhara y secaba sus lágrimas; y esa noche entraron en la Vía de la Paz.

LIBRO OCTAVO

VIII

Una vasta pradera se extiende a orillas del rápido Kohana, en Nagara; hay que viajar durante cinco días en carretas de bueyes al Nordeste para ir de Benarés, la ciudad de las pagodas, a este lugar. Los nevados picos del Himalaya dominan este país que todo el año está cubierto de flores y de boscajes, cuya verdura mantienen las aguas del río; sus pendientes son suaves, y frescas sus perfumadas sombras, y un soplo de salud, a pesar de todo, reina todavía en estos sitios; el viento de la tarde rasa los espesos matorrales y la aglomeración de piedras rojas esculpidas, hendidas por las raíces y las ramas de las higuerras cubiertas de un velo movedizo de hierbas y de follaje. La serpiente silenciosa se desliza fuera de los artesonados de laca y cedro que se desmoronan y desenrolla sus anillos brillantes en las losas de mármol perforado; el lacerto corre por los estrados de mosaico donde caminaron los reyes; el zorro gris halla seguro asilo bajo los tronos rotos; solamente los picachos, el río, las praderas en declive y las ligeras brisas no han cambiado. Todo lo demás, desapareció, porque allí se levantaba la ciudad de Sudhodana y la colina donde una tarde de crepúsculo de azul y oro el señor Buda se sentó para enseñar la Ley a los suyos que le escuchaban.

En los Libros Sagrados leeréis cómo reunidos en este sitio encantador —que en otro tiempo fue jardín, con senderos en cuesta, fuente, estanques, terrazas rodeadas de rosas y circundadas de alegres pabellones y de palacios con fachadas magníficas— se sentó el Maestro, dominando a la multitud respetuosa que esperaba con recogimiento se abriesen sus labios para enseñarles esta sabiduría que hizo dulce nuestra Asia; y cuatro mil lakhs de almas pueden testificar lo que aconteció aquel día. Estaba sentado a la derecha de Rey y de los Señores Sakyas; Anauda, Devadatta y toda la corte se agruparon en círculo a su alrededor; detrás se encontraban Seryut y Mugallán, los primeros de los dulces hermanos de traje amarillo que formaron su virtuosa compañía. Entre sus rodillas, Rahula sonreía, fijando sus ojos de niño, asombrados, en el rostro imponente de su padre, mientras a sus pies estaba sentada la dulce Yasodhara, libertada de los tormentos del corazón, y presintiendo este

amor feliz que no se alimenta con la ayuda de los sentidos efímeros, esta vida que no conoce la vejez y esta muerte bendita, la última de todas, que viene cuando la Muerte está muerta, la victoria de Siddartha y la suya. Colocó ella su mano entre las de Buda, y su sari plateado cubrió los pliegues del amarillo traje de su esposo, siendo la persona más querida para aquel cuya palabra esperan los tres mundos. No puedo dar ni siquiera una débil idea de la espléndida lección, que salió de los labios de Buda. Soy un escriba que llegó tarde, que ama al Maestro y a su amor por los hombres, narro su leyenda, sabiendo que era sabio, pero que no tiene bastante ingenio para hablar sin la ayuda de los libros cuyos caracteres borró el tiempo e hizo obscuro el antiguo sonido, que fuera en otro tiempo nuevo y poderoso y persuadiera a todos los hombres. Conozco una parte de este gran discurso que pronunció Buda en este dulce crepúsculo indio; se también que está escrito que los que lo escucharon fueron muchos más numerosos que los que pueden verse; fueron lakhs y miríadas, todos los Devas y los espíritus de los muertos se aglomeraron allí, porque los cielos estaban vacíos hasta la séptima zona y los sombríos infiernos más recónditos abrieron sus barreras, además, la luz del día se retardó más allá de su hora acostumbrada, alumbrando con su rosada luz los picachos atentos, de manera que parecía que escuchaba en los valles y el día sobre las montañas, sí, está escrito que la noche se detuvo entre ellos como una doncella del cielo herida por repentino amor; las nubes ondulosas eran sus trenzados cabellos; las estrellas, las perlas y diamantes de su corona; la luna su diadema, y las profundas tinieblas su vestidura. Era su soplo contenido que venía en brisas perfumadas sobre las llanuras, mientras predicaba nuestro Señor; y cuantos lo escucharon —extranjeros, esclavos de alta o baja casta, la sangre arya o mletcha¹¹⁰ o habitantes de los juncas— creían escuchar su lengua natal. Y además de esta multitudes de grandes y pequeños que se aglomeraron a orillas del río, las bestias, los pájaros y los reptiles, está escrito —sintieron el amor universal de Buda y acogieron las promesas de sus palabras compasivas, como sus vidas—, aprisionados en la forma de un mono; de un tigre; de un gamo; de un oso hirsuto; de un chacal; de un lobo; de un milano devorador de carroñas; de torcaces gris perla o de un pavo real vestido de pedrerías, de un sapo encogido o de una manchada serpiente; de un lacerto; de un murciélago o hasta de un pez que hendía las aguas del río, alcanzaron dulcemente los dinteles de la fraternidad con el hombre, que tiene menos inocencia que estos animales; y con muda alegría aprendieron que estaban rotos los lazos de su servidumbre, mientras Buda hablaba de esta manera ante el Rey: “¡Om, Amitaya! No trates de medir con palabras lo Inconmensurable, ni de hundir la sonda del pensamiento en lo Impenetrable. El que interroga se engaña, el que responde se engaña. ¡No dice nada!

“Los libros enseñan que las tinieblas existían antes que todas las cosas, y Brahma meditaba sólo en la noche; no contemplaba Brahma ni el origen, ni él ni ninguna luz pueden ser vistos con ojos mortales, ni conocidos con ayuda del espíritu humano, uno después de otro se levantarán los velos tras los primeros. Los astros siguen su curso y no preguntan. Basta que la vida y la muerte, la alegría y el dolor permanezcan, así como la causa y el efecto, y el curso del tiempo, y la marejada incesante de la existencia, que, siempre cambiante, corre sin interrupción como un río cuyas olas se suceden, lentas o rápidas, las mismas aunque diferentes, desde su lejano manantial hasta el mar donde se vierten. El mar, evaporándose al Sol, restituye las pequeñas ondas perdidas, bajo la forma de nubes ligeras que chorrearán de lo alto de la montaña, y correrán de nuevo, sin tregua y sin reposo. Esto basta para comprender las apariencias, los Cielos, las Tierras, os Mundos y los cambios que

¹¹⁰ Bárbaros: nombre dado por los Aryos a los aborígenes que encontraron en la India.

los modifican, rueda poderosa que gira, movida con ahínco por la lucha y la fuerza sin que nadie pueda detenerla ni ir en sentido inverso de su movimiento. ¡No supliquéis! ¡No se iluminarán las tinieblas! ¡No pidáis nada al silencio, porque no puede hablar! ¡No atormentéis por piadosos sufrimientos vuestros espíritus afligidos! ‘Ah! Hermanos, hermanas, no esperéis nada de los dioses implacables, ofreciéndoles himnos y dones, no pretendáis conquistarlos con sacrificios sangrientos; no los alimentéis con frutos y pasteles; hay que buscar nuestra liberación en nosotros mismos; cada hombre se crea su cárcel, cada uno tiene tanto poder como los más poderosos; porque para todas las Potencias que están encima, alrededor y debajo de nosotros, como para las criaturas de carne y todo lo que vive, el cato es el que hace la alegría o el sufrimiento. Lo que fue trae lo que es, y lo que será, peor o mejor, el último para el primero, el primero para el último; los Ángeles de los cielos bienaventurados recogen los frutos de su pasado santo; los demonios en los mundos inferiores llevan la pena de las acciones malas que en otro tiempo cometieran; nada dura; las bellas virtudes caen en ruinas con el tiempo; así como los pecados inmundos se purifican. El que penó como esclavo para volverse más tarde un príncipe, gracias a sus virtudes benéficas y a los méritos que adquirió; el que fue Rey puede vagar sobre la tierra harapiento, a causa de las cosas que hizo y de las que omitió hacer. Podéis elevar vuestro destino por encima del de Indra, y hundirlo más bajo que el del gusano de la tierra o el átomo, miríadas de existencias terminan en el primer resultado; miríadas de otras en el segundo. Sólo que, mientras gira la rueda invisible, no hay ni paz, ni tregua, ni parada; el que asciende puede caer, el que cae puede ascender; los rayos giran incesantemente.

“Si estuviéseis sujetos a la rueda del cambio sin que hubiese medio de romper vuestras cadenas, el corazón del Ser libre sería maldito, el Alma de las cosas sería un cruel dolor. ¡Pero no estáis atados! El Alma de las cosas es suave; el corazón del Ser tiene una paz celeste; la voluntad es más fuerte que el dolor; lo que era bueno se torna mejor, y después excelente. Yo, Buda q, Buda, que lloré todas las lágrimas de mis hermanos, yo, cuyo corazón fue roto por el dolor del mundo entero, río y soy feliz, ¡porque he aquí la Libertad! ¡Oh! ¡Vosotros, los que sufrís, sabed que sufrís por vosotros mismos! Ningún otro os excita u os retiene para haceros vivir o morir, y haceros gritar sobre la rueda y abrazar sus rayos de agonía, sus llantos de lágrimas, su cubo de nada. ¡Escuchad, os voy a mostrar la Verdad! Más bajo que el Infierno, más alto que el Cielo, más distante que las estrellas más lejanas, más allá de la morada de Brahma, hay un Poder estable y divino, que existe antes del comienzo y que no tendrá fin, eterno como el espacio y seguro como la certidumbre, que se mueve hacia el bien y no sufre sino sus propias leyes. Es el que hace florecer los rosales, su arte es el que fabrica las hojas de los lotos; bajo el suelo oscuro y en las simientes silenciosas, es él quien teje el ropaje de la Primavera; he aquí su colorido en las nubes gloriosas y sus esmeraldas en la cola del pavo real; los astros son sus moradas, la luz, el viento y la lluvia sus esclavos, él hace salir de las tinieblas el corazón del hombre, y del huevo oscuro el faisán de cuello alaciado; siempre en obra, hace amable lo que no era sino cólera y destrucción. Los huevos grises en el nido del colibrí dorado con sus tesoros, las células hexagonales de la abeja son sus vasijas de miel, la hormiga tiene sus preceptos, y los conoce bien la paloma blanca. Despliega las alas del águila que levanta su presa a su arbitrio; hace regresar a la loba cerca de sus lobeznos; encuentra alimento y amigos para los seres que nadie ama. Nada le repugna ni le detiene; ama todo; hace brotar la dulce leche en el seno de las madres; hace fluir también las gotas blancas que destilan los colmillos de las serpientes. Regula la armonía de los globos en marcha por la bóveda infinita del cielo; oculta en los abismos de la tierra el oro, las sardonias, los zafiros y las lazulitas. Elaborando sin cesar sus

misterios, se oculta en los verdes claros de las selvas y alimenta plantas extrañas al pie de los cedros, inventando hojas, flores y briznas de hierba; mata y salva, sin otro fin que realizar el Destino; la Muerte y el Dolor son las lanzaderas de su oficio, y el Amor y la Vida los hilos. Hace y deshace, corrigiendo todo; lo que ejecutó es mejor que lo que existía antes; la obra maestra que proyectó se perfecciona lentamente bajo sus manos hábiles. Tal es su obra sobre las cosas que veis, pero las cosas invisibles tienen más importancia; los corazones y los espíritus de los hombres, los pensamientos de los pueblos, sus caminos y sus voluntades están sometidos también a la gran Ley. Invisible, os socorre con sus manos benéficas, no se le oye, y sin embargo, habla más fuerte que la tempestad, La piedad y el amor son la herencia del hombre, porque una larga violencia modeló la masa ciega. Nadie puede menospreciarlo, quien le desobedece pierde, quien le sirve gana, retribuye el bien cubierto por la paz y la felicidad, el mal oculto por los sufrimientos. Ve en todo lugar y percibe todo; sed justo, él os recompensará, sed injusto, él os recibirá el salario merecido, aun cuando el *Dharma*¹¹¹ tardará en hacerse sentir. No conoce ni la cólera ni el perdón; sus medidas son de una precisión absoluta, su balanza es infalible, el tiempo no existe para él, juzgará mañana o largo tiempo después. Gracias a él, el asesino se hiere con su propia arma, el juez injusto pierde su defensor, la lengua falaz condena su mentira, el ladrón rapaz y el expoliador dan el producto de sus rapiñas. Tal es la Ley que se mueve hacia la Justicia, que nadie puede evitar o detener, su corazón es el Amor, su fin es la Paz y la Perfección exquisita. ¡Obedeced!

“Los libros dicen verdad, hermanos míos; la vida de cada hombre es el resultado de sus existencias anteriores; los errores pasados traen los disgustos y los sufrimientos, el bien pasado aporta la felicidad. Recogéis lo que sembrasteis. ¡Ved este campo! El sésamo fue sésamo y trigo el trigo. El silencio y la sombra lo saben, ¡así nace el destino del hombre! Viene a cosechar tanto sésamo o trigo como el que sembró en una existencia anterior, y tantas hierbas malas y venenosas que enferman a él y a la tierra dolorosa. Si trabaja bien, arrancándolas y plantando en su lugar semillas benéficas, el suelo será fecundo, hermoso y puro, y será rica la cosecha. Si el que vive, aprendiendo de dónde viene el dolor, lo sufre pacientemente, esforzándose en pagar las viejas deudas adquiridas por sus antiguas faltas, practicando siempre el Amor y la Verdad, sin causarle mal a nadie, purga completamente de mentira y de egoísmo su sangre, sufriendo todo con mansedumbre y no devolviendo sino perdones y bien para las ofensas; si a cada día se vuelve más compasivo, santo, justo, amable y sincero, y arranca el deseo de todos los lugares donde se aferra con raíces sangrientas, hasta que el amor de la vida termine; si obra así, a su muerte comienza una nueva existencia que es como la suma de su yo, una cuenta detenida de su existencia, cuyos males son muertos y pagados, y cuyo bien, reciente o lejano, está vivo y poderoso, de tal manera, que también recoge los frutos. Un hombre así no tiene necesidad de lo que llamamos vida; lo que ha comenzado en él es la eternidad; realizó su destino humano. No padecerá ya tormentos, no lo mancharán ya los pecados, el sufrimiento de las alegrías y los dolores terrenos no turbarán ya su paz eterna, y las muertes y las existencias no recomenzarán para él. Entra en el Nirvana. No forma más que uno con la Vida, y sin embargo, no vive; es bienaventurado, porque cesó de ser. *¡Om, mani padmé, om!*¹¹² ¡La gota de rocío se pierde en el seno del mar deslumbrante!

¹¹¹ (Sáns.) Ley.

¹¹² *¡Om, la joya en el loto!* Plegaria de los budistas tibetanos. Buda está representado generalmente con una flor de loto en la mano que contiene una joya.

“Tal es la doctrina del *Karma*. ¡Aprended! Sólo cuando desaparecieron todas las escorias del pecado, sólo cuando la vida muere como una llama agotada, la muerte muere completamente en ella. No digáis: “Soy”, “fui” o “seré”. No penséis que pasáis de una habitación de carne a otras como viajeros que recuerda u olvidan que estuvieron bien o mal alojados. La suma de las existencias anteriores, que constituye la última, torna nuevamente en el universo; construye su morada como el gusano de seda el capullo que lo encierra, toma su substancia y sus funciones, como el huevo de la serpiente, durante la incubación, toma sus escamas y sus colmillos, como las semillas de los empenachados arbustos vuelan encima de las rocas, de las tierras gredosas y los arenales, hasta que encuentran el pantano propicio y se multiplican. Lo mismo acontece para el ser feliz o desgraciado, Cuando la muerte hiere al asesino cruel, sus fragmentos impuros y ensangrentados vagan llevados por vientos brumosos y pestilentes. Pero cuando el hombre bueno y justo muere, soplan suaves brisas; el mundo se torna más hermoso, como un río del desierto que desaparece repentinamente para reaparecer en seguida brillando con fulgor más puro. Así el mérito adquirido hace alcanzar una era más venturosa, que está más alejada para el demérito; sin embargo, es preciso que esta Ley de Amor reine soberanamente sobre el mundo entero antes de las Kalpas se terminen. ¿Cuál es el obstáculo? ¡Hermanos míos! Es la obscuridad, que esparce la ignorancia, la que os extravía y os hace tomar las apariencias como realidades y os inspira el deseo ardiente de poseerlas, y cuando las tenéis, os atan a las concupiscencias, que causan vuestros dolores. Vosotros que queréis seguir el camino del centro, trazado por la clara Razón y aplanado por la dulce Quietud, vosotros que queréis conocer el camino elevado del Nirvana, escuchad las cuatro nobles Verdades:

“La primera Verdad es la del *Dolor*. ¡No os dejéis engañar! La vida que amáis es una larga agonía; sólo quedan sus penas, sus placeres son como pájaros que brillan y vuelan. Sufrimiento del nacimiento, sufrimiento de los días desesperados, sufrimiento de la ardiente juventud y de la edad madura, sufrimiento de los fríos y grises años de la vejez y sufrimiento final de la muerte; he aquí lo que llena vuestra lastimosa existencia. El amor es una cosa dulce, pero las llamas fúnebres deben besar los senos sobre los cuales descansáis y los labios a los que unís los vuestros. Valerosa es la virtud guerrera, pero los buitres desgarran los miembros del jefe y del Rey. La tierra es magnífica, pero todos los huéspedes de sus selvas conspiran para su muerte recíproca, en su sed de vivir; los cielos son de zafiro, pero los hombres hambrientos, por más que gritan, no hacen caer una gota de agua. Preguntad a los enfermos, a los afligidos, preguntad al que claudica apoyado en su bastón, solo y extraviado: “¿Amas la vida?” Y os dirán que el niño tiene razón al llorar desde que nace.

“La segunda Verdad es la *Causa del Dolor*. ¿Qué sufrimiento viene de sí mismo y no del Deseo? Los sentidos y los objetos percibidos se encuentran y se enciende la viva chispa de las pasiones; así se inflama *Trishna*, concupiscencia y sed de las cosas. Os aficionáis desatinadamente a sombras, os ilusionáis con sueños, plantáis en medio un falso yo, y establecéis a su alrededor un mundo imaginario. Estáis ciegos para las claridades supremas, sordos para las voces de las brisas más suaves que vienen de más alto que el cielo de Indra, mudos para los reclamos de la verdadera vida que conserva el que desechó la vida engañosa. Así vienen las luchas y las concupiscencias que hacen reinar la guerra en el mundo, así sufren los pobres corazones engañados y corren las lágrimas amargas, así cruzan las pasiones, las envidias, las cóleras y los odios; así los años crueles, con los pies rojos de sangre, siguen a los años manchados de carnicerías. Por esto, ahí donde debería brotar el grano se extiende la hierba birán con su mala raíz y sus flores venenosas; con trabajo, las buenas simientes encuentran suelo propicio donde puedan caer y brotar. Y el alma se va,

saturada de emponzoñados brebajes, y Karma renace con un deseo ardiente de beber de nuevo; excitado por los sentidos, el Yo fogoso comienza otra vez y cosecha nuevos desencantos.

“La tercera Verdad es la *Cesación del Dolor*. La paz es la que debe vencer al amor del Yo y el apego a la vida, arrancar de los pechos la pasión de raíces profundas y calmar la lucha interior; así está satisfecho el amor de estrechar a la eterna hermosura; se tiene la gloria de ser dueño de sí mismo y el placer de vivir por encima de los dioses; se poseen riquezas infinitas, porque se amasa el tesoro de los servicios prestados, de los deberes cumplidos con caridad, de las palabras benévolas y de la vida pura, no se perderán estas riquezas en el curso de la existencia, y ninguna muerte las despreciará. Entonces desaparece el Dolor, porque cesaron la Vida y la Muerte; ¿cómo puede alumbrar la lámpara cuyo aceite se consumió? La vieja cuenta cargada de deudas está liquidada, la nueva está en blanco; así alcanza la felicidad el hombre.

“La cuarta Verdad es la *Vía*. Está abierta, amplia y unida, accesible a todos los pies, desembarazada y vecina al *Noble Sendero Óctuple*, que va recto a la paz y el refugio. ¡Escuchad! Numerosas huellas conducen a estos picos gemelos cubiertos de nieve, en torno de los cuales se enredan las nubes doradas; trepando por las pendientes suaves o escarpadas se llega a las cimas donde aparece otro mundo. Los que tienen miembros vigorosos pueden afrontar el camino recto y peligroso que va directamente por el flanco de la montaña; los débiles están obligados a dar rodeos por caminos más largos, descansando en muchos lugares. Tal es el Sendero Óctuple que conduce a la paz; camina por alturas más o menos abruptas. El alma animosa se apresura, el alma débil se atrasa, todas alcanzarán las nieves bañadas de sol.

“La primera práctica buena es la *Doctrina recta*; caminad con el temor de la Dharma, evitando toda ofensa; pensad en el Karma que hace el destino del hombre, y gobernad vuestros sentidos.

“La segunda es la *Intención recta*. Tened buenos sentimientos para todo lo que vive; sofocad en vosotros la malevolencia, la avidez y la cólera, de tal manera que vuestras existencias se asemejen a las suaves brisas que pasan.

“La tercera es el *Lenguaje recto*. Vigilad vuestros labios como si fueran las puertas de un palacio habitado por un Rey; que todas vuestras palabras sean tranquilas, francas y corteses, como si estuviera presente su Majestad.

“La cuarta es la *Conducta recta*. Que cada una de vuestras acciones ataque una falta o ayude a crecer un mérito; como se ve el hilo de plata a través de las cuentas de cristal de un collar, dejad que el amor aparezca a través de vuestras buenas acciones.

“Hay cuatro rutas más elevadas. Pero sólo pueden seguir las los pies que no hollarán más las cosas terrestres; son la *Pureza recta*, el *Pensamiento recto*, la *Soledad recta* y el *Éxtasis recto*. ¡No pretendas volar hacia el sol almas cuyas alas no tienen plumas todavía! ¡El aire de las regiones inferiores es suave, y los instrumentos domésticos a los que estás acostumbrada no son peligrosos! Solamente los seres vigorosos pueden abandonar el nido que cada uno se construye. El amor de la mujer y del niño son preciosos, lo sé; la amistad y los entretenimientos de la vida son agradables; las caridades amables de una vida virtuosa son útiles; sus temores, aunque falsos, están anclados sólidamente. Vivid así los que estáis obligados; haced de vuestra debilidad una escala de oro; elevaos, por la práctica diaria de estas apariencias, hasta las verdades más dignas de ser amadas. Así llegaréis a más serenas cumbres, ascenderéis más fácilmente, encontraréis menos abrumador el peso de vuestras culpas y adquiriréis una voluntad más firme para quebrantar los lazos de los

sentidos, entrando en el Sendero. El que comienza de este modo alcanza el *Primer Grado*, conoce las Nobles Verdades y la Ruta Óctuple, tarde o temprano alcanzará la morada bendita del Nirvana.

“El que llega al *Segundo Grado*, emancipado de las dudas, las ilusiones y la lucha interior, dueño de todas las concupiscencias y libertado de los sacerdotes y de los libros, no tendrá que vivir sino una existencia.

“Más allá se encuentra el *Tercer Grado*; allí, el espíritu majestuoso se ha vuelto puro, se ha elevado hasta el amor de todos los seres y a la paz perfecta. Está terminada la vida y destruida la cárcel de ella. Pero algunos sobrepasan seguramente a todo lo que es vivo y visible, para alcanzar el fin supremo por el *Cuarto Grado*, el de los Santos —los Budas— de almas inmaculadas. ¡Ved! Como enemigos crueles, degollados por un guerrero, los diez Pecados yacen en el polvo a lo largo de estos Grados: desde luego, el Egoísmo, la falsa Fe, la Duda, el Odio y la Concupiscencia. El que venció a estos cinco pecados franqueó tres de los cuatro Grados; pero quedan todavía el Amor de la vida sobre la tierra, el Deseo del cielo, el Amor propio, el Error y el Orgullo. Como el que permanece en estas cimas nevadas sólo tiene por encima de él el azul infinito, así el hombre, cuando mató estos últimos pecados, llegó a la zona del Nirvana. Los dioses colocados debajo de él, lo envidian; la ruina de los Tres mundos no lo alteraría; para él toda vida está vivida, todas las muertes están muertas; no le construirá el Karma nuevas moradas. No buscando nada, posee todo; su Yo desaparece y se funde en el universo; si algunos enseñan que el Nirvana es la cesación del ser, decidles que mienten. Si algunos enseñan que el Nirvana es vivir, decidles que se engañan, porque no saben nada a este respecto, ignoran qué luz brilla encima de sus lámparas rotas, y que la felicidad está fuera de la vida y del tiempo. ¡Entrad en el Sendero! ¡No hay peor dolor que el Odio, ni sufrimiento como el de la Pasión, ni engaño como el de la Sensación! ¡Entrad en el Sendero! Ya está muy avanzado el que aplasta con los pies su pecado preferido. ¡Entrad en el Sendero! ¡Allí manan las fuentes benéficas que aplacan cualquiera sed, allí florecen las inmortales flores que tapizan alegremente todos los caminos! ¡Allí se apresuran las horas más ligeras y más dulces!

“El tesoro de la Ley es más precioso que las joyas, su dulzura es superior a la de la miel; sus delicias sobrepasan a cualquiera comparación. Para vivir así, escuchad bien las *Cinco Reglas*:

“No matéis, sed compasivos, y no detengáis en su camino ascendente al ser más ínfimo.

“Dad y recibid libremente, pro no le toméis a nadie sus bienes por avaricia, por medio de la violencia o el fraude.

“No levantéis falsos testimonios, no calumniéis, no mintáis; la verdad es la expresión de la pureza interior.

“Evitad las drogas y las bebidas que turban el espíritu, iluminad vuestros espíritus, purificad vuestro cuerpo; no hagáis uso del jugo del Soma.

“No toquéis a la mujer de vuestro vecino y no cometáis pecados carnales ilegítimos y contra la Naturaleza”.

Después habló el Maestro de los deberes para con los padres, los hijos, las camaradas, los amigos enseñando cómo los que no pueden quebrantar desde luego las estrechas cadenas de los sentidos, cuyos pies son muy débiles para escalar el camino más abrupto, deben ordenar su vida carnal de tal modo que aquí abajo todos sus días transcurran irreprochables y en la realización de obras caritativas; que intente sus primeros pasos mal seguros en el Sendero Óctuple, que vivan puros, humildes, pacientes, compasivos, que amen a todos

los seres como a sí mismos; porque lo que es malo es el resultado del mal cometido en el pasado, y lo que es bueno proviene del bien anterior. Dijo que, obrando de este modo, el hombre se libra del Yo y socorre al mundo; que así se vuelve más feliz en la vida siguiente, pasa a un ser más perfecto. Después narró lo que sigue: largo tiempo antes, cuando nuestro Señor se paseaba cerca de Radhagrija, en el bosque de bambúes, un día, al despuntar la aurora, vio al jefe de una familia Singala que, después de haberse bañado, saludaba a la tierra con la cabeza descubierta, al cielo y a los cuatro puntos cardinales, arrojando con ambas manos arroz blanco y rojo. “¿Por qué te inclinas así, hermano mío?”, preguntó el Maestro. “¡Es la regla, Señor! —respondió. Nuestros padres nos enseñaron que a cada aurora antes de ponerse a trabajar, hay que conjurar el mal que viene del cielo que nos cubre, de la tierra que está bajo nuestros pies y de todos los vientos que soplan”. Entonces, aquel al que honra el mundo, dijo: “No riegues arroz, sino ofrece a todos pensamientos y actos de amor, a tus padres mirando hacia el Este de donde viene la luz; a tus maestros, volviéndote al Sur, de donde vienen ricos presentes, a tu mujer y a tus hijos, mirando al Oeste, donde brillan tiernos y apacibles colores y donde acaban todos los días; a tus amigos, a tus parientes y a todos los hombres, mirando hacia el Norte, a los seres más humildes, inclinándote a la tierra; a los Santos; a los Ángeles y a los muertos bienaventurados, contemplando el cielo, así se evitarán todos los males, y habrás, como conviene, honrado las seis direcciones principales”.

Pero a los suyos, a los revestidos con la túnica amarilla, a los que, como águilas en su despertar, vuelan con desdén del valle bajo de la vida, y llevan su ímpetu hacia el sol, a éstos les enseñó las Diez Observancias (*el Dasa-Sil*); dijo que un asceta de conocer las *Tres Puertas* y los *Triples Pensamientos*, los *Séptuples Estados del Alma*, los *Quíntuples Poderes*, las *Ocho grandes Puertas de la Pureza*, los *Modos de la Inteligencia Idhi, Upeksha*, las *Cinco Grandes Meditaciones*, que son un alimento más dulce que el *Amrit* para las almas santas; los *Sjhanas* y los *Tres principales Refugios*; enseñó también a los suyos cuáles deben ser sus habitaciones, cómo deben vivir libres de los lazos del amor y la riqueza, lo que deben comer, beber y llevar, tres vestidos sencillos de color amarillo y de tela cosida, dejando al descubierto la espalda, un cinturón, una vasija y un colador¹¹³. Estableció también las sólidas bases de nuestro Sangha, esta noble orden del traje amarillo, que existe todavía en nuestros días para salud del mundo.

Habló así toda la noche, enseñando la Ley, y nadie sintió que el sueño cerrara sus ojos, porque cuantos le escucharon se regocijaban con una alegría infatigable. El mismo Rey, cuando terminó el sermón, se levantó de su trono, y con los pies desnudos se inclinó profundamente ante su hijo, besó la orla de su túnica y le dijo: “Acéptame, hijo mío, como el más humilde y el último de tus compañeros”. Y la dulce Yasodhara, por completo feliz entonces, exclamó: “¡Bienaventurado! Da en herencia a Rahula el tesoro real de tu palabra”. Y de este modo entraron en el Sendero estas tres personas.

Aquí concluye lo que escribí, yo que amo al Maestro a causa de su amor hacia nosotros. Sé poco y dije pocas cosas sobre el Señor y las Vías de la Paz.

Durante cuarenta y cinco años continuados indicó estas vías en muchos países y en muchas lenguas, y dio a nuestra Asia esta luz que brilla siempre y que conquista el mundo por el soplo de su gracia poderosa. Todo esto está escrito en los Libros Santos, así como los lugares donde aconteció y los emperadores que hicieron grabar sus dulces pala-

¹¹³ Para filtrar el agua, con el objeto de absorber los animalillos que en ella se encuentran.

bras en las rocas y las cavernas¹¹⁴, y cómo —cuando se cumplieron los tiempos— el Buda, el gran Tathagata, murió como un hombre, en medio de los hombres, habiendo terminado su obra; y cómo millares y millares de lakhs de personas han seguido después el Sendero que conduce adonde él se fue, al Nirvana, donde mora el Silencio.

¡Oh, Señor Bendito! ¡Oh poderoso liberador! Excusa la debilidad de este escrito que te hace conocer mal, porque con débil inteligencia mide tu amor sublime. ¡Oh! Tú que nos amas, Hermano, Guía, Lámpara de la Ley, me refugio en tu nombre y en Ti. Me refugio en tu Ley del Bien. Me refugio en tu Regla. ¡Om, el rocío brilla sobre el loto! ¡Levántate, gran Sol! ¡Levanta mi hoja y mézclame a la onda! ¡Om, mani padmé, om! ¡Se eleva la aurora, la gota de rocío se pierde en el seno del mar deslumbrador!

¹¹⁴ Las inscripciones de Asoka, que se han encontrado en gran número en todo el Norte de la India.

ÍNDICE

	<i>Pág.</i>
Prefacio	3
Libro Primero	5
Libro Segundo	13
..	
Libro Tercero	21
Libro Cuarto	31
Libro Quinto	39
Libro Sexto..	49
Libro Séptimo..	61
Libro Octavo	69